

**HISTORIAS
DEL FIN DEL MUNDO**



IDEA Y REALIZACIÓN | INTERZONA + GRUPO KPR

HISTORIAS DEL FIN DEL MUNDO

Marcos Bertorello

Pablo Casacuberta

Rafael Cippolini

Luis Chitarroni

Martín Kohan

Pola Oloixarac

Claudia Piñeiro

Ángeles Yazlle García

INTERZONA

INTERZONA

Historias del fin del mundo / Martín Kohan ... [et.al.] ;
coordinado por Guido Indij. - 1a ed. -
Buenos Aires : Interzona Editora, 2012.
216 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-98-1

1. Narrativa Argentina . I. Kohan, Martín II.
Guido Indij, coord.
CDD A863

Fecha de catalogación: 18/09/2012

© de los textos: sus autores, 2012

© interZona editora, 2012
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Producción de la Residencia Creativa® interZona: Grupo KPR
Coordinación: Esteban Javier Rico

Edición: Guido Indij
Coordinación editorial: Virginia Ruano
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Diseño de tapa: Florencia Gabrás (Grupo KPR) y Olivia Pierrugues
Imagen de tapa: Stock.XCHNG
Composición: Hugo Pérez

ISBN 978-987-1180-98-1

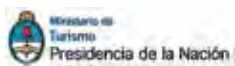
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La realización de este proyecto ha sido posible gracias a:



LLAO LLAO
HOTEL & RESORT · GOLF · SPA
PATAGONIA · ARGENTINA





EL PROYECTO

*Lo que para la oruga es el fin del mundo
para el resto del mundo se llama mariposa.*

LLao Tsé

Para un editor con escritorio en el Kilómetro Cero, ubicado a pocas cuadras del Congreso, a pocas del Obelisco, visitar una librería en San Isidro es tener que ir(se) a la loma de los quinotos. Es que las distancias son relativas respecto a los tiempos y medios disponibles.

En el camino, antes de llegar a Ítaca habremos de formularnos una serie de preguntas:

Si el tiempo es cíclico, ¿dónde comienza el Fin?

Si la rutina es circular, ¿cuál es nuestro fin, la finalidad de nuestro tiempo en el mundo?

Y, ¿si les preguntamos a nuestros autores, a nuestros escritores favoritos qué es para ellos el Fin del Mundo?

¿Aceptarán, en busca de inspiración, acompañarnos hasta el fin del mundo? ¿O considerarán al “tiempo para escribir” como una utopía, una ucronía de épocas menos desenfrenadas?

¿Hasta dónde llegarían para encontrar nuevas historias? ¿Hasta el fin del mundo? ¿Y cuán lejos está eso de casa?

¿Podemos considerar a la Patagonia como el fin del mundo?

¿Se pueden contar las historias del fin del mundo? ¿Existirá la

Historia cuando el mundo llegue a su fin? ¿O será que el fin de la Historia llegó hace rato?

Y es entonces cuando el colectivero anuncia: “Fin del viaje”.

Bajamos de la dimensión retórica y a pesar de la crisis global, de los cataclismos y de las profecías apocalípticas tratamos de retomar las cuestiones prácticas necesarias para darle continuidad al proyecto que comenzamos a desarrollar un año atrás junto con el Hotel Llao Llao.

La Residencia Creativa® interZona consiste en ofrecer a los autores de la editorial un paisaje inspirador para generar contenidos culturales; en darles aliento, un espacio y un tiempo —una interzona— dedicados a la escritura, fuera de la rutina y sin las preocupaciones de lo cotidiano.

Mediante la estratégica gestión y coordinación general del Grupo KPR y gracias a los generosos apoyos del Ministerio de Turismo de la Nación, de la Secretaría de Cultura de San Carlos de Bariloche, de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, de la Alianza de Editores Independientes de la Argentina por la Bibliodiversidad, de la Librería Cultura y de ADN, el suplemento de cultura del diario *La Nación* la experiencia será posible, en esta edición, para ocho talentosos y versátiles autores.

Por último, *last but not least*, este encuentro no sería posible sin los escritores. Agradezco a Martín Kohan por compartir con nosotros su lucidez intelectual y su refinado humor; a Pola Oloixarac por deleitarnos con su versión en *bossa nova* de la marcha peronista; a Marcos Bertorello por sus reflexiones inteligentes y por no llevarnos derecho a su diván; a Claudia Piñeiro por su elegancia y por la pasión con la que lleva adelante cada una de las cosas que se propone; al dúo dinámico formado por Luis Chitarroni y Rafael Cippolini por la verbosidad ilimitada con la que nos llenaron de datos, citas y referencias de toda índole, desde literarias, cinéfilas y artísticas hasta musicales e históricas (¡Tb de memoria ram incontables!); a Ángeles Yazlle García por iluminarnos con su

frescura y endulzarnos las tardes con las exquisiteces que cocina; y a Pablo Casacuberta por acomodar su itinerario y dejar unos días antes Los Ángeles para volar hasta el fin del mundo.

Y si acaso no llegara antes el tan anunciado fin del libro, antes de fin de año nos dispondremos a ofrecerle al lector un manojito de páginas unidas por su lomo que prometerán varias horas de buena lectura.

This is the end. My only friend, the end.

En Bariloche,
unos meses antes de que acabe el calendario maya.

Guido Indij, editor



PABLO CASACUBERTA

PABLO CASACUBERTA (Uruguay, 1969). Publicó los libros *Ahora le toca al elefante* (1990), *La parte de abajo de las cosas* (1992), *Esta máquina roja* (1995), *El mar* (2000), *Una línea más o menos recta* (2001) y *Aquí y ahora* (2002). Ha dirigido cortos experimentales y ficcionales, animaciones y un largometraje. Como artista visual participó en varias muestras colectivas, en Uruguay y en el exterior, particularmente *Immediate* (Reino Unido, 1999), *Composición de lugar* (Montevideo, 2004) y *Settimana del Uruguay* (Venecia, 2007). A partir de una muestra de fotografías llamada *Apariciones*, publicó en 2007 un libro homónimo que reúne las fotos de la exposición. *Escipión* (interZona, 2012) es su última novela.

EL MÁS ALLÁ

Me metí en la cama más o menos por agosto. Había estado teniendo dolores de espalda, poco después de mi cumpleaños, y apelando a esos dolores defendí ante mi familia mi permanencia en cama como si estuviera salvaguardando un derecho humano esencial. Estaba enfermo. ¿Qué más podía hacer? Pero al cabo de dos semanas no había forma de seguir insistiendo en el asunto de la espalda sin recibir por parte de mi mujer y mis hijos una mirada irónica, que era más dolorosa que el lumbago original. Así que pronto dejé de aducir motivo alguno. Simplemente pasaba el día en la cama y punto. En cierta medida fue un alivio verme eximido de la penosa necesidad de manifestar síntomas.

La resistencia de mi familia en general no fue muy aguerrida. Armaban la mesa del desayuno en la cocina y ponían un plato para mí. Algunas veces, sobre todo al principio, me levantaba para acompañarlos. Pero como de a poco había ido descubriendo que lo de poner la mesa era una forma de manifestarme que el mundo seguía ocurriendo mayormente fuera de mi cuarto, luego de un tiempo dejé de asistir cuando me llamaban. Sólo me di cuenta de que había una puja velada en torno al asunto cuando constaté que nadie me ofrecía jamás llevarme el desayuno a la cama. La única comida que se me llevaba al cuarto era un almuerzo tardío, que tomaba lugar cuando ya todos habían comido. Mi esposa o mi hijo más chico me traían una bandeja con algún guiso tibio y un pan. Los tres mayores rara vez se asomaban a verme.

Mi mujer, que había comenzado a quejarse por el desorden de la

cama y por el olor a encierro, se mudó un día al cuarto de servicio. Hacía años que no teníamos empleada en casa y, según parecía, la perspectiva de meterse en aquel cuartito diminuto le molestaba menos que dormir conmigo. Y en realidad, yo no la culpaba. ¿Qué clase de atractivo podía tener para ella compartir la cama con un sujeto que le era cada vez más desconocido? A veces, bajo el dintel de la puerta del cuarto, se quedaba unos segundos mirándome como se mira una casa que fue de uno y en la que ahora vive otra familia.

—¿Qué te parece si te traigo la afeitadora y un poco de agua? —me decía al cabo de ese instante de mirada absorta, como si el solo hecho de que me sacara la barba pudiera traerle de vuelta al sujeto con el que se había casado. Yo alzaba los hombros, intentaba sonreírle y no le decía nada.

Todos asumían que estaba agotado después del escándalo de la última obra, y que cuando olvidara el derrumbe del edificio volvería al estudio. Había oído a mi mujer hablando con mi hermano por teléfono, y ella estaba segura, o eso decía, de que se trataba de un desaliento pasajero. Pero en realidad yo no pensaba casi nunca en el estudio, y ninguno de los arquitectos había intentado comunicarse conmigo. Mi mujer había explicado vagamente lo de la lumbalgia a Moretti, el administrador, que nunca volvió a llamar para preguntar cómo seguía. Hacía años que mi presencia en el estudio era accesoria. Incluso durante el derrumbe, el despido de los dos arquitectos responsables se hizo casi sin que fuera necesaria mi participación. La oficina de personal ya tenía sus renunciadas redactadas antes de que yo me hubiera siquiera enterado de lo que hicieron. Creo que eso me había deprimido más, en el momento, que el hecho de que el estudio que mi padre construyó durante cuarenta años perdiera de un plumazo todo su prestigio. Salvo el perro guardián del sereno, no había muerto nadie. Pero ese día tuve por primera vez la clara noción de que podía desaparecer de aquel lugar sin que nadie extrañase mi presencia.

Era raro, porque al cabo de dos meses ya no pensaba casi nunca

en mi oficina, ni en mi trabajo, ni en la arquitectura en general. Tenía la sensación de que esas décadas pasadas bajo el polvillo de las obras se habían tornado difusas, inaccesibles, como si fueran recuerdos de otra persona que me hubieran sido referidos con gran detalle, pero que yo no hubiese vivido directamente. Siempre había tenido, a decir verdad, la sensación de que la arquitectura no era una disciplina que me resultara muy propia. Era, de alguna manera, una especie de patria en la que había nacido y a la que había aprendido a querer sin mucho fervor. Una patria de la que a menudo me sentía deseoso de emigrar. Cuando murió mi padre, seguí a cargo del estudio sin tomar más que rara vez decisiones. Todo estaba aceitado, todo funcionaba. Había allí veinte sujetos con más credenciales que yo. Se me presentaban los papeles y los pliegos por puro respeto a mi lugar en la familia. Pero nadie se detenía a pedir mi opinión. Lo que en buena medida era un alivio. Porque aunque yo era un arquitecto mediano, y hubiera podido decir en dos frases qué pensaba, nunca habría concitado la atención de todo el estudio como vi cientos de veces hacer a mi padre. Pararme en el medio de la planta y comenzar, a voz en cuello, a repartir tareas y recomendaciones. Eso no era para mí. A nadie, por eso mismo, le llamó la atención que yo sacara un día mi escritorio de la planta central y lo pusiera en la oficina chica que quedaba junto a contaduría. Fue una especie de alivio para todos. Y cuando después adquirí la costumbre de visitar las obras sin razón aparente, a pasar la tarde rodeado de albañiles, entre la mugre y el olor a asado, pronto encontré que allí tampoco nadie, ni los capataces, se acercaba a pedirme instrucciones. Era claro que alguien, algún administrador o el jefe de planta, había dejado dicho que las decisiones se tomaban en el estudio, y no a partir de esas visitas espontáneas. No lo tomé a mal. Tampoco, en honor a la verdad, tenía mucho que decir. Ya los procedimientos eran distintos a todo lo que había aprendido en mis años de mayor actividad, y no tenía caso que cuestionara decisiones que entendía solo superficialmente. Saludaba a los obreros,

subía al montacargas, me sentaba en algún rincón que tuviera buena vista y dejaba pasar la tarde.

Por eso es que, habiendo pasado un mes en la cama, el estudio comenzó a desaparecer del horizonte de mis pensamientos, desplazado por innumerables imágenes que me resultaban más cercanas, más inmediatas. La luz que entraba a través de las cortinas, el paso de las nubes adivinándose en las sombras que cruzaban el cuarto, los lomos de los libros en la biblioteca. A veces entrecerraba los ojos durante un largo rato, tratando de percibir el cuarto como si se tratara de un recuerdo remoto y yo estuviera en realidad en otro lado. O como si no hubiera cuarto y solo pudiera elucidarse dónde había luz y dónde sombra. Hubo algunos días en los que apenas me moví. Oía los ruidos de la casa, las risas lejanas de mis hijos o de alguna de sus novias. El sonido casi irreconocible del teléfono.

Nunca llamé a un médico. Ni siquiera en los primeros días, cuando tenía la ilusión de estar enfermo. Fui simplemente aceptando mi nueva situación, aunque esa aceptación le costara un poco más a mi familia. De a poco, me había ido convirtiendo en un sujeto que vivía en la cama, y en nada me beneficiaba asociar ese estado con circunstancias objetivas como estar enfermo, tener lumbago o experimentar un agudo cansancio físico. En rigor, no me sentía cansado en lo más mínimo. El trance que atravesaba era distinto al cansancio. Más bien se trataba de que no veía razones para levantarme. Ni siquiera hasta la biblioteca, donde tenía buenos libros que aún no había leído. Estando en cama, había empezado a hacer un repaso de lo que sabía. De lo que realmente sabía. Elegía un tema y trataba de agotar, frase por frase, todo lo que había alguna vez aprendido sobre ese asunto en particular.

La Luna, por ejemplo. Creía que se había formado a partir de una colisión con un cuerpo celeste, pero no podía precisar cuándo. Se había enfriado con el tiempo. No tenía movimiento de rotación, así que uno de sus lados estaba oculto permanentemente a

la vista de los terrícolas. Su movimiento regulaba nuestras mareas, mediante un mecanismo que me costaba especificar. Carecía de atmósfera. Un ser humano pesaba allí seis veces menos que en la Tierra. En 1969 habían bajado en su superficie, en el módulo Eagle del Apolo 11, Armstrong, Aldrin y otro astronauta cuyo nombre no recordaba, tal vez porque nunca bajó del módulo. La sombra de la Tierra en la Luna generaba un ciclo reconocible de cuarto creciente, luna llena y cuarto menguante, aunque no podía precisar en qué orden. Luego de esa recapitulación, llegaba a la conclusión de que todo lo que había aprendido en cincuenta y seis años sobre la Luna cabía en un solo párrafo lleno de imprecisiones.

Sócrates. Sócrates había sido maestro de Platón. Acusado de blasfemar en contra de los dioses, había sido obligado a tomar la cicuta. Era célebre por haber dicho “yo sólo sé que no sé nada”, una frase que en realidad nunca dijo. Y allí se acababa el Sócrates que podía repetir de memoria. ¿Platón? Platón creía que el mundo tangible que uno percibía a través de los sentidos era apenas una sombra de un mundo esencial de figuras arquetípicas, y metafORIZABA eso mediante la alegoría de la caverna, cuyo contenido yo no recordaba con precisión. ¿Grecia? Podía decir muy pocas cosas de la Grecia clásica. Atenas y Esparta tenían distintos regímenes, siendo Esparta más belicosa y Atenas más... Etcétera, etcétera. Así, pasaba tardes enteras constatando que casi todo lo que sabía de casi cualquier cosa cabía en un solo párrafo. A veces una línea, y en general todo lo que enunciaba estaba lleno de niebla e incertidumbre. Por momentos tenía el consuelo de que esos párrafos parecían ser muchos, pero en seguida me daba cuenta de que mil o dos mil párrafos no son nada, sobre todo cuando la mayoría de esos párrafos se referían apenas muy tangencialmente a mi vida. La mitad de lo que sabía era entonces, además de impreciso, inútil.

Traté de hacer lo mismo con mi vida. Pasar revista a lo que sabía de mí mismo, con el mayor detalle posible. Quién era. Qué había pasado conmigo. Qué me gustaba.

Me gustaba que otra persona me peinara. No me gustaba en general el resultado, pero me gustaba el proceso. Sentir que alguien le está mirando a uno la cabeza como si esa porción de cuerpo pudiera mejorarse con un poco de aplicación y empeño. Me gustaba tomar café con leche espumoso temprano en la mañana. Las pequeñas burbujas de la espuma rozando un instante el paladar antes de desvanecerse en la boca. Me gustaba, creía, leer libros. Pero ahora que tenía libros a la mano y tiempo disponible no estaba leyendo en absoluto, por lo que decidí que tal vez esa era una ilusión. Tal vez me habría gustado que la lectura fuera uno de mis grandes placeres. Tal vez no lo era. Mi padre amaba leer. Tal vez la lectura era uno de *sus* placeres. No sabía. Por algo ahora no estaba leyendo.

¿Qué tenía ganas de hacer? Podía responder con bastante precisión esa pregunta. No tenía ganas de hacer nada. Me miraba la mano largo rato, inerte enfrente de mí. Escuchaba los ruidos de la casa. Peleas entre mis hijos. Risas. El timbre y la llegada de alguna novia. El murmullo distante de la televisión. Nada se refería estrictamente a mí. Ya todos eran grandes. Todos tenían una vida que podríamos calificar de *funcional*. Incluso yo, ahora en la cama y barbudo, no molestaba a nadie. No oía voces ni era agresivo ni entraba en estados letárgicos ni gritaba. Sólo estaba allí.

A los cuatro meses de cama, sin aviso alguno, mi mujer trajo de visita al rabino Meltzer. Yo lo conocía desde mis ocho años. Lo había visitado, a instancias de mi padre, en momentos de mi vida que, según se me había dicho, eran *cruciales*. Siempre, a cualquier edad, me había tratado de usted. Cada vez que tuvo oportunidad me había reprochado que no pudiera tener una conversación completa en idish. Lo consideraba como una manifestación de debilidad de carácter. Pero nunca era riguroso o severo. Las veces que lo había visitado, que no fueron más que tres o cuatro, siempre me había atendido comiendo. Lo recordaba como un sujeto regordete, que en ningún aspecto evocaba la figura de un anciano

sabio. Ahora en cambio, estaba enjuto, con la mirada vidriosa y una fragilidad patente en la forma de caminar. Había entrado al cuarto detrás de mi esposa, avanzando con lentitud. Ella le acercó una silla, con gran reverencia.

—Tu mujer, buena como siempre, me pidió que te visitara —dijo dejándose caer en el asiento. Luego hizo uno de sus clásicos silencios cargados de intención, en los que se supone que uno expone sin querer la punta de una madeja que él a continuación tendrá la consideración de desenredar. Como yo conocía el procedimiento, guardé silencio y sonreí con la mayor amabilidad posible.

—Les voy a hacer un té —dijo mi mujer saliendo del cuarto. Era verdad que era buena.

Meltzer sonrió. Me dijo que él también había pasado un tiempo en cama, en Lodz, cuando había muerto su padre, y que todo el mundo se había preocupado mucho por él. En aquella época todas las muestras de flaqueza eran consideradas abominaciones de la conducta, según repitió con gran énfasis, y nadie estaba dispuesto a tolerar una conducta así. No había ninguna cosa peor, en su barrio y su círculo, que parecer un loco. Pero él insistió en quedarse acostado. Al cabo de un par de meses se había levantado de la cama, sintiendo que el proceso le había permitido atravesar su pena, y había salido fortalecido. Era un mejor rabino ahora, por haber conocido ese aspecto de la naturaleza humana.

Hice un largo silencio, al cabo del cual le pregunté si podía hablarle al humano Meltzer, al ser de carne y hueso y no al rabino, y hacerle una pregunta específica. Él me dijo que en general trataba de que el humano Meltzer y el rabino Meltzer fueran el mismo, pero que si la pregunta demandaba disociarlos trataría de hacer un esfuerzo especial.

—Usted, al margen de todo lo que debe predicar y de todas sus... tareas relacionadas con el bienestar de la colectividad... Usted como persona, ¿qué cree que pasa cuando nos morimos? ¿Cree de verdad que hay vida eterna? ¿Cree que vamos a alguna parte?

En su fuero más íntimo, ¿no sospecha que en realidad no hay nada más, que nos morimos y punto?

No sé por qué le hice esa pregunta. No era una cuestión que yo hubiera estado meditando, y de hecho me pareció que había cierta crueldad implícita al formulársela a un sujeto que debía haber pasado los ochenta años. Pero ahora ya lo había preguntado y, mientras esperaba su respuesta, me di cuenta de que el asunto en realidad no me resultaba indiferente. La vida era en verdad muy distinta si realmente se terminaba.

Meltzer parecía incómodo. No estaba del todo molesto, pero se acomodó en la silla como si de pronto sus nalgas le estorbaran. Se miró las manos. Luego sonrió.

—¿Cómo van sus hijos? ¿A qué se dedican? —me preguntó al cabo de ese largo silencio.

—Los dos más grandes son arquitectos. Tienen veintinueve y veintisiete. La mujer quiso ser contadora, a pesar de toda la propaganda en contra que yo le hice a la profesión. Tiene veintidós. Y el más chico no se decide aún. Está considerando tomarse un año en Israel para pensarlo cuando termine sexto año. Tiene dieciocho recién cumplidos.

—¿Y cómo se portan? —cerró por fin la mano que hasta hacía un instante había estado mirando.

—Se portan bien. No tengo quejas. Los grandes están armando un estudio propio...

—Con usted, quiero decir. ¿Cómo se portan con usted?

Hice silencio. La presencia del rabino no me estaba resultando grata. Nunca en la vida había tenido un diálogo con este hombre que no me resultara espinoso, indirecto, incómodo.

—¿Esta es su manera de contestar mi pregunta? ¿Tiene que ser tan rabino cada minuto? ¿No ve que llegado un cierto punto puede resultarle agotador a los demás? —dije de pronto exasperado, en un tono que resultó al mismo tiempo nuevo e impropio de mí. A pesar de que mi exabrupto me sorprendió, me gustó la forma en

que logré decir todo eso de golpe, sin filtrarlo con mi tradicional sistema para callar todo aquello que pueda incordiar al prójimo.

—Ah —dijo sonriendo—, veo que tal vez esté atravesando un trance de lucidez, y que entonces va a querer que nos internemos en una charla *estricta*. Así que le voy a responder punto por punto, empezando por sus últimas tres preguntas, y volviendo después a la primera, ahora abordándola en un sentido más específico. Comienzo: sí, esta es mi forma de abordar el asunto de la vida eterna. A usted no se le escapa que, por más especial que considere que es su circunstancia, usted es el hijo de alguien, que a su vez fue hijo de alguien, y así sucesivamente. Esa cadena no es eterna hacia atrás, pero puede decirse sin duda que es larga. El antepasado remoto que se propusiera figurarse cómo iba a ser su descendencia al cabo de cien generaciones, difícilmente iba a imaginarse a un sujeto en cama, rodeado de comodidades y paralizado. Pero sea como sea, ese futuro remoto tendría que ser para él al menos una de sus versiones posibles de la vida eterna. O al menos de la vida después de la muerte. Es decir, de aquello que le sigue a uno. Saber qué pasa con los hijos es la manera de adelantarse a lo que pasará cuando uno no esté.

Hizo con la mano un ademán con el que parecía proyectar muchas generaciones hacia adelante. Y luego relajó los dedos, como si pasado cierto punto el futuro se hiciera necesariamente inconcebible.

—Con respecto a si tengo que ser tan rabino cada minuto, permítame decirle que se trata de una excelente pregunta. Me eduqué para incorporar mi llamado a cada cosa a la que aplico mi energía. Trato de comer como un rabino, de dormir como un rabino y, en mis mejores días, de hablar como un auténtico rabino. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que mi trabajo entre los hombres no puede hacerse del todo si en algunas ocasiones no soy también un hombre cualquiera, un sujeto que todo lo ignora, incluso diría que no puede completarse si a veces no soy un *goy* o un ateo. Y el balance entre esos dos aspectos de mi trabajo es difícil. Lo que en

alguna medida contesta su tercera pregunta. Sí, veo que esa tensión puede resultar para los demás tan agotadora como para mí. Pero si no hubiera ningún aspecto en el que mi presencia pudiera resultar perturbadora, me costaría definir exactamente en qué consiste mi trabajo.

Estaba, se veía, haciendo un esfuerzo. Este Meltzer envejecido, carcomido por los años y desprovisto de su vieja habilidad para eludir lo importante se había propuesto contestarme como a un adulto. De modo que le sonreí. Todavía me molestaba un poco su presencia, pero al menos lo reconocía como un personaje familiar. Como un recordatorio de mis otros *momentos cruciales*.

—Ahora bien, su primera pregunta requiere una respuesta directa, y a cargo de Aarón Meltzer, el hombre, pues si en este momento le contesto estrictamente como lo haría un rabino voy a perder su respeto para siempre —me dijo bajando un poco la voz y acercándose hacia mí—. Un día, cuando era niño, tuve una fiebre muy intensa. Deliré por horas, según se me contó. Y siendo que era un niño delicado, muy devoto de mi madre, durante ese trance le dije cosas terribles. Mi madre no quiso contarme cuáles fueron las palabras exactas que escupí, y yo no recordaba más que retazos aislados. Una nodriza, ante mi insistencia, me contó al cabo de unos días que yo había lanzado insultos y que había maldecido a mis padres y a mi existencia. Con el tiempo olvidé el episodio, y no lo traje a mi memoria justamente hasta ese período de luto, el que le referí antes, cuando pasé unos meses en la cama. Sentía que había perdido mi guía. Me preguntaba qué habría sido de mi padre, qué clase de vida eterna le esperaba. Dónde estaría. Y entonces recordé mi episodio de delirio. No sé cómo, mi mente relacionó las dos cosas sin proponérselo. ¿Qué podían tener en común? La conclusión tardó en llegar. Pero al cabo de muchas cavilaciones se hizo inevitable. Si el aumento de unos pocos grados de mi temperatura corporal me había desprovisto aquella vez por completo de la sensación de ser yo mismo, del impulso de amar a mi madre

y la obligación de respetar a mi padre, ¿qué consecuencias no tendría verme un día de golpe desprovisto de cuerpo por entero, estando mi carne descomponiéndose en un ataúd? Si un pequeño trance como estar enfermo me había quitado la sensación de ser Aarón, ¿qué no me quitaría de la vivencia de existir la llegada de la muerte? De golpe caí en la cuenta de que cuatro copas de vino, por ejemplo, eran capaces de distorsionar por completo la persona que uno creía ser, solo mediante la torpe maniobra de intoxicar el cuerpo, la carne material, con un poco de alcohol. Una pequeña amenaza a la estabilidad de las entrañas le sacaba a uno la vivencia precisa de ser quien uno es. Luego me interesé, pues mi trabajo demandaba que fuera exhaustivo en mis preguntas, por los tumores y los accidentes vasculares, y recordé lo mucho que pierde un ser humano de la vivencia de ser quien es al sustraérsele apenas un medio puñado de masa corporal, especialmente si ese pedazo estaba dentro de su cabeza. Había gente que dejaba de recordar cosas, gente que dejaba de reconocerse en el espejo, e incluso casos en los que un sujeto que había sido toda su vida *bueno*, luego de una lesión se tornaba egoísta e intratable. ¿Cómo podía, después de considerar eso, seguir creyendo que un sujeto privado de cada palmo de su cuerpo, de cada trozo de su cabeza y de todos sus órganos podría conservar algo de su individualidad? ¿Con qué ojos vería el mundo esa entidad eterna, si cuando aún estamos aquí y perdemos los ojos no vemos nada? Quise reconciliar esa cadena de conclusiones con todo lo que se me había enseñado. No hubo manera. No podía haber al mismo tiempo una vida humana como la conocemos y luego una vida eterna e incorpórea en la que éramos en esencia las mismas personas. Nuestra vida, se me figuró, es justamente lo que es porque está unida a un cuerpo. Y ese cuerpo dura lo que dura.

Hizo una pausa. Nunca habría imaginado que Meltzer alojara en su cabeza esa clase de razonamiento. Me parecía de pronto más viejo que unos minutos antes. Me lo imaginé en cama, atizado por

la memoria de su padre, preguntándose por la fiebre y cuestionando dónde es que se produce la sensación de ser uno mismo.

Entró de vuelta mi mujer en la habitación, trayendo una bandeja con dos tazas de té. La miré como si no la hubiera visto en años. Tenía el pelo canoso atado encima de la cabeza y una mirada apacible, anhelante y un poco triste. Cuando levantó la vista y me miró a los ojos, reconocí que estaba preocupada. Dejó la bandeja y le sonrió a Meltzer.

—Ah, bueno —dijo él—, qué amable. Pero en verdad voy a quedarme solo unos minutos. El menor de los Finkelstein tiene la semana que viene su *bar mitzva* y el pobre, que no lee bien, no logra memorizar nada. Arreglé con su madre que los visitaría. Nada mejor que la aparición intempestiva de un rabino para que un adolescente se lleve el susto de su vida.

Mi esposa le sonrió y abandonó el cuarto. Sabía que los minutos de Meltzer eran contados. Vaya a saberse qué expectativa tenía sobre el impacto de su visita. Quedamos un momento solos, mirando la bandeja. Los dos levantamos la taza al mismo tiempo. Luego de dar un sorbo, dejé la taza en mi mesa de luz y me incorporé en la cama. Me destapé un poco. Me sentía de golpe acalorado.

—¿Y usted qué piensa? —dije al cabo de esa pausa, en medio de una cierta exaltación, sin haber terminado todavía de asimilar lo que me había dicho antes—. ¿Que el mundo un día simplemente se va a acabar? ¿Que el Sol va a estallar tragándose a la Tierra y que todo lo que fue importante para nosotros va a desaparecer un día sin dejar rastro? ¿No hay nada eterno?

Meltzer tomó otro sorbo y luego bajó la taza.

—No puedo pretender que conozco la respuesta a esa pregunta. La Torá misma no habla una sola palabra de la vida eterna. Así que Maimónides y una larga cadena de rabinos se encargaron de definir el asunto para los interesados. Se trataba de hombres sabios, presumimos. Pero de hombres al fin, tan limitados por lo que sabían como cualquier hijo de vecino. Yo también, apenas puedo

decirle lo que sé. Mire a su alrededor. ¿Alguna vez vio algo eterno? ¿Qué lo hace suponer que, más allá de lo que usted conoce, podría haber alguna cosa que dure para siempre? El hombre probó se limita a lo que sabe. Así que, si me pregunta en función de lo que sé, le diré que el mundo ciertamente se va a acabar. ¿Pero qué sé yo?

Saqué las piernas de abajo del acolchado y me senté en la cama. Me rasqué con repentina virulencia la mejilla.

—No lo entiendo. Suena usted como un ateo —le dije por fin.

—De ninguna manera. No se engañe. Soy un rabino, vine a visitarlo en cumplimiento de mis funciones. Tengo la Torá en mi maletín, lista para incrustársela en la cabeza al pequeño David Finkelstein si es necesario. Pero mi trabajo es, entre otras cosas, ser un sujeto razonable. Me vinieron a buscar porque lleva usted meses en la cama, sin afeitarse, comiendo apenas, preocupando a su familia. ¿Qué espera que le diga a un hombre de casi sesenta años? ¿Que todo va a salir bien? Tengo que respetar su inteligencia. Si usted ha vivido hasta ahora pensando que va a ser premiado en un improbable más allá, lo lamento. A los treinta, tal vez una creencia así puede ayudar a alguien a llevar una vida recta. ¿Pero a su edad, qué caso tiene?

Luego dio un largo sorbo y dejó su taza nuevamente en la bandeja. Se paró, miró un segundo hacia un costado, como para cerciorarse de que realmente estábamos solos, y se inclinó apenas hacia mí.

—Quédese en la cama tanto tiempo como precise. No se apure. Pero recuerde que un día, más o menos a mi edad, va a morir. Es inevitable. No todo va a salir bien. Pero algunas cosas van a valer la pena.

Luego caminó hasta la puerta, y desde allí me hizo una inexplicable venia militar antes de desaparecer por el corredor. Oí que mi mujer lo despedía. Uno de mis hijos entró con su novia por la puerta de calle mientras Meltzer salía, según escuché. Después siguió un silencio que pareció durar una hora, y que solo fue quebrado al fin por unas risas que venían desde la calle.

Me quedé largo rato sentado en la cama, sin atinar a subir los pies y taparme con el acolchado, o a ponerme de pie, o a ir al baño. Afuera, en la calle, unos vecinos festejaban el resultado de un partido de fútbol. El rumor de los autos que pasaban se me hizo de pronto mucho más notorio que en ninguno de los miles de días que hasta hoy había pasado en esta casa. Ocasionalmente, alguna bocina alentaba a los que festejaban, y entonces se alzaban las risas y los gritos. Me paré y me asomé a la ventana. Quise convencerme de que me había acercado al vidrio para ver si las nubes anunciaban tormenta, pero en realidad quería ver la fiesta. Me resultaba tan distante el deseo de reunirme con otros cincuenta sujetos a agitar un trapo y gritar cánticos a voz en cuello, y sin embargo al ver aquel pequeño marmagnum que reía allá abajo, no pude evitar sonreír. ¿Qué querían esas personas? ¿Por qué estaban allí? ¿Había alguna cosa que a mí pudiera entusiasmarme de esa manera?

Recordé lo mucho que me gustaba el verano cuando era niño. La sensación de abandonar la casa en la gran camioneta de mi padre y de seguir la ruta hasta llegar al chalet junto al río, en la Colonia de la Asociación de Arquitectos, donde ni yo ni mi hermano nos pondríamos zapatos por meses. Recordé la sensación de la noche de la víspera, cuando con mis primos nos quedábamos despiertos imaginándonos qué haríamos al otro día. Cazar sapos y tenerlos un rato croando en un balde. Soltarlos en el río. Hacer carreras corriendo en el agua. Pescar de noche con un farol. ¿Qué había sido de esos niños? ¿Cuántos de aquellos niños mayores, de aquellos jóvenes que nos enseñaban a tirar cantos rodados y a silbar con las hojas de un árbol, ya estarían muertos? Recordé a mi padre y, como Meltzer hizo a su tiempo, me pregunté dónde estaba. Era una pena constatar que, si uno pensaba apenas un segundo, tenía que aceptar que no estaba en ninguna parte. Que el único lugar en donde estaba más o menos completo era en nuestras cabezas. La mía, la de mi hermano y pocas más. Me consolé por un momento pensando que, al menos dentro de esas cabezas, mi padre aún se

movía, hablaba, fumaba pipa, hacía chistes y odiaba los edificios que siempre odió.

En seguida pensé en mi madre, que llevaba diez años internada en una clínica, incapaz de recordar nada, y reconocí que esa especie de muerte en vida a la que estaba condenada consistía justamente en que en su cabeza no vivía nadie en particular. Unas pocas imágenes de los dibujos animados que la acompañaban todo el día parecían ser todo lo que era capaz de retener. No había una tarde remota que de pronto se hiciera vívida en su mente. Una persona muerta que allí dentro siguiera viva. Pensé de pronto que tener una cabeza que contuviera todas esas cosas, esa especie de milagro que uno da por sentado, era un hecho que recibía muchos menos homenajes cotidianos que cualquier héroe nacional. No había un himno a la cabeza, ni una avenida Cabeza, ni una estatua en la plaza central que dijera: “A la cabeza. Acá se guarda todo lo que alguna vez mereció ser recordado”.

Miré nuevamente la fiesta, y reconocí que, aunque yo sabía que había una fiesta objetiva allá abajo, la única manera de disfrutar la escena era mirarla con mis ojos y pensarla en mi cabeza. Saber que ese ruido y esas masas que se movían eran *personas*, y que lo que hacían juntos se llamaba *fiesta*. Ninguno de esos dones, es decir, poder ver eso e interpretarlo como lo que era, le estaban permitidos, por ejemplo, a la ventana o a la cornisa. A pesar de que estaban más o menos a la misma distancia de la fiesta que yo, la ventana y la cornisa eran completamente indiferentes a lo que pasaba en la calle. La fiesta, por así decirlo, les estaba vedada. Por un momento me pregunté si esa clase de razonamientos, que no recordaba haber tenido desde la más temprana infancia, como por ejemplo “¿qué es lo que puede sentir una cornisa o una ventana?”, eran manifestaciones de que acaso estaba loco. Quizás toda esta larga convalecencia en cama podía interpretarse como eso, como una lenta y progresiva pérdida de la cordura. Y sin embargo estos nuevos razonamientos, por motivos que me eran difíciles de explicar,

aparecían de pronto como más relevantes que casi todos los que me habían acompañado en los últimos años. Me resultaba a mí mismo más cuerdo ahora, de pijama a mediodía, con una barba de cuatro meses y preguntándome cómo es que uno puede recordar y una ventana no, que si estuviera en el estudio, revisando un pliego que no entendía y poniéndole mi firma. Y por primera vez en cuatro meses, no me sentí culpable de estar en cama.

La ducha pareció durar horas. Era, de alguna manera, como si estuviera bajo el agua por primera vez, pues así de nueva era la sensación de sentir cada gota impactando en la mollera, salpicando, cayéndome por las sienes y la nuca. Pero no se trataba en realidad de una sensación nueva, sino remota, casi añeja. Recordé de pronto las veces que, en la infancia, la lluvia interrumpía un partido de fútbol y, cuando todos salían corriendo, nos quedábamos con mi hermano en la vereda, dejando que las gotas nos fueran empapando la camisa, los pantalones cortos, las medias, los zapatos. Después, llegando a casa, decíamos “nos sorprendió la lluvia”, como si aquel dejarse mojar a propósito fuera inconfesable, irracional, casi pecaminoso. Vino a mi memoria una gripe de verano, pasada también en cama, con gran dolor de pecho y muchas toses, al cabo de la cual le había dicho a mi madre, con enorme arrepentimiento, que la gripe era culpa mía. Mi madre me había contestado que los niños no tienen culpa, que todavía están aprendiendo a pensar y que por eso los que trabajan, votan y pueden ir a la cárcel son los adultos. Me dijo que después del *bar mitzva* sería responsable de todo lo que hiciera, pero que por ahora era inocente por definición. Yo tenía diez años, de modo que aún me quedaban dos años de inocencia, pensé. Y ahora, que llevaba cuarenta y cuatro años siendo culpable, encontraba que las gotas de la ducha eran la cosa más próxima a aquella lluvia de los años del pantalón corto. Miré el desagüe. El agua que había resbalado por mi cuerpo llegaba allí cargada de pelos, de pequeñas costras, de mugre. Me pregunté cómo había tolerado semejante desmejora.

Cerré la canilla. Me sequé exhaustivamente. Apliqué una generosa capa de desodorante en mis axilas. Me miré en el espejo, frente a la pileta. Parecía un náufrago, un brahmán, Rasputín, un completo desquiciado. Dedicué cinco minutos a fabricar una espuma de jabón de la que cualquier hombre pudiera estar orgulloso. Me afeité con aplicación, cortando primero la barba con una tijera de uñas que había en el botiquín y luego pasando la navaja con extremo cuidado, como si debiera vencer, además de la barba, la implícita tentación que había en cada movimiento que un hombre hace con una navaja, y que es cortarse de un solo tajo la propia garganta. Me sentía, sin embargo, menos suicida que nunca, especialmente luego de enjuagarme la cara y de contemplar el impecable resultado. Quedaba, naturalmente, la cuestión del pelo. En cuatro meses, había crecido hasta el largo que un adolescente habría encontrado óptimo, pero que en un sujeto de mi edad solo podía interpretarse como una especie de mensaje airado. Al haberlo secado con la toalla, lo había desflecado en todas direcciones y parecía una especie de tifón. Tomé un peine de carey que había en el estante, y que había pertenecido a mi padre. Iba a peinarme, cuando me detuve de golpe. Me miré unos instantes a los ojos. Luego me puse la bata blanca que había en el toallero, y metí el peine en su bolsillo.

Salí del baño y me dirigí al cuarto. Parada en el medio de la habitación, estaba mi mujer. Avancé hasta la cama y me senté. La miré a los ojos. Era la primera vez en meses que su expresión parecía serena. Dejó que terminara de acomodarme en la cama antes de hablarme.

—¿Qué te dijo? —preguntó al fin.

—¿Meltzer? —pregunté inútilmente. ¿Quién más podía ser?

—Sí, Meltzer.

La miré. Pobre Anna. Había insistido en celebrar el *bar mitzva* de nuestros hijos. Sus abuelos habían muerto en Polonia, en la *Shoá*. No los había conocido en vida, y tenía la esperanza de conocerlos

en el *Holam HaEmet*, cuando los familiares se encontraran en la morada ultraterrena que premia una vida de entrega. Su hermana había muerto hacía dos años de un doloroso cáncer de garganta. Su madre hacía cuatro. Su padre hacía siete. El más allá era para ella, como decía su preceptor, “tan real como su pulgar”. Si había una recompensa en la vida eterna, el lugar estaba diseñado para ella.

Y lo más importante: Anna no llevaba cuatro meses en la cama. Durante todo mi predicamento, había seguido adelante con la vida de la casa, tratando de que lo que ella veía como *la enfermedad* no se extendiera por los otros cuartos, contagiando a todos. ¿Qué podía haber hecho, tenderse a mi lado y ver cómo todo se venía abajo?

—¿Cómo están Daniel, Benjamín, Dinorah y Rafael? —pregunté. No había pronunciado el nombre de mis hijos en muchos días. Me di cuenta, sin embargo, de que estaba incurriendo en el mismo tipo de maniobra dilatoria que había usado Meltzer. Hablar de la familia en el momento en el que a uno le han preguntado otra cosa.

—Están bien. Les dije, todos estos días, que trataran de dejarte en paz. Que no te invitaran a la mesa. Que estabas atravesando tu *halacha*. Que saldrías cuando tuvieras que salir.

—Bien —dije al cabo de unos segundos. Me costaba, me di cuenta, hablar de lo que había ocurrido. De lo que seguía ocurriendo. De lo que ocurriría.

—¿Qué te dijo, entonces? —me lo preguntó con dulzura, pero con la determinación de los judíos. Nunca desistiría. Me había visto por meses con la mirada perdida entre las sábanas y ahora me tenía de pie, afeitado y oliendo a jabón, apenas una hora después de la partida de Meltzer. Quería saber qué frase, qué recomendación había obrado el milagro. Qué cosa me había dicho y qué clase de promesa le habría hecho yo.

—Me dijo... —comencé lentamente— que mi vida eterna está en peligro. Y me dio unas recetas que debía seguir al pie de la letra.

—¿Se trata de oraciones? —preguntó.

—No. Son viejos rituales... Me dijo que son anteriores al Talmud.

Algunos debe hacerlos la pareja, y algunos la familia. Son rituales íntimos y secretos.

Ella me miraba con atención, como tomando nota. Siempre me había gustado la forma en que ella se detenía ante las tareas que demandaran cierta secuencia, inclinando la cabeza levemente hacia un lado y repasando el proceso en su interior.

—Primero que nada, todos los días tenemos que peinarnos. Tú a mí, con gran detalle. Hasta que el pelo quede a tu gusto. Luego yo a ti, con un peine que haya pertenecido a la familia.

Ella me miró a los ojos. Asentí con gravedad.

—Ese ritual debemos hacerlo solos, fuera de la vista de nuestros hijos —amplíé.

—Bien —dijo ella.

—Otro de los procedimientos involucra a toda la familia —continué—. Se trata de tomar leche caliente, siempre que por supuesto sea *kosher*, y en la medida de lo posible todos juntos. Me dijo que puede ser durante el desayuno, y que puede ser café con leche. Pero hay que hacerlo a conciencia, y recordando en orden estas tres cosas: que la leche proviene de un ser vivo, que uno está vivo y que ese café con leche podría ser el último. Y tratar, mientras uno lo toma, de dar a nosotros y a nuestra familia lo mejor que tengamos.

—No parece difícil —dijo Anna.

—Creo que con esfuerzo lo podemos realizar. Por último, dijo que un día antes del *Shabat*, todas las semanas, tenemos que sentarnos solos los padres, de ser posible en la misma habitación, y leer un libro de nuestra elección al menos por una hora. Cuando ambos sintamos que ha sido suficiente, tenemos que conversar con gran detalle acerca de qué es lo que sentimos mientras lo leíamos, en qué medida alteró nuestra impresión de ser quien somos y nuestra sensación de estar vivos.

—¿Justo antes del *Shabat*? —preguntó ella.

—Sí. Preferentemente por la mañana.

—¿Y qué más? —dijo mirándome con insistencia a los ojos.

—Solo eso.

—¿Por cuánto tiempo hay que hacerlo?

—Dijo que lo mejor es hacerlo para siempre —concluí con la mayor certidumbre posible.

Anna miró unos momentos al piso. Algo en ella se resistía a reconocer al rabino Meltzer en estas pequeñas operaciones de salvataje, y sin embargo, al cabo de un minuto, volvió a alzar la mirada con la misma concentrada devoción.

—¿Y eso va a asegurarte la vida eterna? —preguntó con una nota de esperanza en la mirada.

—Me dijo que no garantiza nada. Que es un rabino, no un adivino, y que debe limitarse estrictamente a lo que sabe. Pero que, en su opinión, mi vida eterna y la de todos será mucho más definitiva y posible si seguimos estas simples instrucciones.

—¿Todo esto te lo dijo... literalmente? —preguntó con auténtica curiosidad.

—Algunas cosas las dijo de una forma indirecta. Dejó mucho librado a la interpretación. Pero esto es, en esencia, lo que me recomendó.

Se hizo un largo silencio. Anna me miró con extrañeza. Me acordé de que todavía tenía el pelo en completo desorden, largo, crespo y parado como las ramas de un árbol. Así que metí la mano en el bolsillo de la bata, tomé el peine de mi padre, y simplemente se lo di.



MARTÍN KOHAN

MARTÍN KOHAN (Buenos Aires, 1967). Enseña Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Publicó los libros de ensayo *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política*, *Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* y *Narrar a San Martín*. Es autor también de los libros de cuentos *Muero contento* y *Una pena extraordinaria*; y de las novelas *La pérdida de Laura*, *El informe*, *Los cautivos*, *Dos veces junio*, *Segundos afuera*, *Museo de la Revolución*, *Ciencias morales*, *Cuentas pendientes* y *Bahía Blanca*.

DIARIO DEL ÚLTIMO DÍA

1. ¿AMANECE?

No es solamente el cielo, sino también, y sobre todo, el lago, lo que indica en este sitio que el día va a empezar. El cielo lo dice, por supuesto, y no está a su alcance callarlo, porque el día, cuando empieza, empieza justamente ahí. Es la regla en todos lados, y en torno del Llao Llao también. Pero es el lago, es decir todos estos lagos a los que resumiendo yo llamo el lago, quien lo dice antes y lo dice mejor. Porque el cielo, por lo común, es paulatino. Se enciende por un costado, con siluetas de montaña en contraste, pero a lo largo de su extensa curva merma, queda expectante, no se decide; en la otra punta, por lo demás, se guarda un poco más de noche por un rato. En cambio el lago se ilumina todo entero de un instante para otro, no existe y de pronto existe, es invisible y de repente es plateado, pero plateado por entero, con luz de un lado hasta el otro, ya en el día por completo.

Al verlo apago mi velador, como para evitar redundancias.

2. AMANECE, SÍ, AMANECE

Los escritores llegaron ayer. Llegaron hablando entre ellos. Hablaban del fin del mundo, pero tan solo en procura de risa. Era eso, un intercambio de bromas, el modo en que se refirieron a la profecía en cuestión. ¿Se acaba el mundo? ¿Nos queda un día? Sus diferentes erudiciones mejoraron, en conjunto, el anuncio de los mayas de acuerdo con sus calendarios. Los escritores dijeron así: “Nos queda un día”, pero sus risas nada forzadas daban la pauta

de su escepticismo. No me vieron hasta que me presenté: “Soy el fotógrafo —les dije—, me llamo Veglio”, y asintieron a estas palabras con distancia pensativa, como si también a mí me hubieran anunciado los mayas.

Sé muy bien qué los trae por aquí: los últimos rezagos del romanticismo de hace dos siglos. Los trae la presunción de que la inspiración en efecto existe, y los trae la persuasión de que la naturaleza inspira. Es probable que hayan venido como quien dice con la mente en blanco. Su esperanza es que el propio paisaje ponga algo en esa nada.

3. TERMINA DE AMANECER

Por suerte no me preguntaron qué fue lo que me pasó en el mentón. Llevo puesto un vendaje blanco que hoy por hoy hace las veces de barba. No preguntaron y acaso ni siquiera vieron, enfrascados como estaban en cotejos bíblicos y yucatanescos; en caso de que lo hicieran, sin embargo, tendría que haberles mentido. Porque lo cierto es que me lastimé en un choque de autos hace apenas dos o tres días. Clavé los frenos y aun así pegué con el frente de mi coche en la retaguardia del que me precedía, ajeno a su detención y al semáforo que la recomendaba. Me distraje, y viendo qué: un afiche callejero anunciando el nuevo libro de la Escritora. Debí parpadear y enderezar mi visión al frente; a cambio me demoré intentando discernir si eran verdes o celestes los ojos de la Escritora. Mi cara dio contra el volante.

Preparé una historia diferente por si acaso preguntaban, fraguada con un tropiezo impensado y un golpe en un borde de mesa. Pero no: no preguntaron. Siguieron conversando de sus cosas.

4. YA ES EL DÍA

En ciudades es más fácil descreer de vaticinios sobre el fin del mundo. Incluso en San Carlos de Bariloche, que es ciudad tentativamente, un juntarse en las laderas y un frenarse a orillas del lago,

es más fácil descreer. Lo será tanto más en Buenos Aires, que es de donde los escritores vienen. Porque las ciudades se forjan siempre a fuerza de contingencias, imperan en ellas lo circunstancial y el irse convirtiendo cada cosa en una cosa distinta. En ese contexto, labrado en cambios, es difícil concebir un asunto tan amplio, tan concluyente, tan absoluto, tan definitivo, como es el fin del mundo. En las ciudades nada perdura, pero por eso mismo nada termina, y el mundo menos que menos.

No se piensa igual ese tema rodeado de cordilleras. Las montañas impenetrables, los lagos irrefutables, las cumbres tocadas por nieves a las que se llama efectivamente eternas; todo eso, se supone, podría llevar a pensar en un puro para siempre. ¿Cómo habrían de acabarse tanta roca, tanta agua, tanto hielo? Pero no funciona así, funciona de manera contraria. El paisaje es tan inmenso como podría serlo el fin del mundo. Y es tan intemporal y tan irreversible, tan tajante y tan inapelable, como un fin del mundo lo sería. Acá faltan las veredas, los semáforos, los carteles de publicidad, acá faltan las sendas peatonales y los teléfonos públicos, los modestos aportes humanos. Todo esto que el hotel nos da a ver está tan cerca de la creación, escribiendo creación con mayúscula, que facilita la verosimilitud de un final, escribiendo final con mayúscula.

Los escritores parecen percibirlo en cierto modo. Porque hablan, como ayer, de los presagios de la civilización maya o de la perfección astronómica de los templos de Palenque; pero, a diferencia de ayer, ya se ríen poco o nada, desmejora su incredulidad, los noto un poco aprensivos, no levantan tanto la vista. Les veo mayor pesadumbre. Aunque también puede que se trate de ese cierto aturdimiento, mezcla pareja de mareo y somnolencia, que expuestos al aire muy puro padecen los que no tienen costumbre.

5. MEDIA MAÑANA

Es la hora de la foto grupal. La vamos a tomar en el parque, con el propio hotel de fondo, bajo la luz más clara del día. Pero hubo,

según parece, un olvido o un malentendido, y lo cierto es que la Escritora no acude. Los otros en cambio sí vienen, forman, desforman, esperan, dispuestos a posar ante la Nikon no sé si con ilusión de fama o si con sueños de posteridad. No obstante habrá que postergar la foto, dejarla para la tarde o para mañana, porque alguien por lo visto se olvidó de dar aviso a la Escritora, o le dijo y ella confundió la hora acordada.

Soy apenas el fotógrafo, de mí no quedará más que imagen. Sin embargo me siento responsable de encontrar a la Escritora. Los otros ya se dispersan, se dejan llevar por la pendiente que desemboca en la ruta, por un lado, o en el campo de golf, por el otro; no habrá foto hasta después, como sea, y nadie se hace problema por eso. Pero yo me figuro un mandato, y además de un mandato una urgencia, de ubicar a la Escritora, de indagar qué es lo que ha pasado con ella.

En la recepción del hotel, propongo un sencillo intercambio: doy el nombre de la Escritora y me dan el número de la habitación que ella ocupa. Pero llamo y nadie responde, ni me van a responder aunque insista. Me fijo entre los sillones del bar y no está, me asomo al lugar del desayuno y no está. Entonces se me presenta una especie de revelación, que es en más de un sentido difusa pero a la vez, aunque difusa, verdadera sin lugar a dudas. La obedezco en un impulso y bajo hacia la pileta del hotel.

Voy siguiendo los carteles que en lugar de pileta dicen piscina. Cruzo pasillos de promesas de placer: cabinas de calor húmedo o seco, masajes liberadores del dolor, ficciones de ciclismo o caminata. Llego, por fin, veo la pileta. Estaba en lo cierto, porque ahí nada ahora mismo la Escritora. La reconozco y no sé bien cómo. Hay un extraño efecto en la luz, un brillo dorado en el agua, y la Escritora se desliza desde una punta hasta la otra como si ella misma fuese líquida. O mejor, como si el agua, tan brillante, la ayudara, en vez de ofrecerle resistencia. No hay espuma ni salpicadura, surca el agua sin necesidad de golpearla. Por momentos la

veo completa, da la impresión de estar flotando en el aire más que en el agua, planeando más que nadando, y es un milagro de cuerpo ligero todo esto que se me ofrece a la vista. Por momentos, sin embargo, pasa lo opuesto, es decir, desaparece en el agua, se disuelve o se vuelve invisible, y esto otro que al mismo tiempo distingo me resulta un milagro también.

Supongo que todo esto se debe a alguna especie de ilusión óptica, al modo en que se combinan a veces los reflejos y los brillos. Pero a poco de sopesarlo comprendo que así razono por deformación profesional. Me rindo a la evidencia, no es que me engañe la vista: la Escritora, nadadora, aparece y desaparece de verdad; no es que dé la sensación de lo invisible, de verdad deja de verse y vuelve cuando se le antoja. Y el agua se ha puesto así, del color de las cosas de oro, no porque la luz le caiga de tal o cual manera; el prodigio es verdadero, la pileta misma se encendió de luz. La prueba está en que, apenas la Escritora sale, apenas emerge y se despega subiendo por la escalerita de metal, el agua se apaga en agua, permanece azul: lo que se espera. Y yo tan pasmado quedo, mientras veo a la Escritora secarse con una toalla blanca, que ni a sacar una foto atino.

6. SE ACABA LA MAÑANA

Bajo la pendiente hacia Puerto Pañuelo, buscando serenarme un poco. No estamos en temporada ni es horario de excursiones, no concibo mayor desolación que la de este puerto que así, sin gente, ni siquiera un puerto parece. Las casetas de venta de pasajes asumen tal aspecto de abandono, que cuesta pensar que funcionaron apenas ayer o que van a volver a funcionar probablemente esta misma tarde. Los barcos que van y vienen a las islas llevando con monotonía cargamentos de turistas y una ristra de gaviotas voraces, ahora se dejan estar pegados a los precarios muelles, como si hubiesen encallado en lugar de amarrado, así de quietos y resignados están.

Es lógico que me sobresalte, en un sitio tan sin nadie, cuando alguien de pronto aparece y me habla con demasiada energía. El sereno, presumo, o un cuidador, o el encargado de la limpieza. Me explica que no hay excursiones por el momento. Le hago saber con un gesto que no es eso lo que busco, y por suerte no se interesa por averiguar qué es lo que sí. Me pregunta si es que soy un huésped del Hotel Llao Llao. Sí y no, digo confuso, y me siento obligado a explicar la visita de los escritores y mi función de ilustrar con fotos su estada.

—¡Escritores! —admira y resopla, acomodándose la gorra con ambas manos.

Detalla a continuación su adoración por la literatura: el poder de imaginar universos fabulosos, argumenta, ha de ser un don y un prodigio.

—No lo sé —murmuro—. Yo saco fotos.

Me dice que él siempre recomienda a sus hijos que lean y que lean y que lean y que lean. Que de ese modo se les va a desarrollar la imaginación y van a ver acrecentarse el vocabulario. Le consulto, por seguir la charla, qué libros le gusta leer.

—Mucho trabajo —alega, y señala vagamente la orilla y las sogas anudadas—. Ya tengo cincuenta y siete pirulos —cabecea—, me falta la concentración, las películas en la televisión las sigo con el mayor gusto, pero leer, lo que se dice leer, es raro que pase del diario.

7. MEDIODÍA

El almuerzo lo destinan a cotejar variantes posibles de llegar el fin del mundo. Los criterios se dividen, a grandes rasgos, en desenlaces fríos o desenlaces ardientes. Algunos conciben escenas de congelamiento; el sol se apaga, el cielo languidece, el planeta es conquistado por feroces bloques de hielo. Hay versiones de un final signado por inundaciones, pero esas aguas se suponen heladas: adoptan la forma de olas gigantes, que avanzan como en un ataque aéreo y obligan a mirar para arriba, o bien consiguen

invadir desde abajo, trepando desde las más profundas napas, y de a poco van cubriendo todo, tapando todo, ahogando todo; pero siempre en clave de frío, es decir como un progreso del frío.

Los que se muestran más permeables a la figuración del Apocalipsis bíblico o bien, ya en lo profano, a la más próxima actualidad, se inclinan por conclusiones hirvientes: ya sea un mundo entero que se prende fuego, ganado completamente por las llamas, se chamusca y se achicharra entre ahogos y sudoración; ya sea un brote colectivo de volcanes encrespados, que sueltan como en un coro rabioso sus respectivos rugidos y sus respectivas lavas, hasta inundar todo lo visible con capas y capas de ceniza amarillenta o gris, con esa capacidad incomparable que tienen las cenizas para meterse hasta en los rincones más apretados, con esa capacidad que tienen para ser símbolo de muerte.

Yo me encuentro entretanto pendiente de la opinión que podrá llegar a dar la Escritora, cuál de todas las posibilidades de extinción general más la convence o más la ilusiona. Pero ella se limita a escuchar lo que dicen sus colegas. A todos les concede la misma atención y la misma credulidad, ante todos asiente y sonríe con la misma aceptación generosa. No tiene una hipótesis personal sobre este tema, o prefiere en todo caso mantenerla en estricta reserva.

8. LA TARDECITA

El tono cambia con la llegada de Klaus, ya en la rueda de café. Klaus es un periodista de origen alemán (pero tercera generación de argentinos) que ha venido hasta el hotel para hacerles entrevistas a los escritores. Traerá, supongo yo, su libreta con preguntas anotadas, así como he traído yo mi Nikon y mis lentes y mis intenciones. Pero antes de que ninguna de esas preguntas alcance a ser formulada y dirigida a los escritores, hay preguntas que los escritores formulan y le dirigen a Klaus.

—¿Estuvo usted alguna vez acá en la isla Huemul?

—¿Qué sabe usted de Richter? ¿Conoce a los que lo conocieron?

—¿Mintió Richter sabiendo que mentía? ¿O era en realidad un mitómano y creía en lo que dijo?

Es difícil discernir qué piensan del peronismo, porque preguntan con un aire de ironía que podría igualmente adosarse a una adhesión partidaria o a una renuencia adversa. Los fascina que Perón, al que tienen por un hacedor de engaños, haya sido a su vez engañado; pero una cosa, no menos que la otra, sería útil al encomio no menos que al denuesto. La visión de una Argentina convertida en potencia nuclear les resulta literatura ante todo, y por eso se entusiasman. Pero lo que esperan de Klaus no es fabulación literaria: es verdad y es testimonio.

Dice Klaus que el pobre Richter es tenido por un charlatán poco menos que por todo el mundo. Las razones de ese descrédito son en cierta forma las mismas que en su hora favorecieron que hasta el propio Perón le creyera. Esas razones, según Klaus, fueron tres principalmente: primero, la alemanidad; segundo, la científicidad; tercero, la confluencia de las dos en una sola figura. Una versión contraria a esta, pero de inspiración igualmente imaginaria, movió al escepticismo: la figura del sabio loco, habitualmente cifrada en clave tecnológica y habitualmente inscripta en casos alemanes, decidió el descarte de Richter como tráfuga y como estafador, con la misma vehemencia con que antes le habían proporcionado todo: la isla entera, la financiación completa, el futuro para él.

—¿Y entonces? —preguntan, un poco entre todos, los escritores.

Klaus se pasa las dos manos por el pelo, desde las sienes hasta la nuca. Da la impresión de estar pensando, no ya lo que va a decir, sino si va a decirlo o no. Yo mismo no sé bien si las preguntas las recibe, justo él que vino acá precisamente para formular preguntas, por ser un residente y por ende estar en principio más enterado de las historias del lugar, o por ser de origen alemán (aunque tercera generación de argentinos) y por ende estar en principio completamente al tanto de las historias de los alemanes de la zona. Klaus mira por la ventana, hacia el lago y la cordillera, como

si la propia isla Huemul alcanzara a verse desde acá, y por fin suspira y declara que sí, en efecto, Richter le mintió a Perón, que le armó una historia falsa y consiguió que Perón la creyera, aunque no, como tiende a pensarse, porque lo persuadió de que estaba en condiciones de producir energía atómica en Argentina cuando en verdad carecía de elementos y de conocimientos para lograrlo, sino justamente al revés: porque emprendió su tarea y consiguió en muy poco tiempo resultados superiores a los esperados, tanto como para dotar al país de un instrumento de destrucción inconmensurable.

—¿Y la mentira?

La mentira consistió ni más ni menos que en eso, especifica Klaus: en hacerle creer a Perón que no había logrado nada, que el proyecto se atascaba y él estaba desperdiciando el dinero. Hubo algo en el general Perón, acaso el propio general Perón, que lo indujo a considerar que no era una idea conveniente revelar al presidente argentino hasta dónde había llegado con sus investigaciones en la isla Huemul. Evidentemente resolvió echarse atrás y prefirió fraguar un fracaso para él. Y Perón creyó en su fracaso tal como antes había creído en su proyecto; después de todo, había la misma dosis de ambición en una cosa y en la otra.

—Pero entonces... —murmuraron, todos a la vez, los escritores.

En ese momento la Escritora se levanta de un salto y me señala de manera directa, sin que yo me lo esperara. “Es hora de que me saque esas fotos”, exclama, y sale de inmediato hacia el parque por una puerta del costado que parecía haber estado esperándola. Me fijo y me doy cuenta de que durante todo este tiempo nevó. No me explico cómo se me había pasado por alto hasta ahora.

9. LA TARDE

Salgo y la busco y no la encuentro por ninguna parte. ¿Adónde puede haberse ido tan pronto? Las marcas de sus pisadas en la nieve me resultan algo más que una pista a seguir, las tomo como

una especie de llamada, a la que por otra parte no puedo sino responder. La línea despareja que trazan como hendiduras alargadas en lo blanco se interrumpe cada tanto, dejando la nieve intacta: no puedo explicar si en esos tramos la nieve no cedió bajo el peso de la huella, o si la Escritora se desplazó dando saltos inverosímiles a la vez que se alejaba.

De pronto, la encuentro: en un claro despejado que logra permanecer ajeno a la nevada y al frío, en un óvalo no muy extenso de inesperado césped y de indiferencia climática, está la Escritora. Un tronco ladeado le sirve de asiento. El viento, si no me equivoco, la esquivo como con prudencia. No me ve llegar, o eso creo. Ella tiene las piernas juntas, como hacen los friolentos, pero no para oponerse al frío: apoya casi en las rodillas una de esas computadoras portátiles que proyectan una luz celestial. Toca las teclas con suavidad de bordadora, y sin embargo se deja oír el repiquetear de su tecleo constante como ocurría, hace mucho tiempo, con las viejas máquinas de escribir.

—¿Qué hace, Veglio? ¿No ve que estoy escribiendo?

Lo dice sin mirarme y me hace sentir avergonzado.

—Las fotos las hacemos en un rato, ¿sabe? En media hora. En mi habitación.

Me alejo de ella como un perro chuceado lo haría. Una sola cosa alcanzo a pensar mientras tanto: ¿cómo supo que mi nombre es Veglio? No parecía estar prestando atención cuando yo se lo dije a todos.

10. MÁS TARDE

Los escritores, mientras tanto, organizaron un torneo de ping pong. No por nada en el hotel la sala de juegos ocupa un cuarto en el subsuelo, como si fuese un refugio o un búnker. Suenan risas y chistes cordiales, pero me parece notar que el que pierde se divierte, aunque simule, bastante menos que los demás. El juego sirve al entretenimiento, nadie lo ignora, pero ¿servirá también a la sublimación del rencor? Le dan a la pelotita de ping pong como

si de una pelota de tenis se tratara, con golpes llenos y tirando todo el brazo hacia atrás. Y la pobre esferita hueca, de plástico por demás ligero, se vuela adonde la lleva el azar, y no adonde los escritores pretenden. La suplencia de la pericia por la suerte parece hasta complacerlos.

Yo finjo temple en mi papel de espectador de tribuna, pero estoy francamente desencajado. La sola idea de que, en minutos nada más, voy a estar en la habitación de la Escritora, me arrincona en la ansiedad. No me decido a calcular qué clase de fotos espera, qué clase de fotos pretende de mí. ¿Por qué quiso citarme en su cuarto? Dudo ahora de si seré o no seré capaz de responder a la situación que se me presente. El oficio de sacar fotografías requiere cierta combinación de lo firme y de lo impasible, y en tren de suponer lo que me espera, presiento que no estaré en condiciones.

Justo entonces la pelotita de ping pong mal lanzada viaja hasta mí y me pega en plena frente. Absorto como estaba no atiné ni a defenderme, y el golpe es directo y gracioso. Los escritores se ríen, todos juntos, de la escena. Y yo me río un poco también, pero de ellos.

11. Y MÁS TARDE

Llamo a la puerta de la habitación de la Escritora: la boca seca, las manos húmedas. Nadie contesta. A punto estoy de insistir, pero oigo ruido de movimientos dentro del cuarto. Espero: ya vendrá. Pero no viene. Estará ajustando detalles, calculo, y me va a abrir apenas termine. Pero no viene, no me abre. Llamo otra vez. Estoy nervioso. Un sonido de pasos crece, y crece porque se acercan a la puerta. Echo la Nikon hacia atrás, con el gesto protector que es propio de los verdaderos fotógrafos.

La puerta se abre y aparece Klaus. Klaus, el periodista. ¿Qué hace acá? ¿Cómo es posible? El encuentro es desparejo, porque él no se sorprende de verme. Al revés, me sonrío con gesto afable, con aire de buen anfitrión. Me irrita más esa tesitura que el incordio de su presencia inaudita. Me hace entrar y acato con odio.

—Pase, pase —me indica—. No sea tímido.

Hay dos sillones en la habitación. Klaus ocupa uno y me ofrece el otro.

—Póngase cómodo —me propone.

Yo escruto la habitación como podría hacerlo un marido. La cama por lo pronto: no muy revuelta, tampoco intacta. ¿Qué aspecto debería tener para eximirme de toda sospecha? Me temo que ninguno bastaría. En todos, lo confieso, encontraría motivo para maliciar: si en un desorden total, por prueba de un revuelco consumado; si perfectamente lisa, por señal de encubrimiento; si apenas un poco revuelta, por indicios de escarceos. ¿Soy capaz de ocultar mis celos? No. Sé bien cuándo me están subiendo los colores a la cara. Sé que están subiendo ahora.

—Así que fotógrafo —comenta Klaus, cuestiona Klaus.

—Fotógrafo, sí —le contesto, le concedo.

Le miro los cordones de los zapatos. Tomo previamente esta decisión: si noto que los tiene mal atados, es decir atados de manera precipitada, bajo evidentes condiciones de apuro, daré esa pista por prueba concluyente de que tengo fundadas razones para deploar a este entrevistador y lamentar su presencia aquí.

—Pero ella lamentablemente ha salido —anuncia Klaus.

Lo dice con demasiada energía y me distrae con sobresalto de lo que quiso ser mi indagación.

—¿Cómo, señor?

—Que ella ha salido. Lamentablemente. Que usted tendrá que volver por sus fotos en otro momento.

Apenas termina de decir su frase, brota del baño el sonido de la ducha que se abre. Miro a Klaus: su mentira al descubierto. Pero él ni siquiera parpadea. Y hasta levanta un poco las cejas, como interrogando mi perplejidad. Se oye caer las gotas y golpear contra la losa despejada. Y en seguida, algo peor: ese ruido se atempera. La caída del agua no es ya libre.

—¿Y eso? —me atrevo a decir.

Klaus me mira, se me queda mirando.

—Lamentablemente ella ha salido. Usted tendrá que volver por sus fotos en otro momento.

—¿Está seguro de que salió? —miro hacia el baño.

—Completamente seguro —mira hacia la cama.

—¿Y usted, acá, su entrevista?

Intento sonar seguro, incluso incriminatorio, pero fracaso por completo. Bajo la vista hacia el suelo, o mejor, hacia los zapatos de Klaus. Un cordón marrón le cuelga.

—Es distinto con las palabras —explica Klaus, se pone de pie, camina hacia la puerta—. Las palabras pueden esperar, inventar, recordar, imaginar. Usted en cambio depende del instante. Usted depende de la realidad del mundo.

¿Le diré a este preguntador alemán, tercera generación de argentinos según advirtió, la frase definitiva sobre la imagen y las mil palabras? No alcanzo a decidirlo: él acaba de abrir la puerta de esta habitación de hotel que no es suya, me sonrío y se hace a un lado. El pasillo se me ofrece a modo de cambio de tema. Piso fuerte en la madera y en la alfombra, como para demostrar que la decisión de salir es completamente mía.

El rumor apabullante de la ducha ahí en el baño es lo último que puedo oír antes de que la puerta se cierre. Avanzo hacia los ascensores y noto que media cara me duele, me duele por morder y morder y morder, por morder sin morder nada.

12. ATARDECER

Desde el parque, entre la nieve, es posible contar y deducir cuál de todas las ventanas es la que corresponde a la habitación de la Escritora. Brilla en el marco la luz atenuada de los veladores; da impresión de calidez y ese efecto me sulfura. Mi intemperie de contemplador subraya por contraste la presunción de abrigo en la escena que adivino. Siluetas no se advierten, tampoco se advierten sombras. Pero se trata de la habitación de la Escritora, no caben

dudas, y una irrefutable evocación de madera y arrullo, de toalla esponjosa y vapor, amenaza con enloquecerme.

La luz de esa ventana se me impone como la peor de las visiones posibles, visión que no me deja, por eso mismo, hacer la vista a un lado. Y sin embargo me equivoco, porque existe algo peor y no tardo en comprobarlo: la luz, esa misma luz, en esa misma ventana y no en alguna otra, apagándose delicadamente, calladamente, sugestivamente.

13. SE VIENE LA NOCHE

Corro hacia la entrada del hotel con una desesperación absurda. Por suerte no me cruzo con nadie que pueda verme y preguntar qué es lo que me pasa, qué es lo que me ha puesto así. No sabría qué decir, nada que me justifique sin hundirme en el oprobio. Entro casi tropezando a un ambiente tan sereno que, a la larga, esa serenidad me conquista. Me ayudo respirando hondo y frotando una mano con la otra. Logro así acallar el zumbido que se encendió apretado en mi cráneo desde el instante en que aquella luz se apagó. Ya sin zumbido, distingo el piano que alguien toca entre sillones mullidos y leños. Si me dieran un par de minutos, podría hasta mencionar el título de la canción que suena, un standard de jazz apaciguado. Pero un sollozo de mujer me interrumpe. ¿Quién es? No sé, no la conozco, la veo hundir la cara húmeda en el cuello de un hombre que la consuela.

—¿Para qué todo esto? —la escucho decir.

Me acerco con disimulo. La nuca se la acarician a manera de argumento.

—El piano, la cena, todo esto, ¿para qué? Si hoy mismo se acaba todo. Sollozo de nuevo, los hombros sacudidos la delatan.

El hombre la palmea ya con menos convicción. Intenta una esperanza.

—Escuché decir a ese grupo de escritores que no había razones para preocuparse.

Ella se aparta un poco, lo mira con una mueca.

—¿Y qué saben los escritores?

No hay respuesta a esta pregunta.

14. LA NOCHE

Es la cena y falta Klaus. Una doble sensación me provoca esta tan visible ausencia; en principio, me da alivio, y hasta puedo llegar a creer que sin él habrá de existir una especie de complicidad entre la Escritora y yo; a la vez, no obstante, me preocupa no estar viéndolo, preferiría por caso poder saber adónde fue y qué es lo que está haciendo. La Escritora luce serena, especialmente reposada, muestra un tipo de equilibrio que no corresponde explicar tan solo por el paisaje ni por su insuperable armonía. Decido que ese aire de satisfacción se debe a la partida de Klaus; no quiero pensar, no tolero pensar, que pueda deberse a lo opuesto, es decir a su presencia en la habitación de hace apenas un rato.

Me siento lo más cerca de ella que puedo, aunque las sillas antiguas las ocupan de inmediato dos de los escritores, trabados no sin pasión en una puja memorística sobre bajistas zurdos y sobre pianistas fóbicos. Mientras transcurren sus profundas listas, asumo que voy a hablarle a la Escritora a solas en la primera ocasión que se me presente, y esa sola determinación, como si ella misma fuese un hecho, me colma de regocijo incluso cuando no sepa cuál es la cosa que voy a decirle cuando le hable. Afuera, más allá del ventanal, nos consta que el paisaje perdura, y esa presencia no disminuye por haberse vuelto invisible; al contrario, se potencia, proviene de nuestra memoria, se apoya en nuestros recuerdos.

La voz de la Escritora en la conversación general es más tenue que la de sus compañeros; pese a eso, sin embargo, y no me explico por qué, la escucho con más nitidez, más clara y con mejores matices.

15. LA NOCHE

De repente, mi oportunidad: en el ir y venir de la sobremesa, se abre un claro como si se tratara de un bosque. En el centro, a mi alcance, casi a la espera, la Escritora, menos atenta que pensativa. Podría acercarme a decirle que llegó el momento de sacarle las fotos. Podría proponerle que subiéramos a su habitación y probáramos a hacer contrastes. Podría aclararle que, si lo que planea hacer ahora mismo es retomar la escritura de su próxima novela, sería buenísimo para mí (debería decirle así: buenísimo) retratarla en pleno trabajo. Justo entonces, sin embargo, para frustrar mis intenciones, para antes de empezar interrumpirme, una luz se enciende en el lago. Pero digo mal, porque es el lago mismo, el lago entero, lo que se enciende en luz. Como si el agua en vez de agua fuera aceite y una llama azul oscuro lo encendiera de repente. El lago se quema, primero en azul, después en un viraje al tornasol, después se pone poco a poco anaranjado, cobra por fin el color propio del fuego. Se quema el lago, cunde el espanto, hay un silencio inexplicable en un comienzo, después se escucha un siniestro crepitar, y de inmediato, peor aun, un burbujeo. Ardor de agua, no hay quien pueda concebir un recurso para apagarlo. ¿Echarle qué? ¿Otra agua? ¿De qué tamaño? ¿Y desde dónde? Bastante con que estas llamas no prosperen más allá del lago. Y no prosperan, según vemos, lo cual libra una esperanza; el lago se consume a sí mismo, en sí mismo, ajeno a todo, como si no admitiera otra extinción que no sea la suya propia. Al cabo, ¿qué quedará? ¿La cavidad vacía? ¿Un lago de ceniza? ¿O un fuego eterno? Esta duda no nos aqueja más que en cuanto espectadores. Veremos el desenlace del lago tal como antes veíamos el lago. La indiferencia de las montañas es lo que nos mantiene a salvo. ¿Me equivoco o en el medio del lago, de este fuego con forma de lago, hay una especie de barco que flota? ¿Me equivoco o se alcanza a divisar en el centro de ese barco un puente y en el centro de ese puente a un capitán? ¿Me equivoco o el capitán de ese barco es Klaus: Klaus, el marino de

origen alemán, aunque tercera generación de argentinos? El barco no padece la catástrofe del lago; es más bien, si uno se fija, aquello que la provoca.

16. LA NOCHE

Las montañas no consiguen mantenerse tan ajenas a los hechos. Reaccionan como con furia: lanzan desde la propia piedra un rugido cavernoso, y como si les faltase lugar, empiezan a empujarse unas a otras. Al correrse fatalmente se rompen, abandonan su ser compactas, confiesan la verdad de la piedra enorme, que es valerse de miles de piedras pequeñas. Se caen de sí mismas; son a la vez el precipicio y el vértigo. Suicidio de las cordilleras en medio de aullidos de espanto: producen el vacío y saltan al vacío, inventan la altura y desde lo alto se tiran. ¿Y nosotros? Nosotros querríamos verlo como veíamos la muerte del lago. Pero el crujido intemporal de las montañas nos recuerda que el suelo que estamos pisando es montaña después de todo. Por lo que también nuestro suelo se rompe, también nuestro suelo se abre; perdemos todo sustento y ya no estamos, si es que estuvimos, afuera de lo que está pasando. Los árboles en los incontables bosques se desmoronan como en desmayos: sucumben los monumentos de madera al advertir que sucumben los monumentos de piedra. Y el hotel está hecho de eso, de piedra y de madera. Materiales vigorosos y nobles a los que no hubo más que adosar los vidrios y las alfombras, el cuero y la pana y el bronce. Pero toda la piedra se sofoca al llegar el final de la piedra y toda la madera se pliega al llegar el final de la madera. El hotel como quien dice se ablanda. Y empieza a venirse abajo.

17. LA NOCHE

Con todo, no atinamos todavía a entender que el mundo de este modo se acaba. Las palabras que, como pájaros enloquecidos, se cruzan de un lado al otro en medio de nuestro desconcierto, son palabras para explicar y entender, son palabras como incendio o

terremoto o tormenta o volcán encendido, ideas que por sí mismas presuponen un después, la idea de que más allá de la catástrofe alguna otra cosa habrá, así sea ruina y escombros. La certeza de que no habrá nada es un poco posterior. No la inspiran las montañas o los lagos extinguiéndose, sino una obra puramente humana. Un fuego más poderoso que el fuego irrumpe desde el lado derecho, se desata un viento enorme, la suma de todos los vientos. Y una serie de explosiones se suceden, acallando a las montañas; habrá alguno que los sienta como gritos de trompetas y pueda interpretar así que llegó el Apocalipsis. Si así fuera habría un dios, pero no: se trata de la mano del hombre. Porque el sitio desde donde la destrucción se irradia no es otro que la isla Huemul. Desde allí viene esta furia resuelta a terminar con todo. De la isla emana este impulso de devastación, que dará la razón a Perón aunque sea con la conclusión del mundo. El cielo relampaguea pero ya sin necesidad de nubes, telones de radiación lo cierran y para siempre. Lo que así se viene abajo es todo: el universo entero. Pero uno, en su modesta escala humana, lo vive en lo más inmediato. Universo es decir mucho. Mi terror personal se concreta al venirse abajo el hotel.

18. LA NOCHE

Corremos, sí, ¿pero hacia dónde? ¿Cuál es el afuera de todo esto que pasa? No lo sabemos, pero corremos. La fuga se nos impone así sea sin desenlace. Seguimos el instinto de nuestra desesperación. No podemos guiarnos por nada, alejarnos de lo que se cae o de lo que explota, porque todo cae y todo explota en todas partes. Por eso nos chocamos y nos empujamos unos a otros, porque no vamos en una misma huida, no escapamos en conjunto y una misma dirección. A ciegas no estamos, porque el mundo ardiente se ilumina. Pero estamos, eso sí, enceguecidos, avanzamos trastabillando, pisamos a los que se cayeron, nos aplastamos en rincones sin salida, usamos puertas que nos sacan de un infierno pero nos hacen pasar a otro. Por lo visto queremos vivir, aunque entendemos

que ya no habrá un mundo donde podamos vivir. Ninguno alcanza a ayudar a otro, y eso nos hace tal vez inhumanos o tal vez verdaderamente humanos. Lo que fue nieve se ha vuelto ácido y disuelve las cosas que toca. Me encuentro de pronto en el parque, lo que creo que era el parque. Me doy vuelta para mirar el hotel y tenerlo como referencia. Las ruinas del hotel son tan bellas como el hotel. Igual de imponentes, igual de sobrias.

Pienso en el golf, la cancha de golf. No tiene sentido, lo sé, ¿qué querrá decir el golf en mitad del fin del mundo? Y sin embargo, algo de su promesa lúdica de parsimonia y sosiego funciona todavía en mí. En mí, que jamás he jugado al golf ni empuñé un palo siquiera. Corro hacia ahí, hacia el campo de golf, en procura del mundo aparte que como deporte ofrecía. Las lomadas, los declives, me hacen pensar que he llegado. No por eso me siento a salvo, ya ni pienso en estar a salvo. También este suelo se rompe, se raja, se incendia. No obstante hay algo, ya no sé qué, que me induce a presumir un remanso. Me lanzo directo hacia ahí, sin saber de qué puede tratarse. Es imposible, alcanzo a decirme, pero ese imposible se me presenta de pronto. Es un hueco de silencio y atenuación del viento. Ni aun la nieve hostiga ahí: hay un césped parejo y tierno y hasta un árbol que da sombra por demás apacible. Bajo su copa, que es mediana pero nutrida y fresca, hay un banco de piedra blanca, al amparo por completo de las penas del entorno. Si el infierno fuese un desierto, y por desierto consintiera un oasis, entonces este sería su oasis: un recodo de equilibrio y salvación.

Me acerco despaciosamente al banco. Sé que hay una esperanza, pero no la hay para mí. En el banco, erguida y compenetrada, está sentada la Escritora. Teclea en la computadora otra página de su nueva novela. ¿Su tema, esta vez, cuál será? ¿Y qué título planea ponerle? A mis espaldas, pero no a traición, una lengua de fuego se acerca. Lo noto sin darme vuelta, como si el fuego diera pisadas y yo estuviera en condiciones de oírlas. La Escritora, tan en lo suyo, sigue escribiendo, sigue escribiendo, sigue escribiendo. Mi espalda

se prende fuego. ¿Grito? No sé si grito. La Escritora se detiene un momento, como lo haría para elegir una palabra entre muchas otras. ¿Grito? Ya me quemó. Preparo mi Nikon para sacarle una foto a la Escritora. Mi última foto, la última foto. ¿Grito? Ella me mira. Gira hacia mí, con lentitud, y sin rencor ni curiosidad, me mira. Alcanzo a preguntarme si sus ojos, que ahí están, son verdes o son celestes. A responder la pregunta no alcanzo. A sacarle la foto tampoco. Hay que ver lo pronto que se prende uno, cuando el fuego está tan cebado. El pelo y las mangas se encienden, la espalda y las piernas se encienden, las uñas y los labios se encienden, y lo último en apagarse es la voz.



POLA OLOIXARAC

POLA OLOIXARAC (Buenos Aires, 1977). Es escritora y traductora. Su primera novela es *Las teorías salvajes* (2008). En el año 2010 fue seleccionada entre los mejores narradores en español por la revista *Granta* y recibió la Beca Nacional de Letras del Fondo Nacional de las Artes de Argentina. Ha participado de residencias en el International Writers Program de la Universidad de Iowa, en Yaddo (NYC), en la Amsterdam Writer in Residence Program y la MEET de Saint Nazaire, Francia. Actualmente reside en Bariloche con sus gatas Gmail y Carlota E. Schrödinger.

MODESTA VICTORIA

—¿Ven el salvavidas? Este catamarán dispone de veinte salvavidas. El tema es que si se caen, lo más probable es que se mueran. Lo de “salva-vida” es un decir, porque estos de acá están para acarrear los muertos. Así que ojo con caerse al agua, porque si se caen se mueren. Está frío el lago.

Mario cambió de mano el micrófono para sacarse un pelo que se le había metido en la boca, estirando el cuello como una tortuga de chicle. Su aspecto corporal, vestido, había cambiado poco desde sus años como coordinador de viajes de egresados en Bariloche: tenía el mismo corte de pelo, corto adelante largo detrás, que según la geometría de las clases sociales podía corresponder a rugbiers o rolingas. Pero en él, las cubanas adoptaban el aire distinguidamente rural que se espera de un nic, la denominación de origen de los Nacidos Y Criados en Bariloche (Mario no era ningún Mudado E Instalado). Mantenía la voz monocorde que había entrenado pastoreando adolescentes durante sus años de “coordi”, y la piel seca, llena de pozos y pequeños pantanos de pus antiguo, como mallines.

—Cuando crucemos y estemos a la altura de esas rocas allá, vamos a poner velocidad. Si se sienten mal, no vomiten. Si quieren salen a cubierta, miran un punto fijo. Se quedan quietos. O miran el paisaje. Respiran despacio. Pero no vomiten. Les digo porque a veces la gente se marea un poco y chau, va y vomita. Son 250 pasajeros. ¡Imagínense 250 personas vomitando!

Coni hundió la nariz en su polera rápidamente, respirando la

lana. Furtiva entre los pliegues, giró para espiar los asientos de atrás, donde los turistas brasileros miraban tranquilamente por la ventana o abrían paquetitos de dulces para sus niños, sonriendo ante el espejo del lago que se abría en esplendor entre las montañas silenciosas, sin preocuparse por nada que ocurriera alrededor. En general, el turista brasiler —el colectivo que compone “Brasiloche” durante los meses de temporada alta— se dirige en portugués a los lugareños y gentes del servicio, deambulando entre las costumbres argentinas dentro de su burbuja de *jóia* sin preocuparse por captar una palabra en castellano. Mario había tomado comando del sonido ambiente desde que prendieron los motores y el cataracán empezó a alejarse de Puerto Pañuelo, y desde que cruzó el puente de mando revestido en madera de 1934, como rezaba la placa, Coni trataba de concentrarse en mirar un punto fijo, respirar despacio, quedarse quieta, no sugestionarse, entonces Jano la interrumpió.

—Es completamente genial. ¿Pensás que podrá actuar?

Jano había estado filmando la Fiesta del Gran Huevo que tuvo lugar en el Centro Cívico de la ciudad durante el domingo de Pascua. Durante días, los maestros chocolateros habían copado la plaza con sus artes, reviviendo con manteca, cacao y empeño la antigua Fiesta del Chocolate; el plan era revitalizar el turismo creando otra fecha para promocionar los viajes fuera de temporada. Era una esfera ovoide de diez metros de alto, sostenida por una importante estructura de metal. El Gran Huevo podía visitarse durante todo el fin de semana; durante la mañana de Pascua le rompían la crisma con ayuda de una grúa; uno de los maestros chocolateros flameaba su delantal desde lo alto y daba el primer martillazo. Los niños esperaban la rotura del coloso de chocolate desde la mañana, todos podían llevarse un pedazo del Gran Huevo Popular. La luz había sido excelente esa mañana; Jano había conseguido cientos de imágenes de niños con pedazos de sustancias marrones de distintos tamaños y formas semiderretidos en las

manos. Había tanta luz (un fenómeno de la altura y la cordillera) que apenas podía mantener los ojos abiertos, y se sentó al reparo de la estatua ecuestre de Julio Argentino Roca. Le habían pintado “Genocida” en aerosol; rodeado de pintadas de pañuelos blancos en el suelo, que detallaban los nombres y fechas de algunos desaparecidos *celebrities*, Roca miraba desafiante el lago, impertérrito en bronce. Jano accedió a la primera parte de su epifanía: si viraba al negativo las imágenes de la felicidad popular en torno al Gran Huevo, obtendría un monstruo blanquecido elevándose contra la negrura del aire y la niebla oscura el lago, rodeado de una tribu de fantasmas con sustancias misteriosas deshaciéndose en las manos; jóvenes adoradores (¿thugs de Kali?, ¿mapuches satánicos?) que mordían cosas blancas y viscosas con dientes negros. El negativo de la imagen, con tanta luz, le garantizaba un ambiente de negruras nítidas y sugestivas; la multitud de niños y adultos acompañantes, una extraña orgía religiosa. Se puso de pie inmediatamente: su segunda película después del éxito de “Vampiros en la Ñeve” sería el primer documental B sobre el Apocalipsis; el huevo gigante de Bariloche sería la gran ramera de Babilonia.

Había hecho un buen trabajo. Durante la invasión de las ratas, cuando Bariloche y sus alrededores atravesaron el extraño fenómeno de la floración masiva de la Caña Colihue (*Chusquea culeou*), Jano se internó en la montaña, en una zona densa en cañas colihue. Durante la floración, que ocurre aproximadamente cada 25 años, roedores de toda especie se ven atraídos irresistiblemente a las cañas, cuyas flores tienen fuertes propiedades afrodisíacas para los ráticos; los primeros síntomas se dan como “mini-ratadas”, como se conocieron las primeras explosiones demográficas de estas alimañas. El brote de hantavirus en la zona complicaba más las cosas; especies de distintos reinos parecían colaborar juntas para amedrentar al humano invasor. Jano puso una carpa en la mochila, tomó una remera verde lisa y le escribió en marcador: “Anti Virus de Hanta Virus”. Pasó el día y la noche grabando el

griterío de las ratas; las oía entre los matorrales, las filmaba al ras del suelo, frenéticas con sus ojos muertos. Presentó su proyecto solicitando financiación a los organismos gubernamentales debidos; escribió que “un espíritu de denuncia anima mi investigación” y unas vagas alusiones al capitalismo que llegaba, que se devoraba la Patagonia, que venía devorándola desde la Campaña del Desierto. A Julio A. Roca pensaba multiplicarlo con Final Cut: su estatua sería los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

El plan inicial era tomar como la figura divina redentora al Monito del Monte, un marsupial autóctono en peligro de extinción. Cuando hiberna, la grasa va a su cola, que se hincha mientras espera el regreso de sus habilidades motoras con la primavera. Hasta entonces, el Monito del Monte apenas había conocido protagonismo en la vida pública de su país; pero todo esto cambiaría con su documental sobre el fin del mundo. Había conseguido fondos de la Subsecretaría de Derechos Humanos y Medio Ambiente prometiendo detenidos-desaparecidos; aunque no los había puesto aún en el guión, su idea inicial de hacer un musical *inter-species* sobre la destrucción del mundo conocido, una versión en la que los seres humanos se levantarán y empezarán a destruirse, a comerse entre sí, bajo el signo de la Gran Ramera babilonio-ovácea, tomaba cada vez más forma. Confiaba en que la continuidad *real* entre la desaparición paulatina de las especies amenazadas, la Campaña del Desierto y la finitud del mundo, articuladas en torno al concepto de Memoria, le darían la pauta en el momento adecuado; la epifanía de su ejecución se manifestaría a su debido tiempo. Pero todavía le faltaba su humano demasiado humano, un personaje que le garantizara la identificación de su audiencia, y Mario —¿había dicho Mario?— tenía cada vez más chances de convertirse en su Charlton Heston.

Coni se había atado el pelo en una colita alta, con los ojos semicerrados.

—¿Salimos a la cubierta? Me siento mal, creo que voy a vomitar.

—¿No ves que es Deleuze? —susurró Jano en su polera—. Genera

máquina ética en nosotros, nos imaginamos vomitando. Es como un Deleuze innato.

Salieron caminando despacio, Coni con la nariz en la polera, Jano tomándola de la cintura y la mano, en pose de patinadores sobre hielo, vigilando intensamente cada iteración facial de Mario, que seguía hablando:

—Ustedes capaz que vienen a esquiar. Pero nosotros no vamos a esquiar, no hacemos excursiones. Llevamos una vida distinta nosotros los de acá, la vemos desde otro lugar, ¿se entiende? Nosotros si el día está lindo salimos a caminar por el bosque y nos compramos unas tortitas negras y nos las comemos bajo el árbol.

Con el golpe del aire frío Coni se sintió más aliviada, y reubicó su polera en su altura normal. Al menos cincuenta personas habían elegido la intemperie de la cubierta, posiblemente escapando de las garras auditivas de Mario; Coni se sintió acompañada, en empatía con sus compañeros de viaje, lista para apreciar el espectáculo de la naturaleza. Había grupos de niños, la mayoría acompañados por sus padres, algunas parejas de mediana edad. Grupos chilenos, más serios que los brasileros y los argentinos, presos y perdidos en su existencialismo atávico chileno. Pequeñas hordas de gaviotas seguían de cerca la embarcación, algunas volando prácticamente a la altura de los humanos; la diversión era tomar una galletita con la punta de los dedos y dejar que las gaviotas la capturen, como una sortija aviar. Los niños reían encantados: las gaviotas les arrancaban las galletas de la mano, y ellos metían instantáneamente la mano en el bolsillo, en un escalofrío de miedo y placer. En la escotilla se leía *Modesta Victoria*, el nombre de la embarcación, en letras doradas. En la cabeza de Jano, frases como *esos niños con los brazos terminados en galletas*.

Entonces ocurrió la segunda epifanía de Jano. *Esos niños... esos niños están alimentando con laxantes a esas gaviotas. Han preparado todo: han untado las galletitas con laxantes, esperan que las gaviotas digieran y que luego se lancen en una lluvia de guano sobre nosotros.*

No había duda. Las gaviotas se encargarían de los efectos especiales de la película. Jano se quedó pensando. La próxima vez que estuviera en Buenos Aires podría testearlo con palomas, pan remojado en laxante fuerte, para una posible *remake* del bombardeo de Plaza de Mayo.



ÁNGELES YAZLLE GARCÍA

ÁNGELES YAZLLE GARCÍA (Río Negro, 1985). Es egresada de la carrera de Periodismo (UCA) y especialista en Historia del Arte (MNBA). LASTIMA (interZona, 2012) es su primera novela.

LA ÚLTIMA CARCAJADA

Varias personas me habían hablado de él. Unas veinte más o menos confesaron su amor cuando comenté que lo acompañaría en un viaje. Lo amo. En serio. Eso me decían las chicas y chicos que habían compartido algún seminario, evento o charla con él. Y bueno, pensaba, algo tiene que tener, no creo que yo también me enamore, pero, sin duda, voy a lograr que él se enamore de mí. Así soy. A veces me alcanza con solo pensarlo, algunas anotaciones, y un poco de plata para asegurarme que las cosas salgan como las planeo. Pienso en esa mañana en el banco, mientras hacía la cola para cambiar los dólares de mi papá y vi a la señora embarazada caminar tranquila, por el costado de la fila, derecho hasta la ventanilla para ser atendida primera. Pensé: no se siente mal y ni siquiera tiene tanta panza, ¿por qué entonces? Me acerqué, me paré frente a ella y le dije que no, que eso no estaba bien, que su lugar —y señalé el final de la cola— era ahí. Que no se hiciera la canchera. O esa vez, me acuerdo ahora, que me propuse lograr que mis papás no se divorcieran. Lo logré yo solita.

Me recosté en la reposera amarilla al borde de la piletta, llevé mi libreta roja con las anotaciones privadas e importantes, y mientras tomaba una mimosa, empecé a detallar el plan para evitar Mi Fin del Mundo. Tenía que provocar un problema, un inconveniente, una desgracia que supere en importancia y magnitud esta cuestión de la separación. Por fin se me ocurrió: tenía que sacrificarme por la felicidad familiar. Entre tantas otras cosas pensé que una

buena idea era morirme. El dolor de mi ausencia, supuse, volvería a unirlos de una forma tan abrupta que los motivos para separarse quedarían absolutamente opacados. Querrían, debían, ahora más que nunca, estar juntos para superar esa tragedia. Lo descarté. Analicé en profundidad los casos de diez matrimonios a los que se les había muerto un hijo, y solo tres de ellos habían permanecido juntos. Los siete restantes, divorcio total. Mi muestra era infalible. Yo era el sostén de mi familia. Y sobre esto no tenía dudas, ni una, de que el amor, el amor dura poco, y que el de mis papás ya no era suficiente para mantenerlos unidos, ellos lo sabían, lo sabía yo, pero lo que nadie sabía era qué remplazaba al amor, el paso siguiente. Y a mí me decepcionaba, intelectualmente sobre todo, primero por no haber previsto y contemplado el fin, y segundo por su incapacidad de adaptación y superación para crear una nueva unión que queríamos todos, una unión conveniente, ninguno de los dos estaba preparado para vivir solo, y yo menos que menos para empezar a tener la vida de una hija con papás separados, que un día duerme acá, el otro allá, tener que dividir mi ropa, con fines de semana fingidos, con dos habitaciones, dos casas, dos piletas. De ninguna manera quería entrar en la burocracia del divorcio y en los conflictos de madurar antes de tiempo haciéndome cargo de lo que no me correspondía, o empezando a tomar más alcohol de lo normal y, quién sabe, a usar drogas. Dormir abrazando a mamá en vez de ella a mí, o cocinarle a papá y conocer personas nuevas, modificando mi rutina para adaptarla a la nueva vida de ellos, que seguramente implicaría escuchar nueva música, cambiar la forma de vestir, ver a mamá con corte de pelo nuevo y a mi papá flaco. No me correspondía soportar todo eso. Sí, en cambio, mantener a la familia unida bajo un nuevo valor: yo. Y viva. Porque no quería morirme. Me habían llegado comentarios que dos de los chicos más bonitos de la ciudad decían que yo cada vez estaba más linda, con esos vestiditos ajustados que usa, el cuerpito proporcionado y la colita bien parada, puf. Y era cierto, hacía ya dos años que me

daba mucha importancia. Cuando se iba mi profesora de francés me sacaba el uniforme de la escuela, le daba todo a la empleada para que lavara y planchara, y ya con mi ropa de gimnasia me sentaba en la bici fija y empezaba el entrenamiento. Duraba veinte minutos sin parar. Un montón. De la bici al sauna nuevo, del sauna un ratito al jacuzzi, del jacuzzi, ahora sí, a descansar. Y acompañaba mi rutina de ejercicios con una dieta inventada: comer lo menos posible y, cuando sentía que me estaba por desmayar, un trozo de queso descremado. Porque tengo que proyectar lo que quiero, proyecto lo que quiero tener, soy como me veo, repetía mamá. Así, bonita, chiquitita, y con mis rulos dorados, decidí enfermarme. Enfermarme de verdad, sin chiste. No podía arriesgarme a que alguien sospechara, no quería poner en juego mi credibilidad, y tenía bien en claro, gracias a mi maestra de Ética que lo repetía constantemente en clase, que para que las cosas salgan bien, ¿cómo hay que actuar, chicas?, bien. Muy bien.

Anoté en mi cuaderno: encontrar una enfermedad que no carezca de romanticismo, que necesite apoyo familiar constante. Adjudicármela.

Al día siguiente me levanté a las seis, antes de que ellos se despertaran. Por suerte no tenía hermanos, sino todo hubiera requerido una organización más compleja, más variables a tener en cuenta, pensar cómo les afectaría, hasta habría tenido que reclutar a alguno para que sea mi cómplice. Y eso sí que no quería. La discreción ante todo.

Caminé por el pasillo que va de mi cuarto al living tratando de hacer el menor ruido posible, pisando suave la alfombra color crema que combinaba con las paredes, hasta que llegué al living, me senté en el sillón verde musgo de tres cuerpos, frente a la chimenea, y mirando hacia los troncos que ardían, iluminada por el fuego, decidí que ese era el día. Porque mientras caminaba en dirección al living me desvié por otro de los pasillos, con el mismo color de alfombra, pasé por la pieza de mis papás, y asomando la

cabeza, en puntas de pie, la vi a mi mamá durmiendo sola. Sin mi papá. ¿Y papá? No me imaginaba que la situación fuera tan grave. Seguí caminando a oscuras, sin prender la luz, pasé por el baño, la biblioteca, el estudio, otro pasillo, hasta que llegué a la habitación donde se instalaba algún socio de papá durante el fin de semana para cerrar un negocio. Fue ahí, en esa habitación, en la que una semana atrás había apoyado su trasero el Sr. Behety, al que yo le decía el Gordo Rodolfo, que lo vi. Tapado con el cubrecamas de plumas blanco estaba mi papá, ahí, solito, durmiendo.

Crisis.

Me levanté del sillón con la determinación que lo hace quien fue recientemente iluminado, agarré el teléfono de la mesita ratona y marqué el número. Reservar, para hoy, una habitación, sí, la Deluxe Suite, somos tres, dos noches, llegamos en cinco horas, gracias. Volví a la cama, me acosté, me tapé bien con la sábana, la frazada y el acolchado blanco, y empecé a gritar. Papitoooo, mami-taaaa, vengan. ¡Vengan ya, ya, ya, ya, ya! Y aparecieron los dos del mismo lado de la puerta, yo escuchaba sus pasos veloces, asustados, muy asustados. Vi a papá en calzones, mostrando la redondez de su panza que crecía cada vez más, y a mamá con los ojos hinchados acercarse, sentarse y decirme qué. ¿Qué pasó? Les dije que tenía una sorpresa para ellos, en otra ciudad, que nos teníamos que ir inmediatamente, que ninguno podía decir que no, porque el Gordo Rodolfo ya se había ido, durante el fin de semana no se hacen negocios, y usaba las palabras textuales de papá, y vos, vos mamita, me querés tanto que vas a decir que sí. Vámonos.

Y en la camioneta nueva arrancamos.

Durante el viaje mami se mareó. Vomitó la 4x4 de papá. Las curvas, las subidas y el cuartito de calmante no combinaron bien. Yo por las dudas, aunque estaba en el asiento de atrás, me alejé todo lo posible. Desprendí el cinturón de seguridad y me acomodé contra la ventanilla izquierda atrás de papá. Tenía puesto uno de mis vestidos preferidos. Mami vomitó, papi se enojó. Teníamos que

llegar rápido, los últimos cien kilómetros no podían llevar más de cuarenta minutos.

Fue durante los mismos cien kilómetros, diez años después de aquel viaje con mis papás, que empecé a ver que mi estrategia para conquistarlo funcionaba de manera exquisita. Tocó mi hombro izquierdo llamándome pero con intención de no demostrar demasiado interés, un golpe cuyo efecto parecía no importarle. Suave golpeó su dedo índice para que me diera vuelta y respondiera su pregunta. No me moví. Una vez más, pensé. Una vez más y empezamos a jugar. Golpeó un poco más fuerte. Sentí dos golpes y mi nombre. Empezaba a llamarme por mi nombre. Giré mi espalda, giré el hombro que había tocado y cuando crucé con su cara, simulando desconcierto, preguntó, me preguntó, si había sido yo la que solucionó el problema del auto, que gracias bonita y sonrió. Distancia. Mantenerme distante. Lo sabía, había estudiado bien el tema, y hombres como él, de ojos verdes como él, que se creen inteligentes como él, actúan según la premisa de que vale la pena lo que cuesta. La atracción tiene más que ver con el método que con el objeto. Responden a la indiferencia, dificultad, ignorancia, disimulo. Entonces, cambian los roles y el que empieza a buscar es él. Así que tan difícil y distante como me creía, alejé unos centímetros mi cuerpo del suyo, desvié mi mirada, y mientras giraba mi torso al mismo tiempo que levantaba mi mano derecha, con absoluta precisión gracias a las clases obligadas de defensa personal, le estampé, con todo gusto, una cachetada estruendosa, retumbante. Bien fuerte le pegué y le dije que para hablarme no hacía falta tocarme, y que el auto que nos estaba trasladando del nuevo aeropuerto al hotel había sido gracias a mi papá y por mí. Y que lamentaba mi reacción, pero desde el intento de robo no medía con exactitud ni coherencia determinadas acciones y emociones. Como esta. Se acercó a mi cuerpo con precaución, manteniendo la distancia, por supuesto, y al mismo tiempo que metía su mano en el bolsillo

del pantalón susurró que no me preocupara y apoyó un caramelo cerca de mi cuerpo. Volví a mi ventanilla, a mirar las montañas, los lagos, y a esperar la llegada al hotel. Me reí. Empezaba a ser mío.

Papá estacionó el auto en la entrada del hotel y mientras escuchaba las maldiciones de mamá por las constantes curvas del último tramo, ordené, muy amablemente, que nos bajarán el equipaje. Agarré una mano de cada uno, y gracias a los señores que nos abrían las puertas con una sonrisa, entramos juntos al hotel. La habitación estaba lista, el equipaje en camino, y teníamos todo a nuestra disposición. Les dije que fueran yendo mientras yo terminaba de coordinar los detalles, que se refrescaran y cambiaran la ropa, que en breve era la hora del almuerzo, que empezaran a relajarse. Después de corroborar con la señorita de la recepción el salón en el que se servía, avisé que iban a ser dos personas, y que ya quería reservar la mesa contra el ventanal, con vista al parque, y que ni bien se sentaran les sirvieran una copa de vino blanco a cada uno, bien frío, uno bueno. Pedí que llamaran a la habitación para avisarles que en diez minutos estaría lista su mesa, que les dijeran que yo, su hija, los esperaba en el lobby, y que por favor trajeran los largavistas del cierre de adelante de mi valija, el de arriba, no el de abajo, que no se les ocurriera abrirlo, lo último que quería era que vieran la bolsita llena de pastillas que le había robado a mamá. Antes de irnos abrí su frasco, saqué sus pastillas y puse unas de mentira. Unos anticonceptivos igualitos que encontré en la farmacia y que no necesitaban receta. Pero guardé las verdaderas, por las dudas: tenía que estar preparada, sobre todo teniendo en cuenta sus últimas reacciones y sus constantes ataques de pánico. Que me causaban una gracia, le agarraban cada vez que la abuela llamaba diciendo que venía a visitarnos, entonces se ponía como una loca a dar órdenes de limpieza, de modales, de jardinería, hasta que pánico. Me muero. Eso empezaba a gritar. Me muero y no puedo respirar, entonces me obligaba a llamar a

la abuela y decirle que mamá estaba mal, muy mal, que no era momento, por ella, que la abuela no iba a pasarla bien.

Esperé a que la recepcionista cortara el teléfono y pedí la lista con actividades para hacer durante el día. Elegí y agarré el teléfono. Permiso. Marqué un interno y alquilé un carro de golf, palos de golf, confirmé horario y di el nombre de papá. Llamé a otro interno y a nombre de mamá hice la cita para el Día de Belleza, que incluía su nueva obsesión: el Facial Reafirmante. Juntos al almuerzo, separados para deleitarse cada uno con sus gustos, juntos de nuevo distendidos, contentos y sin mí, parecía una buena dinámica para el amor en este punto de la relación. Porque había leído en qué consistían algunas “terapias de pareja”, y su método para la solución de conflictos, como la valorización de las cualidades de cada uno o el intercambio de roles y formas de intentar un renacimiento del amor, eran, ya, ridículos. Mi terapia era reconocer la incapacidad de la pareja, aceptar el fin del amor, y entonces ejercer yo como mediadora y artífice de su salvación. Nuestra salvación como familia que había jurado ante la ley y Diosito la unión para toda la vida. O sea, si me hacen rezarle a Dios todas las noches, y me obligan a ir a la iglesia y tomar la comunión y confirmación y escuela católica, entonces, que se hagan cargo. O lo hubieran pensado mejor a la hora del juramento y sus creencias, porque no es chiste la religión.

Me senté en uno de los sillones de cuero marrón del lobby frente a la barra del bar. Vi a mamá bajando las escaleras, con su gorro marrón claro, una camisa blanca y un pañuelo bordó al cuello, haciendo juego con los pantalones que marcaban su figura esbelta. Se sentía bien, tenía el pelo atado aunque decía que resaltaba su nariz puntiaguda. Pero yo la veía tan bella así, con su pelo tirante hacia atrás y su piel blanca que contrastaba con los ojos marrones. Papá había elegido el mismo modelo, pantalón beige y un jackard bordó con rombos verde inglés. Bien bonitos estaban los dos, tanto, que en vez de dejar que se acercaran a mí, me levanté del sillón y fui a buscarlos. Caminé delante de ellos siguiendo los pasos del

camarero que nos indicaba la mesa preparada, con la botella de vino en un balde con hielo. Copas llenas. Les di un beso y dejé a la derecha de cada uno el sobre color ceniza con sus actividades y ubicación. Y me fui sola, con mis largavistas colgados del cuello, a hacer mis cosas. Todo tenía que pasar ese día.

Sonó el teléfono de mi habitación y sin terminar el cigarrillo que fumaba contra la ventana del baño, lo apagué, tiré un poco de aromatizante de jazmín y fui a atender. Ya estaba todo listo para la rueda de prensa que daría ese día. Yo tenía que estar ahí observando, tomando notas, escuchándolo hablar de su nuevo libro y respondiendo las preguntas de los periodistas. Solo dos días íbamos a compartir, y durante esas horas, ni una más ni una menos, tenía que obtener la información para hacer mi trabajo completo, para saber todo lo que necesitaba de él. Esas eran las condiciones que junto con su agente pusieron antes de finalmente firmar el contrato. La propuesta de El Diario era simple y atractiva: una buena publicidad para un escritor de moda que acababa de publicar su última novela, una crónica sobre él, una buena crónica sobre él, y con cuidado, El Diario auspiciaba su libro. Dije sí claro, no quería decepcionar a todos sus lectores que tanto dicen que lo aman. Me cepillé los dientes, desabroché los botones del vaquero, los tiré al suelo junto con mis botas de cuero, y a máxima velocidad me puse el pantalón negro de tiro alto, los zapatos de gamuza negros y la blusa naranja con botones de nacar que me había regalado un compañero de trabajo que intentaba, aspiraba, a ser mi novio. Llegué al lobby y ahí estaba esperándome, con el pelo húmedo, sentado sobre una de las banquetas de la barra, girando un vaso con whisky. Levantó su cabeza y me siguió con la mirada mientras bajaba las escaleras. Se había tomado el atrevimiento, así dijo cuando me senté a su lado, de pedirme un daiquiri de frutilla, una bebida de chicas aclaró, que por lo dulce y suave me gustaría, y podíamos aprovechar, ya que la entrevista estaba un poco atrasada, para hablar y conocernos.

Despreciarlo, sobre todo después de la cachetada, no me pareció buena estrategia. Conocernos más, claro que sí. Aunque sabía todo sobre él: sus últimas tres novelas, *El Silencio*, *El Fracaso*, *Silencio y Fracaso*, pretendían ser, con capítulos en los que desarrollaba temáticas como el fin de la literatura, el rol de la literatura o la literatura como acción terapéutica, novelas “inteligentes”, reveladoras, de esas que cuando uno termina de leerlas dice o piensa, ajá, mirá vos, nunca lo había pensado. Sin embargo la temática predominante era siempre la misma: escribía novelas de amor, y como si no fuera suficiente, o como si fuese una temática desprestigiada, intentaba disimularla en vano y subir el nivel intelectual bajo reflexiones carentes de originalidad y hondura. Su nuevo proyecto era un blog que escribía junto con su novia en el que actualizaban fotos de sus vacaciones, relatos sobre la remodelación del departamento al que se habían mudado, películas que veían tomando un buen vino tinto. Cuatro cosas me revelaba su blog: no intentaba sostener la idea del escritor inalcanzable y militante opositor, desacreditando e ignorando las nuevas formas de comunicación. Demostraba con sus “posts” que era totalmente susceptible a las críticas sobre sus libros, él, y su blog. Respondía a ellas como quien responde al insulto de un hincha de fútbol del otro equipo. Daba explicaciones de por qué escribía cosas como “la lluvia cayendo suave por su rostro”, “te quiero, no te quiero más, quereme”, desarrollando cuál era su fin, resaltando que luchaba contra la idea de una literatura, de determinada literatura. Se lo notaba enojado, ofendido, revelando la falta de seguridad en lo que hacía pese a su discurso, entonces terminaba su argumentación escribiendo que a quien no le gustara que no lo leyera más, que él hacía lo que quería. Mi segunda deducción era que buscaba relaciones, establecía relaciones, con chicas “lindas” y con aires de inteligencia, pero, por supuesto, que no lo superaran a él. Anto, así se llamaba o hacía llamar su novia, me hacía reír mucho. En sus relatos, en los que canalizaba su aspiración de ser escritora, abusaba sistemáticamente del plural en un intento

de demostrar y reforzar su vínculo supuestamente tan demandado y deseado. “Nos fuimos, nos vamos, estamos, nos sentimos”. Una ordinaria total pensaba yo, con un mínimo vocabulario que aparentaba disimular su naturaleza. Pero imposible lograrlo con ese pelo largo y morocho, con un desgastado en las puntas que seguramente intentó ser rubio, o fue rubio, y ahora era colorado. Y pelo largo a cualquier costo. Seco, pajoso, con las puntas florecidas, pero largo. Esa era la regla. Una vez por semana aparecían fotos de sus piernas para mostrar a los lectores que habían ido a la playa, fotos con la mirada hacia arriba, fotos de su pelo tapándole la cara. Presentía que todo esto, en algún momento no muy lejano, le empezaría a dar vergüenza, cuando se diera cuenta de que Anto no era buena para mostrar. Pero no era ella lo que me molestaba, ella era así, qué se le va a hacer. Lo que me molestaba, en cambio, era que su discurso sobre una literatura democrática y diversa, que lucha contra un modo definido de escribir y un mismo contenido, “donde lo vulgar puede estar a la misma altura de reflexiones metafísicas”, era mentira. Claramente, cada palabra escrita en ese blog era una mersada total. Sí abundaban en vulgaridades. Pero ellos no lo sabían, nada era a propósito, todo lo que escribían, todas las fotos, todo, tenía pretensiones e intenciones de aquello contra lo que supuestamente luchaban. Estaba segura de que si yo en algún momento le decía ¡¡¡¡qué vulgar es tu blog!!!!, de ninguna manera ni él, ni ella, se pondrían contentos. Lo último que deduje fue que ambos creían ser una pareja célebre, digna de ser leída y observada. Creían ser, ellos mismos, un producto suficientemente atractivo para ser comprado. Solo por ser ellos, valía la pena leer cómo preparaban las tostadas en el desayuno. Solo por ser ellos, una tarde en la playa parecía resultar atractiva. Ridiculisimo. Eso pensaba. Este blog es la ridiculez misma. Me reservé este comentario para otro momento, me pareció que sumarlo a la cachetada no era buena estrategia para enamorallo, así que agarré mi vaso, le di un sorbo, y bueno, pensé, hablemos un rato.

Cuando llegué a la habitación respiré profundo y sonreí, todo estaba saliendo acorde a lo planeado. Caminé a la terraza y abrí la puerta. Me asomé. Estaba feliz sola, y la soledad era algo que apreciaba mucho, especialmente después de la pelea de papá con ese señor, que provocó que dos hombres me miraran y siguieran todo el tiempo. Por mi seguridad decía papá, y les daba estrictas órdenes de no molestarme, y en lo posible, de que no me diera cuenta de que estaban ahí, en la escuela, cuando iba y cuando salía. Y en casa. Todo el día dando vueltas alrededor de la manzana. Desde la terraza miré el lago, estaba calmo, calmo como yo, tranquilo como yo. Agarré mi cuaderno rojo y leí en voz alta: recorrer el parque y esperar. Encontrar, en lo posible, un refugio abandonado, sino, suficiente con solo estar ahí. Tiene que suceder. Me saqué los zapatos de charol, los cancanes con puntos negros y elegí un vestido más acorde a la situación. Marrón. Como dice mami: para la montaña, ropa y colores de montaña. Vestido marrón entonces, manga larga, cancanes bien gruesos de lana blancos y mis botas. Tenía que abrigarme los dedos de los pies. Si los pies están fríos, todo el cuerpo está frío. Saqué del placard el tapado de piel de conejo y con determinación, uno, dos, empecé a caminar.

Adiós, muchas gracias, jovencito, adiós.

Al parque. Bien adentro.

No podía resbalarme, no podía tropezarme, no podía, por más que el silencio y esos árboles tan altos me intimidaran, tener miedo. El sol empezaba a desaparecer y la temperatura a bajar. Empecé a temblar del frío. Saqué mi pañuelo de tela y me limpié la nariz. Saqué los guantes de mi cartera y cubrí mis manos. Abrí la petaca llena del ron de República Dominicana que compra mamá y le di un trago largo. Y seguí. Profundo. Abrí de nuevo el cuaderno. Ya estaba por empezar el invierno, mis co-protagonistas, tenían que estar en algún refugio, en algún rincón que les diera calor, o por qué no, la teoría también lo avalaba, dando vueltas como yo por el parque. Era un año importante para los ratones

de cola larga, tenían la panza bien llena gracias a la cantidad de semillas que tenían para comer. Comían y se reproducían. Mucho. Y al ser muchos, tantos, se estresaban y empezaban a dispersarse por todo el parque, y algunos, hasta llegaban a la ciudad. No podía arriesgarme a que vinieran a mí. Así que fui a ellos. A que me contagiaran el virus.

El virus Hanta en mí.

Empecé: le pregunté por qué no vivía más en Argentina, si extrañaba a su familia, cómo había empezado a escribir, sobre la cicatriz que tenía en su labio superior, por qué, declaradamente, no veía televisión y sí todo por computadora, si quería tener hijos, que a mí me encantaban las papas fritas y las cicatrices, lo máximo, sobre todo en la cara. Otras preguntas, como la de su papá, tardaba en responderlas. Entonces agachaba su cabeza, miraba fijo hacia la barra, reposaba unos segundos, hasta que decía que no sabía cómo había terminado así, separado de sus hermanos, solo en otro país, que pensó que la distancia no iba a interferir, que ya no le gustaba la soledad, que estaba decepcionado, pero era tarde para volver y ya no podía, no podría adaptarse, que su blog, su novia, no sabía, no entendía. Frotaba los dedos en sus ojos, encorbaba su espalda, respiraba, lo dejaba hablar. Que me enseñara, eso le gusta a la gente, sentir que tiene algo para dar, hablar de sí mismos, entonces yo me callaba y lo dejaba seguir, que me explicara cómo había logrado su primera publicación, cómo había llorado cuando lo eligieron entre los mejores jóvenes escritores. Volvía a enderezar su espalda, hablaba con solidez ahora, sin reposo, sin mirada fija, sonriéndome cada vez que terminaba una frase. Por momentos dejaba de escucharlo y me concentraba en sus dientes, qué buenos dientes, pensaba, y no debe haber usado aparatos, parecen naturales, blancos y derechos desde que nació. Y son perfectos para su forma de reír, moviendo sus hombros y mirando hacia abajo, con los párpados caídos y las manos entre sus piernas, entonces daba la

impresión de que al mismo tiempo que sonreía asentía, confirmando que el motivo de su risa era correcto, y yo lo miraba y empezaba a olvidarme de sus pretensiones, de sus intentos de grandeza, de las fotos que dejaba que su novia publicara. Lo que me daba lástima, porque definitivamente esa chica no le convenía, ese blog no era él, esas novelas no eran él. Terminé mi trago y le respondí la sonrisa. Alguien dijo, disculpen, ya los están esperando en el salón. Miré el reloj, habíamos hablado durante cuatro horas. Nos dimos vuelta, nos levantamos de las banquetas, y me hizo un gesto de que avanzara primero. Esperé a que me colgara la cartera y mientras caminábamos por el lobby hacia las escaleras, y después por el pasillo hasta llegar al salón, mientras yo pensaba maldición, es un poco lindo, me preguntó: “¿Y vos? ¿Vos tenés novio?”.

Se sentó en una silla que parecía de rey, con el respaldo alto, de madera, que sobresalía de su cabeza. Los periodistas enfrente. Yo atrás, bien atrás y a la izquierda. Que no me viera, y sin embargo, yo poder mirarlo. Limpió su voz, puso una pierna sobre la otra, formando un triángulo, y empezó a hablar tan odiosamente, con tanta solemnidad y claridad, sin dudas ni contradicciones. Con la seguridad de quienes no se arrepienten de nada, de que todo tiene una explicación y un sentido, de que todo pasa por algo y sus resultados terminan siendo positivos. Su voz ya no era la misma, creía estar dando clases de vida, con una voz impostada, más grave de lo normal, terminando cada oración con un acento hacia abajo, resaltando el significado de las palabras y dándoles carácter de majestuosas, entonces el periodista se mantenía en silencio, buscando un espacio entre el final de sus palabras y el comienzo de otras para realizar alguna pregunta. No pude evitarlo, alguien tiene que decir la verdad. Saqué de mi cartera la libreta, la apoyé en mis piernas, la rocé con mis dedos. Cerré mis ojos y me acordé de mi antigua libreta, también sin renglones, también con tapa roja. Haber conseguido el mismo modelo al que tenía cuando era chica me tranquilizaba, me daba seguridad. Debajo de lo que ya había

escrito sobre él, agregué: piensa que sabe todo. Nunca un no sé. Simula. Es absolutamente infeliz, pero hace chistes. No encuentra punto medio entre lo que es y lo que quiere ser. Se siente viejo y trata de disimularlo. Habla de la “vida real”. Le da vergüenza asumir que su novela es autobiográfica, siente que lo desprestigia. Constantemente usa las frases “está bueno” y “a ver”. Es un salame. Diferencia personas de personajes. Miente, miente, miente. No me gusta. Empiezan a molestarle las preguntas de los periodistas que indagan si su novela es o no autobiográfica. Tensa su boca. Me gusta que diga varón y no hombre. Me da bronca la periodista, ahora le chupa las medias. Me tienen harta los escritores y París, los escritores y España. Debería ser actor. Actuar de canchero creyendo que es humilde. Le sale perfecto. Necesita ir al psicólogo.

Cerré mi libreta y me fui.

Abrí el estuche de los largavistas, desenredé la tira que permitía colgarlos en el cuello y los saqué con cuidado. Enfoqué buscando a los ratones en el parque, hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia los árboles y ramas, al lado mío y bien a lo lejos. Daba unos pasos, pero ya no necesitaba alejarme más, el silencio absoluto y mi ayuda visual tenían que ser suficientes. El sol estaba a punto de desaparecer, ya no encontraba mi sombra. Vamos, pensé, vamos. Me colgué los largavistas del cuello y saqué la petaca. Di otro trago profundo. Y fue ahí, mientras tragaba el ron que lograba darme un poco de calor, que escuché el sonido. Allá a la izquierda, pensé, junto a toda esa basura que algún acampante dejó. Caminé rápido aunque no era necesario verlo, solo tenía que aspirar su virus. Apoyé mi cola al lado de la cáscara de banana, respiré, estiré mis piernas, aflojé mis músculos y respiré de nuevo, dejando que mis pies cayeran hacia afuera. Apoyé la espalda sobre la tierra, sobre algunas ramas caídas, mi cabeza se inclinó hacia la derecha, seguía escuchando el sonido, inhalé, y, finalmente, cerré mis ojos. Los vi abrazados, los dos solos, en el living de mi casa, las luces

apagadas, solo la lámpara de la esquina iluminaba su baile lento, sus pies coordinados sobre el piso de mármol, mi papá tocando la nuca de mamá con sus dedos, acariciándola, y ella, ella se apoyaba suave sobre su hombro, relajando su cabeza, con los ojos cerrados y su mano tocando su cintura, mientras yo, desde el fondo del living, con el vestido negro de gala, largo, sin mostrar la piel, toda cubierta, tocaba *Nature Boy*, de Nat King Cole, la última canción que había aprendido con el profesor de piano, y aunque papá y mamá lo desconocían, no sabían quién era, qué cantaba, qué significa, yo los hacía bailar, quererse, abrazarse, hasta la última nota, hasta mi lágrima que caía lenta sobre mi cachete, viéndolos juntos, con esa tecla final aguda, tan aguda, que me sobresaltó, y me hizo, finalmente, abrir los ojos. Me desperté.

Miré el cielo, veía poco con tantas ramas y hojas. Toqué mis ojos húmedos, mi cara, mi nariz, no podía confirmarlo, pero mis cachetes seguramente estaban rojos. Ya no había luz. Estaba mareada, me dolía la panza, mi panza hacía ruidos. Me alegré, estaban empezando los síntomas. Era hora de volver a casa. Caminé lo más rápido que pude, solo quería volver y estar con ellos, no les podía contar nada, pero volveríamos a ser felices, los tres juntos, para siempre. Ahora que estaba enferma nada podría separarlos, ni el trabajo, ni el amor, ni la abuela con sus amenazas de visita. Nada. Los tres solos, en mi cama, uno de cada lado, cuidándome, diciéndome que no me preocupara, que ellos estaban para mí, solo para mí y para cuidarme toda la noche, y papá habría dejado de viajar, por los tres, y mamá ya no tomaría más pastillas, porque yo la necesitaba, papá y yo la necesitábamos. Seguí caminando sintiendo el frío que ya empezaba a penetrar en mi ropa, temblaba, cada vez tenía menos movilidad, pero igualmente sonreía. Frené. A la derecha un camino amplio y despejado, y un poco más a la izquierda, un camino angosto e interferido por las ramas de los árboles. Elegí el de la izquierda, cerré los ojos y di unos pasos. Un poco más rápido. Zas. Toqué mi cara, mi pómulo derecho y sí, pensé. Vi mi dedo con

sangre, volví a pasar el dedo por la lastimadura, medía unos cinco centímetros. Perfecto. Nada mejor que una evidencia para demostrar que había estado en el parque. Tomé otro trago del ron y por fin, a lo lejos, vi el hotel. Unos quinientos metros todavía, pero ahí estaban los dos esperándome. Me apuré, ahora sí veía el cielo estrellado, la luna, la luz prendida de la habitación. Entré al hotel y fui directo al ascensor, a nuestro piso, a la habitación. Golpeé dos veces y esperé. De nuevo dos veces. Nadie me abría. Dos veces más. Me cansé. Golpeé sin parar, con las dos manos, intercalando una con otra, con fuerza, hasta que por fin apareció papá. Papitoooo, hola papito, le dije, me baño y estoy, y vos también deberías bañarte, cómo estuvo el golf, dale que nos vamos a cenar, me dijeron que el rissotto con frutos del mar es un plato exquisito, ¿y mami? Mamitaaa, cómo te fue a vos. ¿Mami? ¿Y mami? Papá no respondió. Volvió caminando con tranquilidad al sillón desde el que veía televisión, se sentó, cambió del partido de tenis al torneo de golf, y sin mirarme, sin sacar sus ojos de la pantalla, me dijo que no sabía. No está, no sé dónde está. Mamá se fue.

¿Que quéeeeeeeeeeeeeee? ¿Que mami quéeeeeeeeeeeeeee?

Me levanté de la silla y salí del salón, ya tenía suficiente. Caminé directo a mi habitación, veloz, necesitaba cambiar de ambiente, irme de ese escenario. Abrí la puerta y desconecté el teléfono al mismo tiempo que apagaba mi celular. Quería evitar cualquier llamado. Me saqué la ropa y la dejé tirada para entrar a bañarme. Agua. Qué lindo, mucha agua. Estuve más de media hora bajo la ducha, mis manos estaban arrugadas y tenía mucho calor con todo el vapor. Me tiré en la cama envuelta en la toalla, escuché que tocaban mi puerta pero no me levanté. Quería estar sola y dormir hasta el día siguiente. Qué raro, pensé, creo que lo odio, pero no del todo, no, sí, lo odio, pero es bueno, no importa, eso no importa, que él se enamore de mí, eso importa. Cerré los ojos.

Me desperté con el sonido del televisor, con una música ambiental,

con el sonido de un arpa, de la lluvia, hasta ráfagas de viento simulaban. Corrí las cortinas, ya era totalmente de día. Miré el reloj, las ocho y media de la mañana. La panza me hacía ruido, no había cenado, no había comido nada el día anterior, así que me preparé directo para ir al desayuno. Cuando crucé por la recepción escuché la voz de una señorita llamándome. Tenía tres mensajes para mí: “Su editor. Que lo llame urgente”. “Habitación 222: que la espera para cenar, reservó una mesa para dos, pidió muchas papas fritas”. “Habitación 222: la espera en el bar con un daiquiri”. Hice un bollo con el mensaje de mi editor y seguí caminando, relejendo sus mensajes. Me alegré. Lo vi en la última mesa, separado de donde había más gente, tomando un café con tres medialunas de manteca. Miraba hacia afuera cuando lo interrumpí. Me acerqué esquivando las mesas llenas de frutas y budines, la mesa de los cereales, de los fiambres, de los platos calientes, pero aproveché para pedirle a uno de los camareros un café y señalé donde me iba a sentar. Hola, le dije, ¿qué tal? Bien, muy bien, respondió, ¿vos? Creería que bien. ¿Te molesta si me siento con vos? No, claro, respondió, y se levantó esperando que me sentara. Se sentó de nuevo. Trajeron mi café. ¿No comés nada? Ahora, en un ratito, primero café. Anoche fui a buscarte, para cenar, pero no estabas en la habitación. Me estaba bañando, no escuché, y después me quedé dormida, y gracias, recién me dieron los mensajes, no sé qué problema hubo con mi teléfono. De nada, dijo, hoy te invito de nuevo si aceptás. Me preguntó sobre la entrevista, qué me había parecido. No sé, ¿en qué sentido? Estéticamente muy bien, la campera de cuero te favorece. Se rió. Gracias, dijo. ¿Al final tenés novio? No me respondiste. Mmm, no sé, a veces digo que tengo novio así no empiezan a preguntarme por qué no tengo novio, qué busco, cómo me gustan, entonces para evitar eso, y otras veces para evitar que cualquiera se me acerque, digo que sí, que tengo novio. Y me la creo, invento uno, para mí, y no le hablo a nadie de él, solo tengo que creerlo, y sola, la creación se refleja. Entonces sí. O no. No sé,

ahora no sé si tengo novio. Esta vez sí se rió, con los hombros y la cabeza hacia abajo, y yo empecé a reírme con él. Acercó el plato de facturas, me ofreció las tres, eran para mí, él ya había comido. Mastiqué una punta, y mientras tragaba y lo miraba, asentí, era verdad, no tenía novio, ahora lo quería a él.

Le di un golpe en la cabeza con la palma de mi mano, me paré tapando la pantalla del televisor, y escuchando los reniegos de mi papá porque no podía ver si la pelota había entrado o no en el hoyo, le dije que se callara. Que por favor basta. Salí de la habitación con el mismo vestido, las mismas botas, con la petaca y los largavistas todavía en mi cartera, sin bañarme, sin mi vestido de gala y fui a buscar a mamá. Ni la lastimadura vio, pensé, ni eso, encima que estoy enferma. Empecé por el lobby, era la hora del *happy hour*, quizás estaba sentada en uno de los sillones, o en una de las butacas, probando un vino o algún ron. Frené antes de bajar las escaleras y me puse los largavistas. Miré en todos los rincones, en el último sillón, en el salón que estaba al lado, en la barra. No estaba. Fui a la recepción, pedí que llamaran al spa, quizás encontró un nuevo tratamiento, algo con algas o hierbas, un masaje antiestrés. No, me dijeron, no está, y ni siquiera vino a su cita para el Facial Reafirmante. No me rendí. Fui a la pileta, podía estar nadando o en el hidromasajes o en el sauna, le encanta nadar un rato y después recostarse a leer alguna revista. Ahí está, es esa en la reposerá. Pero no, la mujer tenía las uñas pintadas de rojo y mamá jamás usaría ese color. Camino a la recepción pasé por la sala de lectura, pero no entré, imposible que estuviera ahí. Me acerqué a la joven que estaba detrás del mostrador y antes de que pudiera preguntarme algo de la lastimadura, vi cómo abrió sus ojos y me miró fijo el pómulo, pedí un auto, para mí y urgente, porque necesitaba ir a la ciudad y con alguien que la conociera bien. Sí, dije, quiero conocer, un tour de noche. Por suerte, pensé, no tuve tiempo de sacarme el tapado, me va a servir en caso de que tenga

que caminar un poco, y en esta ciudad sí que hace mucho frío. Mientras esperaba a que llegara el auto me senté en uno de los sillones, saqué mi cuaderno rojo y leí: “Mamá está cada vez más chiflada. La vi, desde la ventana de mi pieza, cortando con una tijera los elásticos de la cama de pilates que le había comprado papá. Después se levantó de su silla, mientras esperábamos que la chica que trabajaba en casa nos sirviera la comida, y gritó que por culpa de la mala calidad de la cama, ya no podría hacer más ejercicio”. Cerré el cuaderno y me tranquilicé. No tengo por qué alarmarme, mamá está chiflada, pero tengo que encontrarla. Se acercó la joven y me dijo que el auto estaba listo.

Directo a la ciudad y lo más rápido que pueda, le ordené al chofer, que el camino y las curvas no me mareaban, que apretara el acelerador y me llevara al bar más feo de la ciudad, con la gente más fea, menos arreglada, donde sirvieran la bebida en vasos de plástico, con sillas de plástico y mesas de plástico, con la música fuerte, con cáscaras de maní en el piso. Curva, derecho, derecho, derecho, curva. Derecho, curva, árboles, árboles, derecho, curva. Bajada y subida. Con las dos manos agarré mi panza, apreté bien fuerte, estaba un poco mareada, pero claro, recapacité, la enfermedad, lógico. Entramos a la ciudad, el chofer hizo dos cuadras derecho y dobló a la izquierda. La vereda estaba llena de autos y no podíamos estacionar. No se preocupe, le dije, desde acá está bien. Bajé la ventanilla y entró una ráfaga de viento que me despeinó. Agarré los largavistas y enfoqué hacia el bar. La entrada era de vidrio, todo el frente. Si estaba ahí, la vería rápido. Hombre con gorra solo tomando una cerveza en la barra. Cuatro amigos sentados en el fondo tomando algo que no distingo, es una bebida oscura, parece que tiene frutas y la sirven en jarra. Una pareja, los dos vestidos de negro, ella con los ojos delineados, mueve su cabeza siguiendo el ritmo de la música, parece que se divierte. Nadie más. No estaba. A un lugar donde haya gente más grande, y más, mamá necesita mucho público. Otro bar y nada. Nada, nada, nada.

Señor, le dije, por favor, al más feo, piense bien. Tomó una calle oscura y empezamos a subir. Durante quince minutos el auto subió y subió. No había nadie ni en la calle ni en la vereda, ya debían ser las once de la noche y el frío, seguramente, mantenía a la mayoría de las personas adentro de sus casas. Este, dijo, es el bar más feo que conozco. Y sí que lo era. La puerta era de chapa, oxidada, con unas rayas de aerosol negro, algo raro, todo en esa ciudad era de madera. No había vidrios que me permitieran ver hacia adentro, solo veía a una persona, sentada al lado de la puerta, con su cabeza colgando y un vaso en la mano, vacío, a punto de caer. Esquivé al borracho, que por suerte estaba tan borracho que no se dio cuenta que me paré a su lado, y saqué de mi cartera una moneda que tiré directo en su vaso. Recordé de nuevo a la maestra de Ética y todo lo que nos había enseñado sobre la solidaridad y la ayuda a los que más lo necesitan. Usé mi pañuelo para girar el picaporte. Lo empujé hacia abajo y adelante, pero la puerta no se movió. Di unos pasos hacia atrás, avancé, y empujé con mi hombro. Se abrió. Ay. La cantidad de humo y la oscuridad de ese lugar, mezclada con luces violetas y rojas, me repugnaron tanto que sentí que no podía respirar. Moví la mano delante de mi cara dándome un poco de aire. Un hombre me chocó y siguió de largo. Qué maleducado. Me enderecé y grité, Mamáaaaaaaaa. Nadie me respondió. Nada, ni una respuesta, ni una burla, ni un comentario agregado a mi grito. Solo veía a un grupo de hombres destartados en una mesa a mi derecha, a dos mujeres con el pelo desteñido sentadas en las banquetas de la barra fumando unos cigarrillos largos, con toda la cara maquillada, especialmente los labios, con rojo brillante, y los ojos, delineados con un lápiz azul que sólo dejaba de llamar la atención si bajaba mi mirada hasta el escote. Avancé intentando no mirarlas. Me llamó la atención que nadie se acercara a decirme que me fuera, que no era un lugar para mí, que la entrada a menores estaba prohibida. Ni siquiera me miraban. Di unos pasos y empecé a sentir cómo mis botas se pegaban al piso, qué asco,

pensé, las voy a tener que tirar. Caminé hasta el fin de la barra empujando las latas de cerveza del piso y tratando de esquivar las servilletas y cáscaras de maní. Me di vuelta y volví a revisar: grupo de hombres, las dos mujeres, el de la barra. Miré la pared descascarada con los dos posters, uno de la bebida Dr. Lemon, amarillo y verde, con las puntas hacia adentro, y otro de dos chicas desnudas, de perfil, casi rozando sus cuerpos. Giré rápido cerrando los ojos. Respiré y volví a abrirlos. Vi un pasillo. Sin dudarlo entré y caminé, sin tocar las paredes lo atravesé esquivando a una pareja que se besaba. Fue ahí, cuando terminé de cruzarlo, que la vi. Primero sus manos que sobresalían de una ronda en el centro del salón. Vi sus dedos flacos con el esmalte claro, y vi su pulsera que brillaba. Vi un vaso de plástico transparente en su mano, una bebida azul, y la vi a mi mamá.

Puse en el bolsillo de mi tapado negro la libreta y una lapicera. Cerré la puerta y salí en dirección al lobby donde me esperaba para irnos. Vamos, dijo, mientras más rápido lleguemos, más rápido termina y más tiempo tenemos para recorrer la ciudad. La librería estaba repleta de gente, todas las sillas ocupadas, todos con su libro en las manos, mirando hacia el auto, esperándolo. Se bajó del auto y entró. Esperé sentada, le pedí al chofer que avanzara unos metros, que ahí bajaba. Prendí un Marlboro que fumé entero y recién ahí entré, con cuidado, con sigilo, evitando interrumpir. La mayoría de las personas que estaban ahí eran mujeres de todas las edades, desde estudiantes de Letras, que me dijo después, habían sido alumnas suyas de un seminario que dio, hasta mujeres de cincuenta años. Un nuevo público al que había atrapado con sus historias de amor. Empezó a hablar. Escuché su voz normal, sin acento hacia abajo. Escuché las palabras, qué lindas palabras usa, pensé. Una chica con anteojos cuadrados, morocha y con el pelo corto, por debajo de las orejas, le preguntó si su novela era autobiográfica. Sí, dijo, un poco, bueno, en realidad casi todo, lastimé,

y engañé, y mentí. La misma chica le preguntó si se arrepentía. Respondió que como persona sí, como escritor no. Aplaudieron las chicas, qué felices estaban de compartir el mismo aire que él, dijo la de anteojos mientras se acercaba a buscar su firma y dedicatoria. Ana me llamo, para Ana pedía una, y le entregaba el libro agregando que le había encantado, mirándolo, buscando ser registrada por él, entonces emocionadas, se acercaban para darle un beso y avanzaban, dejando paso a la que venía detrás. De a poco empezaron a irse, la librería se despejaba. Las observaba salir relucientes, con los ojos brillando, y lo observaba a él, que saludaba tímido a los dueños y organizadores del evento, agradeciendo, acercando su mano para despedirse. Se acercó y enroscó su brazo en el mío, chocó mi hombro con el suyo y me sacó de la librería. Prometió hacerme probar el mejor chocolate caliente. Me acercó más hacia él, no me pegues, gritó, es para que no tengas frío. Sí claro, pensé yo, pero no me importó, quería tenerlo bien cerca. Fueron dos cuadras hasta la confitería, dos cuadras que lo único que lograron fue despeinar mis rulos y paspar mis labios. Ya estaba cerrada. Sacó su celular y dijo que pasaran a buscarnos por esas calles, que estábamos listos para volver y, ya sin el celular, agregó que no me preocupara, que volvíamos al día siguiente, ahora vamos a cenar. Hizo otro llamado y avisó que llegábamos en cuarenta minutos, que por favor estuviera todo listo y en la mesa que había elegido. Se puso frente a mí, y me dio un beso en el cachete tan lindo y tan suave que dejé que durara más de dos segundos. Me reí viendo cómo se alejaba y cómo me miraba, un poco serio, esperando una respuesta. Entonces se lo dije: “¿Te das cuenta de que me amás?”. Y levanté mis cejas mientras asentía con mi cabeza. “Sí, me amás completamente en este momento, aceptalo”.

Empujé la ronda de hombres que la acorralaba y ahí estaba, sosteniendo ese vaso, con el vestido que habíamos elegido juntas para la cena de gala de esa noche, un vestido largo, verde oscuro de

satén con unas tiras finas que dejaban parte de su espalda al aire, moviendo su cabeza al ritmo de una canción que no podía distinguir, que no era música clásica que mamá tanto decía que le gustaba, y su pelo suelto, despeinado, tapándole la cara mientras levantaba sus brazos, y giraba, y no llegaba a caerse, alguien la sostenía y mamá lo empujaba y se acomodaba de nuevo, no dejaba que la tocaran pese a sus ojos desorbitados. Me enfurecí. Realmente me enfurecí cuando vi la chalina que papá le regaló a mamá de uno de sus viajes rodeando el cuello del hombre casi sin dientes. Me acerqué lo mínimo necesario para que me viera y le dije si por favor me la devolvía. Como no respondió y ni siquiera notó que estaba delante suyo, tiré de uno de los extremos y se la saqué. Volví a mamá y le agarré la mano con fuerza, la empujé hacia mí y no dejé que se soltara aunque gritaba y trataba de escaparse. Usé mis dos manos y la arrastré hacia el comienzo del pasillo, ignorando los gritos de los hombres. Mamá, le dije, mamá. No me respondía, parecía que no me reconocía, ya no hacía fuerza para soltarse, me seguía, ya no saltaba, no levantaba sus brazos, ya no tenía el vaso en su mano, solo caminaba agachando la cabeza. La metí en el auto y se desplomó. Espere que la ayudo, gritó el chofer, pero no, no necesitaba ayuda de nadie. Mamá no se movía, no hablaba. Le pedí que diera unas vueltas antes de volver, sin mucha curva, no podía dejar que la vieran en ese estado. Abrió los ojos y me miró. Sí, nunca más, afirmé, porque yo, yo estoy enferma y ahora tenés que cuidarme a mí. Nunca más. Y le mostré mi cachete, y le expliqué de los mareos y náuseas que iba a tener, que era peligroso, igual que los vómitos, que su atención era indispensable para que estuviera bien, mucha atención, y de los dos juntos, porque yo tenía que reposar, estar tranquila, sin más de esas escenas, sin más ataques de pánico, porque el cansancio no me dejaba otra opción, igual que la fiebre, todo demandaba que estuviera a mi lado, sin ir a ninguno de sus cursos, porque ahora, yo, por voluntad de Dios, la necesitaba. Mamá se acercó a mí, me inclinó hacia ella y

me acarició el pelo al mismo tiempo que me daba un beso en la frente. Cerré mis ojos, dejé que su mano siguiera rozando mis rulos, mi frente, la abracé fuerte, lo más que podía, y en silencio las dos, volvimos al hotel. Cuando llegamos papá ya estaba dormido, en la misma posición en la que lo había dejado y con la televisión todavía prendida, roncaba. Mamá fue directo a la ducha. Aproveché para despertarlo y le dije que dejábamos la cena para mañana, cuando llegáramos a casa, que se pusiera el pijama, que así se iba a contracturar. Ayudé a que se levantara y lo guié hasta la cama, le saqué los anteojos, los acomodé en la mesa de luz, lo tapé y le susurré que descansara, que ya podíamos descansar. Cuando dejé de escuchar el sonido del agua abrí la valija de mamá, saqué su camión de seda color perla y se lo alcancé al baño. Yo estaba lista, cambiada para dormir, solo faltaba cepillarme los dientes. Mamá salió con una toalla en la cabeza y se acostó paralelo a papá, un poco lejos para mi gusto. Entré rápido al baño, no quería desperdiciar ni un segundo, escupí la pasta de dientes, me sequé y fui a la cama. Al medio de los dos. Le di un beso a cada uno y apagué el velador. Debajo de las sábanas busqué sus manos y las enredé con las mías. Respiré.

Mis tacos sobre el piso de madera hacían un ruido poderoso, un crujido que denotaba seriedad, eso sentía, cada vez que daba un paso. Como si lo que estuviese por hacer en ese momento fuera algo de suma importancia, hasta confidencial. Llegué nerviosa al salón, pensando que no tenía que estar ahí, pensando que sí, que basta, intentando escuchar el sonido de mis pasos, intentando tranquilizarme. Era el mismo salón en el que habían almorzado mis papás aquella vez. Sentía el mismo aroma cálido, sentía placer pensando en que iba a sentarme en el mismo lugar que ellos. La mesa estaba lista: dos platos blancos en el centro con dibujos arabescos en verde y dorado, cuatro copas, dos platos chicos haciendo juego, servilletas sobre los platos, panera. Un papel a la

derecha. Lo abrí antes de sentarme. “Entrada, papas fritas. Primer plato, segundo y tercero, papas fritas, y todo lo que quiera la señorita”. Me senté, sonreí pero no tanto, porque, dónde diablos estaba él si yo era la invitada y yo era la señorita. Miré mi reloj. Había pasado media hora desde que cada uno había ido a su habitación. Me ofrecieron algo para tomar pero lo rechacé. Simulando tranquilidad intenté no mirar hacia la entrada, ni al reloj en mi muñeca o el de la pared. Esperé. Aguanté un poco más. No pude evitarlo y vi la hora. Me levanté de la silla con vergüenza, caminé hacia la salida, pisé la madera, escuché el sonido pero nada me ayudaba. Caminé lo más rápido que pude, quería llegar a mi habitación, esconderme. Escuché la voz de una mujer que decía mi nombre. ¿Le dieron la libreta?, preguntó. ¿Perdón?, dije. ¿Si recibió su libreta? El chofer del auto la encontró caída en el asiento y pensó que podría ser suya o del muchacho que la acompaña. No, respondí, no me dieron nada. Mis piernas empezaron a temblar tanto que me costó llegar al mostrador, porque cómo, cómo había perdido mi libreta. ¿Y?, ¿y? pregunté mientras mi boca, ahora, empezaba a temblar y no podía mantener ni quieta, ni cerrada, ni normal, como mis ojos, abiertos, bien abiertos, esperando una respuesta. ¿Y? No se preocupe, afirmó en un tono muy amable y con una sonrisa a medias. Justo pasó por la recepción el muchacho, su novio, y la recogió.

Cerré los ojos mientras escuchaba si me sentía bien. No, no me siento nada bien pensé al mismo tiempo que recordaba las palabras que había escrito sobre él. “Infeliz salame novia ordinaria psicólogo”. Di la vuelta y caminé, frené, caminé de nuevo, con los hombros caídos, lento, en dirección a mi habitación. Entré sin prender la luz, directo a la cama. Estiré mis brazos hacia atrás, mis piernas colgaban sin tocar el piso. Hacía frío, había dejado abierta la ventana después de fumar el cigarrillo antes de bajar a cenar. Me senté con las piernas cruzadas sobre las almohadas y levanté el tubo del teléfono. Marqué. Sonó, sonó, sonó y nadie me atendió.

Marqué de nuevo y lo mismo. Volví a llamar y escuché una voz de hombre. Papi, le dije, papi, ¿me venís a buscar? ¿Por qué? Bueno, que venga mamá. Mamá... mamá no sé dónde está, hija.

Entonces lloré, y lloré, y lloré más.



RAFAEL CIPPOLINI

RAFAEL CIPPOLINI (Buenos Aires, 1967). Es ensayista y curador autónomo. Publicó *Manifiestos Argentinos. Políticas de lo visual 1900-2000*, *Contagiosa paranoia*, *Alfredo Prior* y *Patafísica. Epitomes, Recetas, Instrumentos y Lecciones de Aparato*, entre otros.

Sus últimas curadurías fueron *Zodiacología*. 7 instalaciones de 7 grupos de artistas reunidos astrológicamente, *Televisión*. El Di Tella y un episodio en la historia de la TV, *Fragilidad Ltda*. Episodio dos y *Argenttrash*. Un estado de los músculos de la información. Co-dirigió con Karin Idelson el film *El Zoo de Zaratustra*. Es Regente del Collège de Pataphysique y Munífico Institutur del Longevo Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires (LIAEPBA).

Fue editor de la revista de artes visuales *ramona* y co-editor de la revista de poesía *tsé=tsé*.

SABIOS Y ATÓMICOS

Diario de una hipótesis

A la doctora Baigorria, por tanta inspiración.

INTRODUCCIÓN

Mayo de 1922

Una expedición científica al mando de José Chiagi —entonces superintendente del Zoológico de Buenos Aires— recorrió las inmediaciones del lago Epuyén, en el departamento de Cushamen, provincia de Chubut. En realidad (dato nunca menor) el estratega de la operación fue el célebre geógrafo Emilio Frey.¹ El objetivo relámpago (la razón pública): rastrear pistas e indicios de un elasmosaurus (aunque esta denominación haya sido propuesta con posterioridad, lo mismo que la de un kronosaurus. Como sea, la impúdica bestia se había dejado avistar en sus excursiones, tanto acuáticas como terrestres).²

¹ No es dato menor que Frey no fuera zoólogo. Atiéndase que señalé a Frey solo como el estratega, quien mejor conocía la zona. Sospecho que el verdadero cerebro que planificó la expedición tenía bien en claro que ninguna ansiedad científica de este tipo podía trastornar al ingeniero.

² La hipótesis del elasmosaurus-kronosaurus constituye uno de los ejes de *Nahuelito. El misterio sumergido* (2007), de Carlos Rey, quien señala los zigzags

aun sea de manera limitada y con muchas restricciones, la versión que me comunicó Mr. Sheffield, a quien el señor Frey ha conocido como yo le he conocido hace años”. Como su título lo indica, más que como informe, debería leerse al modo de instructivo.

Archivo #2

Carta de Mister Sheffield al doctor Onelli. Esquel, 19 de enero de 1922: “Hace varias noches que he podido registrar un rastro en el pasto que cerca la laguna donde tengo establecido mi puesto de cazador. Es semejante a una huella de una pata muy pesada. La hierba queda aplastada y no se levanta más de lo que hace suponer que el animal que por allí se arrastró debe ser de un peso enorme. He podido apercibir en medio de la laguna un animal enorme con cabeza parecida a un cisne de formas descomunales y el movimiento del agua me hace suponer un cuerpo de cocodrilo. El objeto de la presente es conseguir de usted el apoyo material para una expedición en toda regla para la cual se precisa una lancha, arpones, etc. La lancha se podrá construir aquí. Ahora bien, por el caso de no poder sacar al animal vivo, sería también preciso de contar con material de embalsamar”. Sheffield murió en 1936.³ Bruce Chatwin hizo notar



por allí se arrastró debe ser de un peso enorme. He podido apercibir en medio de la laguna un animal enorme con cabeza parecida a un cisne de formas descomunales y el movimiento del agua me hace suponer un cuerpo de cocodrilo. El objeto de la presente es conseguir de usted el apoyo material para una expedición en toda regla para la cual se precisa una lancha, arpones, etc. La lancha se podrá construir aquí. Ahora bien, por el caso de no poder sacar al animal vivo, sería también preciso de contar con material de embalsamar”. Sheffield murió en 1936.³ Bruce Chatwin hizo notar

³ Esmerado trío: Martin Sheffield, toda una leyenda, fue cazador y buscador de oro, eximio bebedor de ginebra y excelente tirador de Winchester. Comenzó a recorrer la Patagonia en 1880, procedente de Texas (sus descendientes atienden hoy un restaurante frente a la plaza Pagano en El Bolsón). Y según parece, tuvo más de un *tête à tête* con la criatura de aspecto milenario. Cuando envió la carta

que una cruz de madera con las iniciales M.S. señalaba su tumba, pero un cazador de Buenos Aires la hizo desaparecer.⁴

Investigación

Llevo tres cuadernos —y unos nueve años, en períodos discontinuos— analizando cada detalle de esta infructuosa cacería austral. Mi santo patrono es el investigador inglés Patrick Harpur, quien en su fundamental *Un apunte sobre monstruos de lagos* anota: “En el caso

describiendo el avistaje, el naturalista romano Clemente Onelli llevaba más de tres lustros como director del Jardín Zoológico, donde tenía su domicilio —allí vivía con su mujer, en un chalet interno— y había instaurado en la agenda cultural argentina el día del animal y el día del árbol. Amigo del Perito Moreno y de Florentino Ameghino, en sus viajes patagónicos conoció al texano, así como al ingeniero, agrimensor y topógrafo Emilio Frey. Educado en Suiza, Frey integró la famosa comisión exploradora del Museo de la Plata en 1895-1896, así como la comisión de límites con Chile junto al citado Perito Moreno. Celebrísimo hidrólogo, el mismo año de la expedición tras el pleistosaurio, fue nombrado primer director del Parque Nacional Sud. Lo que se dice un *casting* insuperable.

4 Hace muchos años, me enteré por *Siluetas*, opera prima de Luis Chitarroni, que Bruce Chatwin se interesó por la Patagonia debido a un envío inquietante (de más de diez mil años de antigüedad) de un antepasado. Copio: “Chatwin se propuso recorrer su propio curso genealógico después de haber leído *El origen de las especies* y solo encontró a un primo lejano de su madre, el capitán de marina mercante Charley Milward, que naufragó en el estrecho de Magallanes, pudo salvarse, y a partir del milagro se estableció en Punta Arenas. [...] Chatwin descubrió un pedacito de piel de brontosaurio que el capitán Milward le había enviado a su abuela desde Punta Arenas. No tardó mucho el joven Chatwin en averiguar que los brontosaurios no tenían piel (eran reptiles pertrechados de armaduras inexpugnables). Tardó, eso sí, bastante más en conocer las tierras que su antepasado había explorado. La piel, el pedacito de piel, pertenecía a un milodonte, haragán vernáculo y monumental”. Todo nos conduce a la intriga prehistórica.

de los monstruos lacustres, [Michel] Meuger estableció que los siguientes motivos —él los llama ‘creencias folklóricas’— son bastante universales”.⁵

Mi hipótesis: la expedición al lago Epyúén no se planificó a partir de las variables de sobrevivencia de una criatura datada en el Cretácico Superior o Inferior —es decir, en absoluto antagonismo con los principios académicos trazados por el zoólogo belga Bernard Heuvelmans (los que constituyen la base de la International Society of Cryptozoology, con base en Washington DC⁶)—, sino precisamente para probar la inexistencia del plesiosauroide. Una de las más efectivas recetas para destruir a un monstruo es probando que no existe.

¿O es al revés? ¿Acaso negarlo no puede entenderse como un modo de encubrirlo, de invisibilizarlo? Continúan las *instrucciones reservadas* del doctor Onelli: “A mi manera de entender, el animal, a pesar de su gran volumen es más fácil cazarlo vivo que muerto. A este fin llevan lazos fuertes de cogote de guanaco y lazos flexibles de cable de acero para reforzar la primera pialada feliz. [...] Se deben usar las armas que llevan, solo en caso extremo (*ultima ratio regum*). Se debe por todos los medios evitar el tiro en la cabeza, pues esta es la pieza más importante del animal. Deben hacerse dos, tres y más tiros al pescuezo, el que probablemente no tiene el cuero mechado de huesillos como en el resto del cuerpo”.

No dudo del interés científico del histórico director del Jardín Zoológico. Sin dudas debía velar por la seguridad de la comitiva. Tampoco de la integridad del ingeniero Frey. Pero ¿por qué tantos

⁵ *Un apunte sobre monstruos de lagos* forma parte del capítulo 9 de *Realidad daimónica*, de Patrick Harpur (Winsdor, Inglaterra, 1950), publicado originalmente en 1995 y editado en español por Atalanta en 2007.

⁶ Para más información, consultar *Criptozoología*, de Rafael Alemán Berenguer, publicado por editorial Melusina en 2010.

cazadores? Desestimada la existencia de la mole antediluviana, o mejor dicho, encubierta por dicha desestimación ¿pueden darse una idea del tráfico ilegal de especímenes de este tipo, ya vivos o embalsamados?



Plan

Mi plan (inicial): instalado en el Llao Llao, tomándolo como punto de reserva, comenzar una reconstrucción narrativa de la expedición de 1922.⁷ Reconstruir la lista de motivos secretos de esa curiosa epopeya. De hecho, cargué en uno de mis bolsos una buena parte de mi hemeroteca sobre estos episodios (revistas y diarios de época, que solo enseñé —parcialmente— a Marcos Bertorello, la noche del lunes 25, cuando nos quedamos bebiendo después de la proyección de las películas —ver *Lunes 25 de junio*—).

Dos días antes de viajar concluí la lectura de



⁷ Una de las sub-hipótesis que fui desarrollando con los años, es que hubo más de una expedición —o que puede haber sido la misma que se dividió en varios grupos—, trazando previamente una serie de recorridos pluviales donde el *elamosaurus* podría haber dejado rastros.

Relámpagos, la biografía que Jean Echenoz tributó a Nikola Tesla (y que cierra la trilogía iniciada con *Ravel* y continúa en *Correr*, dedicada al atleta checoslovaco Emil Zátopek). Sí, pensaba competir con el estilo y el plan de esas tres joyas. Tenía en mente aprovechar mi estancia en Bariloche para sumergirme —perdón por el verbo— en lo que no sabemos de aquella expedición. Sus logísticas, su verdadera financiación. Y por sobre todo, los tantísimos cabos sueltos que no conducen a ninguna parte.

Lejos estaba de sospechar que lo que llevaba Luis Chitarroni en uno de sus bolsillos —forrado en ordinario papel de sobre— me invitaría a explorar una variable en principio alejada de mi proyecto.

Un secreto reacomodando a otro.⁸

DOMINGO 24 DE JUNIO

“Arno Schmidt, sí, ¡Arno Schmidt!”. Claro que Arno Schmidt. Bargfeld bien podría ser algún pueblo de las afueras de Bariloche.⁹ Durante unos cuantos días estaré inmerso en un paisaje similar al que fue escenario de buena parte de la vida del escritor.

Salvando las distancias (literalmente) *será como espiar por aquellos ojos.*

⁸ A modo de avance, uno de los clásicos retratos del escritor alemán Arno Schmidt (1914-1979): para muchos historiadores, una bestia infinitamente más peligrosa que el criptoterium.

⁹ Bargfeld es un pueblo muy chico cerca de Bremen, en el noroeste de Alemania, adonde Schmidt se mudó a fines de los años cincuenta. Curiosamente el dato no aparece en la semblanza del escritor que Chitarroni realiza para *Siluetas*, breve biografía que hacia 1992, cuando el libro se editó, me llevó a releer todos los libros de Schmidt traducidos al español, francés e italiano. ¿Por qué Chitarroni omitiría Bargfeld?

Durante el vuelo, Chitarroni (nos vimos realmente poco en los últimos años) saca del bolsillo de su campera un libro diminuto, la única lectura que lo acompañará durante el viaje: uno de los tomos de los *Radio Dialogs* de Schmidt.

Chitarroni: “¿Te acordás lo que dijo Peter Ott? En estas lecciones, Arno fue inventando su visión del mundo”.¹⁰

“De modo que en cualquier lugar, bajo cualquier disfraz, o mejor dicho, ante nuestros ojos, protegido por el enigma de la apariencia, el lector de Arno Schmidt reserva su memoria para el dato clave y las ideas afines”.¹¹ Bizarra empatía: la expedición planeada por Onelli comenzó a travestirse en mi cabeza, a lucir ya no como los héroes culturales de Echenoz, sino como una de esas historias de Karl May, ilustradas por Sascha Schneider.¹²

No sé si es bueno o malo, pero empezaba a registrarlo todo por la mirada de Karl May, reformulada por Arno Schmidt y vuelta a reformular por Luis Chitarroni.

Martin Walser: “Schmidt cumple el criterio artístico de Paul Klee: nos hace ver, en vez de ‘hablarnos de’ lo que quiere que veamos”.

Racconto: le comento a Chitarroni que, después de leer el concentrado bonsái biográfico con el que homenajeó a Schmidt en su

10 Chitarroni se refiere a *El servidor de lo banal. Una introducción a la obra de Arno Schmidt*, artículo del crítico Peter Ott incluido en el número 5 de la revista *Espiral* de la editorial Fundamentos, de 1978, unos meses antes del deceso de Schmidt en Bargfeld. Comentamos mucho sus apreciaciones hace quince años atrás.

11 Chitarroni, *Siluetas*, *op.cit.*

12 No quiero pasar por alto la relación entre los imaginarios infantiles que inspiraron a Schmidt, así como tampoco la insistente relación entre criaturas prehistóricas sobrevivientes en lagos durante el siglo xx y sus alianzas con niños. Me remito específicamente a la película *The Water Horse: Legend of the Deep* (de 2007, estrenada en Argentina como *Mi mascota es un monstruo*) en la cual el director Jay Russell adapta la novela homónima del famoso autor de libros para niños Dick King-Smith.

libro *Siluetas*, decidí internarme en *Die Gelehrtenrepublik*.¹³ “La traducción de Luis Alberto Bixio es una maravilla”. Es la versión que tengo en el PDF de mi computadora.

“La escena de sexo con la centauro Thalja me sigue perturbando cada vez que la releo”.¹⁴ Pornografía heroica y joyceana (tanto se repitió lo del *Joyce alemán*, que Thalja debería ser una versión de Nora Barnacle). Preciso: la primera parte (si puede denominarse así) de *La república de los sabios* narra en primera persona —como todas las novelas de Schmidt— la excursión del cronista Charles Henry Winer por una reserva de humanos mutados en animales e insectos —especialmente de centauros—, luego de una catástrofe nuclear.¹⁵

Como si las pesadillas de Pluvio Ovidio Nasón ya no fueran solo dominio de la mitología, sino antes que nada, un antiguo antecedente de la catástrofe nuclear de Nagasaki.



13 *La república de los sabios*, original de 1957, fue editada por primera vez en español en 1973, en las ediciones Minotauro, del celebrísimo Paco Porrúa. Esta versión fue la puerta de ingreso a la literatura de Schmidt para más de una generación de hispanolectores.

14 A diferencia de la primera edición alemana, en la portada de la primera edición argentina podemos ver una esperpéntica cabeza de caballo que nadie logra entender a qué refiere.

15 La voz narrativa de la novela (escrita en primera persona, como es habitual en la novelística de Schmidt) corresponde a un periodista norteamericano llamado Charles Henry Winer, de treinta años al momento de los acontecimientos (en un ucrónico 2008). El libro comienza con la ficha completa de Winer, antecedendo a su informe-crónica.



“La posición de Schmidt es incómoda. La existencia como un interludio frío e insatisfactorio, entre la catástrofe del pasado y el cataclismo inminente”.¹⁶

Como en *Nighbreed*, de Clive Barker: en el corazón de las pesadillas, cualquier horrorosa criatura muta en bocado lúbrico.¹⁷ Las palabras pornografía y perversión jamás redundan.

“*La república de los sabios* está fechada en Nochebuena de 2008, en Chubut. Había pensado en reeditarla para esa fecha, pero no se pudo. Me resarcí publicando *Meteoro de verano*” (Chitarroni). Para alguien tan monogeográfico como Arno Schmidt, decidirse por la Patagonia tiene que haber sido, sin dudas, todo un acontecimiento.



Déjà vu. La vulgar sensación de que todo lo que estoy viviendo ya lo leí. Sobre todo en lo que refiere al estilo.

Una combi nos lleva desde el aeropuerto hasta el hotel. Hablamos con Martín Kohan del espectáculo como archivo y como formato de transmisión (sí, sí, también hablamos de estas cosas). “Las descargas [digitales] ilegales obligaron a los músicos a realizar giras interminables para sobrevivir. Y sin quererlo, enfatizaron

¹⁶ Peter Ott, *op. cit.*

¹⁷ Por Dios, David Cronenberg como actor. Y como si fuera poco, también asesino. Hay algo de mixtura entre las clásicas imágenes del Bosco y algunos archicriminales creados por Stan Lee en toda la película. Cantera de sexo subliminal que nos acompaña desde la infancia tardía.

la necesidad de encuentro, en un mismo espacio físico, del artista y su público». Una y otra vez nos distrae el paisaje. “Ingresamos de otro modo al tiempo histórico”.

Es como estar en la final de un campeonato. Estuviste cuando sucedió, mientras sucedía. Otro modo de comportarse.

Es un día soleado. Nunca sé si lo que veo desde la ventanilla es el mismo lago.

Kohan: “Lo del tano Pasman llama la atención porque está en su casa, con su familia biológica. En la cancha no sería noticia, porque todos actuamos igual que él. Somos miles de tanos Pasman retorciéndonos al mismo tiempo”.¹⁸

Youtube es la prueba de todo. Y también la terapia. Los espectadores amortiguan la ansiedad de estar ahí, en el lugar justo en el momento justo, filmando con sus celulares en vez de disfrutar del show que acontece frente a sus ojos.

Distintas maneras de sociabilizar, sin retorcerse.



Llegamos al Llao-Tsé (Chitarroni *dixit*). Me destinan la habitación 432. Me acuesto sobre la alfombra, observo detenidamente el techo. Ignoro por qué me entrego siempre a este rito en todos los hoteles en los que me alojo. Absorto en esta astronomía de cielorraso, en esta perspectiva —y esta escala— de roedor, que Louis Aragon propugnó en su *Aniceto o el panorama, novela*.

¹⁸ Santiago Pasman (de la misma edad de Chitarroni, pero de otro cuadro) es un hinchista fanático de River que se volvió instantáneamente una celebridad gracias a Youtube después de que sus hijos filmaron sus desorbitadas reacciones mientras miraba por televisión un partido entre los clubes River Plate y Belgrano, a fines de junio de 2011, cuando el equipo de la casaca blanca y roja descendió a la B.



Después, me dedico a husmear desde la ventana del dormitorio (hay otra abertura menor en el baño).

Me hipnotizo con las islas cercanas. Parecen móviles. Barcos disfrazados de islas. ¿Una de esas islas es la isla Huemul? Imposible, la isla Huemul se ubica más cerca del centro cívico de Bariloche.

La república de los sabios, en la novela de Schmidt, es una isla-hélice, una ciudad de 4827 metros¹⁹ que se desplaza, impulsada por energía atómica. “Diversos recipientes de acero. ‘El combustible atómico líquido que sirve para la propulsión de nuestra media isla’. Tenemos máquinas muy poderosas que llegan a desarrollar una velocidad máxima de treinta y cinco millas marinas. La velocidad promedio, de crucero, es de alrededor de treinta millas”.

Es una impresión muy real. Veo a la *República* estacionada en línea recta a mi ventana.²⁰

19 Entiendo que son metros cuadrados. Winer no lo aclara y Schmidt menos.

20 La visión sigue intacta, y regresó muchas veces a mis sueños después de escrito este diario. Una sola imagen que parece condensar todas las sensaciones de lectura de la novela de Schmidt. Como si aquella isla de ficción apareciera una y otra vez ante mis ojos.

Todo este parque, que rodea el hotel, debería ser hoy una plaza de centauros.

Hace unos meses

En casa de unos amigos, vi *The Host*, una reciente película coreana, sobre una criatura acuática que muta en depredador fluvial por la contaminación de residuos tóxicos. Exactamente igual que los centauros y las otras especies del relato de Schmidt. También como esas ninfas mutantes de otra película, *Tokio Gore Police*, colegialas porno rebosantes de tentáculos.

Cazar o perseguir ese tipo de bestias es un género sicalíptico. Y atómico.

La tan mentada excitación del cazador asechando a su presa.

Atrapar a la presa, poseerla, viva o muerta.

En todos los casos que reviso (sean criaturas antediluvianas que se reproducen escondidas durante siglos, o aberrantes productos —involuntarios o no— de basura nuclear), la conclusión es la misma: reaparecen las estrategias de sobrevivencia. Distintos estilos de sociabilizar.

(Las coordenadas y la materia de nuestras visiones) se vuelven más nítidas cuando entendemos que el objetivo de nuestro inconsciente es el de actuar de presa. El criopterio doméstico que originó la expedición del ingeniero Frey, al igual que los centauros mutados de Schmidt, esperó durante siglos ser imaginado, para ser revivido por nuestra actividad psíquica.

Sobreviven incubando en nuestro inconsciente. Es bueno releer a Harpur.



Después del almuerzo salgo a caminar. Llego hasta Puerto Pañuelo, muy cerca del hotel.

La verdad es que me siento incubado por los centauros, y es una sensación extrañamente placentera.

LUNES 25 DE JUNIO

Mi estado

Parece una historia de Arthur Machen. Alguien o algo navega dentro de mi cabeza. Duermevela, ahora. Entra un poco de la luz del día. Una pareja que grita o se grita. Sueño con Rafael Sabatini (hace poco estuve mirando un álbum de fotografías). Sueño con Mario Gradowczyk, que falleció hace un tiempo, un día de la primavera, después de muchos meses de inconsciencia.



¡Maldonado! ¡Tomás Maldonado!

Es la pieza que faltaba. La pieza o una pieza, quién sabe. Lo anoto en seguida en la libreta.

Conocí a Tomás Maldonado hace muchos años, en casa de Mario. En una cena, en la que también estuvieron Gastón Burucúa y Francisco “Franz” Bullrich, quien había estudiado con Maldonado en Ulm.²¹

²¹ La *Hochschule für Gestaltung*, Escuela Superior de Proyección o simplemente Escuela de Ulm o “la Bauhaus de posguerra”, como habitualmente se la conoce, fue creada en 1953 y dirigida inicialmente por Max Bill y estuvo activa por quince años. Centrada en la enseñanza de la comunicación visual, el diseño industrial, la construcción, la informática y la cinematografía, su historia cuenta que Arno Schmidt fue convocado para dirigir el Departamento de Información a pedido

Schmidt: “[En *La república de los sabios*] no ha quedado ni un solo alemán de Alemania. Solamente unos pocos que se encuentran en el extranjero: hace algunos años teníamos uno procedente de la pequeña colonia de Argentina, que está en vías de extinción. Ese alemán hacía traducciones para la biblioteca. Pero poseemos numerosos registros de lenguas raras y antiguas de Europa. Sí, exactamente, un equipo constituido por el cuerpo docente de la Academia de Morfología, que emigró hace tiempo a Chubut”.

Llevé a Maldonado a otra habitación y le pregunté si realmente había inspirado a este alemán-argentino de *La república de los sabios*. Se sorprendió, sonrió. “Efectivamente, soy yo. Fui amigo de Arno en aquellos años”.

Círculos y conexiones

Unos meses después, Maldonado me envió por correo un libro fotocopiado sobre las idas y venidas de Arno Schmidt en Ulm. ¡Conozco a alguien que estuvo en *La república de los sabios*!

Maldonado acaba de cumplir 90 años. Estuvimos enviándonos mails hace unas semanas: “He llegado a esta edad inquietante”.



Después de desayunar, salimos a caminar hasta un bosquечito cercano. Nos guía Cielo, una de las chicas del hotel. Somos un grupo reducido: Ángeles Yazlle García, Carolina Yedrasiak, Guido Indij, Marcos Bertorello y yo. Otra vez veo no puedo evitar ver centauros en las inmediaciones.

de Tomás Maldonado, pero que este puesto no le fue concedido por divergencias con Max Bill. ¿Cómo hubiera sido tal dependencia universitaria con Schmidt al frente? Especulación que bien vale otro relato.

Incubación incesante (sigo sintiendo centauros bajo mi epidermis). Excitación.



Hablamos con Bertorello sobre historietas, sobre tehuelches, sobre los orígenes egipcios del cacique Patoruzú. Sobre mitos patagónicos. Sobre la historia del Llao Llao, su incendio y reconstrucción. Y sobre el proyecto de Ronald Richter en la isla Huemul. *Las ruinas del santuario atómico*.

De repente siento cómo el piso se mueve por el galope de miles de centauros.



La revelación solo tiene su razón en la revelación

Todo lo indica (es mi Hipótesis Maestra): *La república de los sabios* es la isla Huemul. Arno Schmidt recorrió mentalmente el polémico proyecto de Ronald Richter para escribir su novela-crónica. ¡Richter fue su bestia cretácica! Cada fenómeno descubre su capitán Ahab.

Al menos, las fechas no lo desmienten. En una audiencia histórica, el 24 de agosto de 1948, poco más de un año antes que Arno Schmidt se reconociera como escritor independiente, el científico austríaco Ronald Richter, recomendado por el prestigioso Kurt Tank (creador del I.Ae. 33 Pulqui II), argumenta frente a Juan Domingo Perón su *Plan Atómico*.



Fundamentos

Richter le explicó a Perón: “Lo que propongo es crear un pequeñísimo sol. La inmensa energía del Sol se origina en reacciones termonucleares que utilizan hidrógeno como combustible, el elemento más abundante en la naturaleza”. Para ilustrar la dificultad de contener un pequeño sol con toda su energía en el laboratorio, citó el ejemplo de una película de cine y el arco voltaico que suministra la potente luz de proyección. “Si la película se detiene el arco voltaico la quema”. El problema de Richter era poseer un continente adecuado donde alojar tanta energía.²²



Teatro de voces. Enjambre de palabras cercanas a Schmidt. ¿Cómo no prestar atención al *Plan Maestro* de un científico austríaco en el exilio?

Gourmet nuclear. ¿No era uno de esos objetos más apetitosos para el radar de los heterogéneos miembros del Gruppe 47 (Günter Grass, Uwe Johnson, Alexander Kluge, Ingeborg Bachmann, Heinrich Böll y Hans Magnus Enzensberger, entre otros)?²³

22 La cita corresponde al imprescindible *El secreto atómico de Huemul. Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina* (1984), del doctor en Física Mario A. J. Mariscotti.

23 Las opiniones se dividen, ya que hay quienes insisten en que Schmidt formó parte del grupo, sobre todo debido a su cercanía a Alfred Andersch, uno de sus fundadores. El *Gruppe 47* comenzó a reunirse informalmente hacia finales de 1946

(*Qué obvio que soy*. Llegar a Bariloche para recitar nombres alemanes. Al fin de cuentas, es una de las primeras cosas que hizo Richter cuando se instaló con su esposa Ilse y su gato Epsilon en la ciudad en marzo de 1950: enlistar a los colaboradores que necesitaba importar). *Circos de polietileno para fabricar soles*.²⁴

Rectificación. Schmidt no era del Gruppe 47: era de Bargfeld, un ermitaño, un hurón. Conoció a Tomás Maldonado en 1955, el año de la inauguración de Ulm.

A expensas de Max Bense (¡estatua honorífica en *La república de los sabios!*) y de Maldonado, estuvo cerca de ser el director del Departamento de Información.

En 1957 se editaba *Die Gelehrtenrepublik*, por Stahlberg Verlag.

Dominó astronómico. Maldonado fue su telescopio hacia la Patagonia. ¿Qué más evidente que en su mapa astral (¿austral?) ya existía la *Isla Atómica*?



Tonicante JB cerca del piano del hotel. Chitarroni está de acuerdo conmigo: *La república de los sabios* debería ser leída como la novela del *Affair Ulm*. Incluso su dramatización. De las idas y vueltas (finalmente más vueltas que idas) de Schmidt y ¡la zoo-erotización fallida del establecimiento de Max Bill!²⁵ ¿Me estoy exaltando demasiado?

con el fin de analizar y problematizar las posibilidades de la literatura alemana de posguerra. Curiosamente, el grupo se mantuvo activo hasta muy poco antes del nacimiento de Mr. Winer.

²⁴ Paráfrasis de la canción *Gabinetes espaciales*, del grupo Almendra, presumiblemente compuesta para la misma época en que la Escuela de Ulm concluía su actividad.

²⁵ *Zooerotización fallida*: estoy convencido que, perversamente correcto, Schmidt hubiera llenado Ulm de lúbricos centauros.

El sexo, por suerte, siempre es animal. ¿A qué otra cosa se refiere la mitología? Mitología=Kamasutra de los dioses. Frente a la inmundicia burocrática de la isla de Diseño²⁶ ¡qué bueno poder escaparse al salvaje infierno de los centauros! Perdón, ¡de las centauros!

A ver, a ver. ¿Acaso no es Thalja quien aparece en la tapa de la primera edición, y no la Isla de la Hélice? El sexo no es la trampa ¡es el salvoconducto! ¡Atención! Para que existiera Thalja fueron necesarias unas cuantas mutaciones atómicas. Otro JB.



Wikipedia. Cita de un libro de Hugo Gambini, de 1999. Perón: “El proyecto de Richter repartirá energía barata en botellas de medio litro y de un litro, no muy distintas de las botellas de leche”. ¡Leche atómica!

1948-1952: la cronología del Proyecto Huemul es exactamente la misma a la de los primeros logros y reconocimientos del Ogro de Bargfeld.



Pola Oloixarac llega desde muy cerca (unos pocos kilómetros, adonde vive). Escucha que hablamos de la isla Huemul y propone

26 Leemos en una nota al pie de página de *La república de los sabios*: “IRAS (International Republic for Artist and Scientists) en el original”. Así queda claro que el nombre de la novela, a diferencia del de la isla, es una licencia del traductor ficcional Chr. M. Stadion inspirada en la célebre obra de Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803). Resumiendo: el punto de vista del narrador (Mr. Winer) aparece mediado en esta ficción por las apreciaciones de su traductor oficial.

una expedición. Causa común, le insistimos a Indij. Empiezo a respirar desde Arno Schmidt. En mis alucinaciones diurnas Ronald Richter ES Arno Schmidt.

Durante la cena, se proyectan *El Zoo de Zaratustra* y *The Shining* (*El resplandor*).

Estoy y no estoy. Reescribo mentalmente *El desierto de los tártaros*, de Dino Buzzati. Inmensa paráfrasis: *El Bosque de los Centauros* (ya tuvo sus bosques secretos y sus osos). Desde la Isla de la Hélice oteamos el nevado horizonte buscando algún cuadrúpedo mitológico.

Falsa cita de un emperador chino realizada por John Wilkins:²⁷ *hipótesis atómicas que de lejos parecen centauras*.

MARTES 26 DE JUNIO

Bifurcación

Acontece el quiebre y la narración se bifurca. Es como una caña que se astilla y se separa. No hay manera que los dos relatos no se complementen, ya que uno es la perversión del otro.

Río Negro, 2012

Pasaron casi cuatro años desde que el cronista Charles Henry Winer (nacido en 1978 en Bangor, Maine) pasó cincuenta exactas horas en IRAS (International Republic for Artists and Scientists). Es lo que consigna el informe de Chr. M. Stadion, fechado en Chubut, Argentina, el 24 de diciembre de 2008.²⁸ Llamemos a este tiempo *línea C*.

²⁷ Abusemos otra vez más de este ensayo de Borges (*El lenguaje analítico de John Wilkins*), incluido en *Otras inquisiciones*, de 1952.

²⁸ Chr. M. Stadion, *op.cit.* Se me antoja que otro buen argumento para una novela futura podría basarse en la conjetura de que Charles Winer es un invento, parte de

Pero también está el tiempo *línea D*. Río Negro, 2012. En esta línea D el cronista Charles Henry Winer no existe más que como personaje de ficción de Arno Schmidt, quien falleció un año después de que Winer naciera en la *línea C*. Charles H. Winer es la voz que organiza la narración (*línea B-C*) de la novela *Die Gelehrtenrepublik* (o *La república de los sabios*).



Son las 6 am línea B, línea C, línea D. Parece que estuviera refiriéndome a los subterráneos de Buenos Aires.

Digamos: estoy en la *línea B-D* investigando la *línea B-C*. La *línea A-B* es la primera variable temporal que establece Arno Schmidt. El tiempo transcurrido entre la conclusión de la Segunda Guerra Mundial (Hiroshima, Nagasaki) y el estallido de la Tercera Guerra Nuclear (el *punto B* es el quiebre, ahí donde las narrativas avanzan en dos direcciones).

No son los jardines que divergen, sino una sana esquizofrenia que pone las cosas en su sitio.



Arno Schmidt está en ambas líneas; pues de hecho, en la página 90 de la traducción de Bixio, Schmidt aparece ¡como antepasado de Winer!

un plan trazado por su traductor.

Mi ejercicio ahora es reconocer como ciertas ambas variables (las líneas B-C y B-D), entendiendo a una como complemento de la otra.

La tarea consiste en saber *de dónde a dónde se extiende Ronald Richter*. Ese será el tamaño de mi hipótesis.

Variables

Arno Schmidt & Ronald Richter: dos intelectuales y una misma pasión atómica (no sé por qué me viene ahora a la cabeza lo que me dijo Kohan con respecto a los comportamientos sociales y el tano Pasmán). *Arno Schmidt & la pasión atómica: Objetivo Richter-Huemul* (donde el punto B sería Tomás Maldonado). *Isla Huemul / Isla de la Hélice: dos relatos sobre un mismo problema*.

“Ruego al lector, personalmente, que no pase por alto una dificultad: la traducción del texto norteamericano a una lengua muerta. Desde la catástrofe atómica que destruyó tan prematuramente a la madre patria, el idioma alemán ya no pudo adaptarse a la evolución técnica y social, de suerte que ciertos instrumentos, aparatos y procedimientos solo pudieron verterse de manera perifrástica” (prefacio del traductor de la versión de Winer en *La república de los sabios*).²⁹

Una última aclaración

La república de los sabios es el libro escrito por Arno Schmidt. (línea B-D). IRAS es la Isla de la Hélice (línea B-C): el verdadero nombre de *La república de los sabios*.



²⁹ Pensándolo mejor, reescribiendo esta introducción ya tenemos otra novela en potencia.

Recibo un mail

De Martina C., artista y escritora a quien conocí en General Roca hace unos años. Vive en Bariloche. Vendrá al taller literario que daremos unas horas más tarde, junto a Kohan, Bertorello y Chitarroni (*El grado cero de la escritura*).³⁰

¿Cuáles son los conectores entre las líneas B-C y B-D? Me refiero: las duplicaciones (Maldonado, en esta instancia, es el primer punto de duplicación).



Después del desayuno, Yazlle García, Bertorello, Indij y este reductor tomamos clase de arquería. *Ver la línea B-C desde los ojos de un centauro.*

Caminando de regreso a nuestras habitaciones (distancia patagónica), le vuelvo a insistir a Indij sobre mi interés en realizar una excursión a la isla Huemul. Me hace recordar una obra de Daniel Santoro: *Huemul es y será una ficción peronista*.³¹ Indij es el autor del mejor blanco de toda la mañana.

³⁰ Para más datos sobre este taller (así como sobre otras versiones de lo sucedido en la residencia en el Llao Llao y sus actividades) recomiendo efusivamente la lectura de *Los escritores no pagan*, de Claudia Piñeiro, publicado en *Anfibia*, revista digital de la Universidad Nacional de San Martín, el 21 de agosto de 2012.

³¹ En 2008 se publicó la novela *El hombre que engañó a Perón*, de Daniel Sorín, narración que desde el título promueve una hipótesis sobre la empresa austral del doctor Richter. Ya vemos, toda la discusión parece centrarse en la naturaleza del engaño. Antigua tradición. Según Macelino Menéndez y Pelayo heterodoxia y engaño parecen ser sinónimos. Como es claro, no suscribo.



**Un rato más tarde, me
presenta a Hans Schulz**

Alguien de otra galaxia. Como si lo conociera de toda la vida. En seguida nos ponemos a hablar de *El secreto atómico de Huemul*. Mario Mariscotti, profesor de física nuclear, analizó como nadie estos bordes de la saga peronista.

Las luces nocturnas de Huemul. Para un barilochense de la edad de Hans, Huemul es el misterio de la infancia.

“Desde el exilio, el político Agustín Rodríguez Araya, aprovechó el tema atómico para descargar su furia contra los militares argentinos. Sus declaraciones fueron publicadas por *Folha de Manha de Sao Paulo*. No contienen muchos datos sino la acusación rotunda de que el gobierno argentino quería la bomba y que los considerandos del decreto que se refieren a los propósitos pacíficos del gobierno no eran más que un falso telón para esconder la ambición de dominar Latinoamérica y el mundo”.³²



Viajamos en una combi. Hacia el centro de Bariloche. Hacia el taller literario. Seguimos conversando con Hans. ¿Richter fue Cagliostro? ¿Estaba mintiendo a Perón? *Vendedor de humo*. ¿Le vendió huemul por centauro? ¿Acaso Richter no fue un mitómano? ¿No se creyó su propio argumento hasta la alucinación?

³² Mariscotti, *op. cit.*

No pocas son las diferencias entre quien vende una sombra nocturna como si fuera un elasmosaurus, sabiendo que esa sombra podía ser de cualquier cosa, a quien vio al elasmosaurus con sus propios ojos como si fuera un pequeño sol.

Mucho más tarde

La disección de Richter continúa mientras devoramos varias fondues, en una sala cercana a las canchas de golf (el *GolfHouse*). ¿O en el centro mismo de las canchas de golf? Le pregunto a Hans si cree en los centauros. Sonríe. “Son una idea como cualquier otra”. Chitarroni se enfurece. Habla pestes del jazz-rock y sus consecuencias.

La incubación no se detiene. Hay centauros en la fondue.

¿Fondue de centauros?



Juan Domingo Perón

“En varias oportunidades ha sido comparado el hombre al centauro, medio hombre, medio bruto, víctima de deseos opuestos y enemigos; mirando al cielo y galopando a la vez entre nubes de polvo. [...] En cierto modo, equivale a liberar al centauro, restableciendo el equilibrio entre sus dos tendencias naturales. Si hubo épocas de exclusiva acentuación ideal y otras de acentuación material, la nuestra debe realizar sus ambiciosos fines nobles por la armonía. No podremos restablecer una edad-centauro solo sobre el músculo bestial ni sobre su solo cerebro, sino una edad-suma-de-valores, por la armonía de aquellas fuerzas simplemente físicas y aquellas que obran el milagro de que los cielos nos resulten familiares” (*La comunidad organizada*, 1973).³³

³³ Tesis centáurica sostenida por el mandatario en varias oportunidades. En plena



Martina C. estuvo en el taller literario

Nos quedamos charlando cuando terminó. *¿Conocés Huemul?* Claro, mucho. *¿Vas a la isla?* Siempre. *¿Cómo hacemos para recorrerla?* *¿Viste alguna vez centauros por las inmediaciones?*

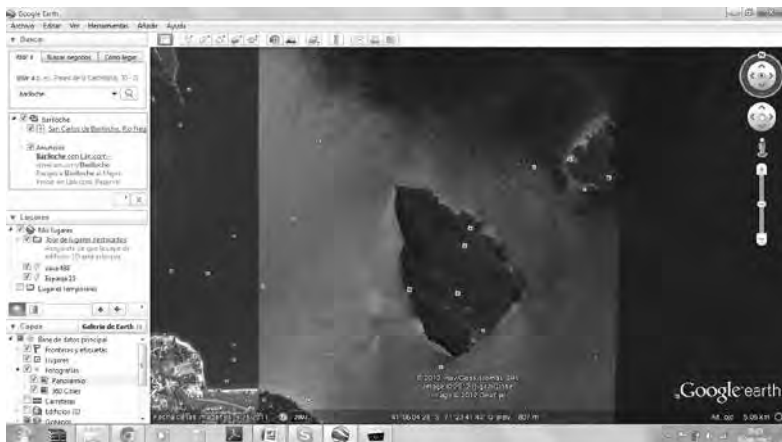
¿Lo digo todo en una sola frase? *El segundo nombre de Martina es Virgilia.*

MIÉRCOLES 27 DE JUNIO

Google Earth es mi aliado. *¿O mi Eje?* (Chiste malo). 4 am. Mi meca. Mi acrópolis (atómica). Bolilla N° Huemul. Arno Schmidt era cartógrafo. *Momentos de la vida de un fauno.* “A esas alturas, a cualquiera se le vuelan las becasinas” (Hans Schulz, cito de memoria). Soy

gesta Huemul, el 9 de abril de 1948, Perón cerró el Primer Congreso Nacional de Filosofía, en Mendoza, con un discurso en el que escuchamos (sí, está grabado): “En cierto modo, siguiendo el símil, equivale a liberar al centauro restableciendo el equilibrio entre sus dos tendencias naturales. Si hubo épocas de exclusiva acentuación ideal y otras de acentuación material, la nuestra debe realizar sus ambiciosos fines nobles por la armonía. No podemos restablecer una edad-centauro solo sobre el músculo bestial ni sobre su solo cerebro, sino una edad-suma-de-valores, por la armonía de aquellas fuerzas simplemente físicas y aquellas que obran el milagro de que los cielos nos resulten familiares”.

En 1994 le regalé a Lux Lindner un casete comprado en la estación Constitución que contenía el documento histórico, que entonces escuchamos muchas veces, absolutamente extasiados.



una sonda, un espía intertemporal (¿o intratemporal?) del Ogro de Bargfeld.³⁴ Arno Schmidt es un ente al que le envío información.

Invado el territorio de Richter desde mi laptop. Insomnio Richter (otra categoría). Insomnio de centauro. *¿Y si Richter llegó a Huemul como Jonás, en el vientre del Saurio Cretácico? Alea jacta est.* No puedo fabricarme ningún retorno.

8.30 am. Baño de inmersión

“El científico solía adoptar actitudes enigmáticas. A veces ponía los ojos en blanco, como un visionario, abstraído, encerrado en sí mismo; parecía una persona que entraba en trance, muy concentrado

³⁴ Es una fatalidad y a la vez un ejercicio (aunque de esto último esté tomando conciencia recién ahora, mientras escribo esta nota): no puedo dejar de entremezclar a Abel Tiffauges (Herr Tiffauges, *ojo lacrimoso, ojo profundo, de órbita hundida*), el *Ogro de Kalterborg*, del *El Rey de los Alisos* (1970), de Michel Tournier, con Herr Düring, ese otro ogro protagonista de *Momentos de la vida de un fauno* (1953), de Arno Schmidt, ambos personajes productos atroces de la Segunda Guerra. Sigo teniendo la impresión de que se trata de dos narraciones debidas a una misma fábula (aunque sé perfectamente que no es así).

en sí mismo, sin tomar en cuenta a quienes lo rodeaban. [...] Mezcla de niño y genio, era la combinación de un ser infantil que tenía ideas propias de un científico. Siempre daba la impresión de tener un carácter doble”.³⁵ ¿Dónde puedo conseguir la ópera de cámara que le dedicaron Esteban Buch y Mario Lorenzo?³⁶ ¿Hasta qué año vivió Richter en Monte Grande? ¡Esa casa! Tengo que investigar más sobre ese lugar.



Ayer, tarde

Esteban Rico: “Hicimos todo lo posible. Imposible viajar a la isla Huemul. Imposible navegar. Condiciones meteorológicas adversas”.

35 Mariscotti, *op. cit.*

36 Esteban Buch es un musicólogo y escritor argentino radicado en Francia hace muchos años. En 1991, bajo el cuidado de Luis Chitarroni, se publicó *El pintor de la Suiza Argentina*, ensayo donde analiza la vida bariloquense del belga Antoon Maes, arquitecto, escritor, pintor y propagandista nazi (en marzo de 2008, una exposición suya en la Biblioteca Sarmiento concluyó en un escándalo). Buch es un finísimo develador: pienso ahora en su *Historia de un secreto. Sobre la suite lírica de Alban Berg*, que editó Interzona en 2008. Antes, en septiembre de 2003, en el Centro de Experimentación del Teatro Colón, se presentó la *Opera Documental de Cámara: Richter*, con textos de Buch y música de Mario Lorenzo (luego se presentó en Automne, Théâtre Paris-Villete, en el país galo). En la gacetilla de prensa de entonces puede leerse: “Richter es una fantasía musical, una ficción pentagramada con notas al pie. Un simulacro, como su personaje. ¿Pero la ópera no es acaso desde siempre el lugar del simulacro? Por eso, el contrapunto entre el bombo peronista, con un líder a tres voces, múltiple y sin rostro, y la música electroacústica, la de fuentes invisibles, sigue la forma clásica de la soprano, el barítono y el tenor”. Esto lo apunto a toda velocidad, antes de zambullirme en la lectura del guión.

En el hotel escuchamos la versión del magnate del petróleo ahogado (iba en su silla de ruedas, y lo último que hizo fue agitar su sombrero texano, despidiéndose. O dando la bienvenida a la hipotermia).

Me acuesto otra vez en el piso, vuelvo a escudriñar el techo.

Y sin embargo ya lo conozco. *O eso creo.*



11 am. Encuentro con los guardaparques

¡Claudia Piñero trabajó para los guardaparques! Lo cuenta ni bien comienza la charla. Raúl “Corto” Valle, jefe y guardaparque: “Un guardaparque es el más hippie de los gendarmes”. Hans se suma a la charla.

En el almuerzo hablamos del Perito Moreno. De las divisorias de aguas. Los guardaparques (todos) quedaron impactados con un relato de Martín Kohan (*El amor*). A la carga: al Corto Valle. *Es fundamental visitar Huemul. Indispensable. Respirar Huemul, tocar Huemul, excavar Huemul.* Indicios. Detalles. Huellas. *Todavía huele a Richter.*



Corto Valle (*¿será por Corto Maltese?*) es la persona indicada. Entiende. Es mi cómplice momentáneo. Usa su celular. Decide prefectura. Insiste.

Deben partir.

También uso el celular (el mío). *Retroceder, nunca. No existe criptoterio doméstico que me amedrente.* Un intento. Dos. Logro comunicarme. *Martina C.* Me pregunta si alguna vez usé traje de neoprene. *Sí, una vez. Mi hermano fue hombre-rana.*³⁷

Otra vez en el suelo, de cara al techo. *Huemul está en su sitio: en Google Earth.* Flota en mi estado crepuscular. Gonzalo Maier: *Leyendo a Vila-Matas.* Una y otra vez Arno Schmidt y la Isla de la Hélice. El Fin del Mundo en el Fin del Mundo.



Línea B-C

Una crónica de un norteamericano —descendiente de Arno Schmidt— aprobada en la Patagonia. Su encuentro con las bestias (“todos somos centauros”, Perón *dixit*). Encuentro recreativo más que antropológico. Higiénico. Y después las cincuenta horas en el centro de la distopía. Paráfrasis de Dante (vía Italo Calvino): “Llueve en la alta distopía”. Siempre es incómodo leer de un PDF después de la página 30.



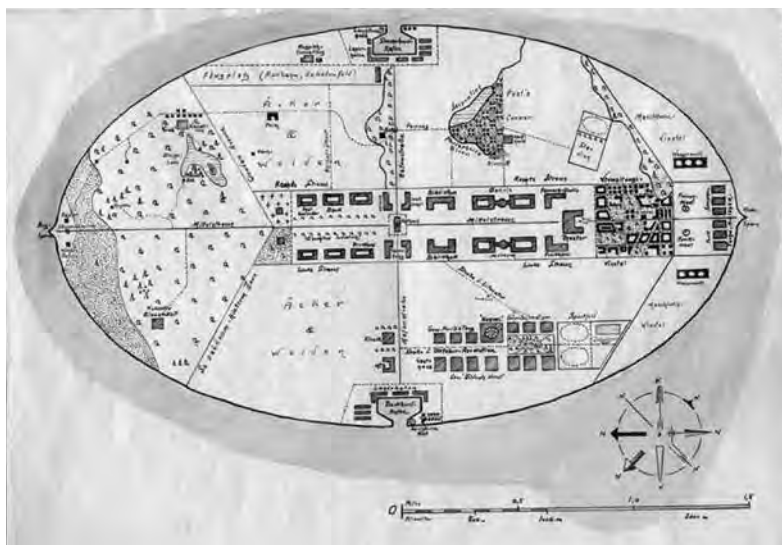
³⁷ No sé qué más puedo agregar sobre una actividad que mi hermano Horacio realizó durante algunos años. Recuerdo haberme calzado, alguna vez, el tubo de oxígeno.

Reunión con Schulz y Chitarroni

Tenemos el número vivo (*Bouvard et Pecuchet*: distribuyan el *Qui est qui?*). Chitarroni escribió una novela (¿su ópera prima?) en el Camping Musical, no lejos. JB, varios. Pola Oloixarac entona *La marcha peronista* en tempo de *bossa nova*. *La marcha de los centauros*. El Aleph es peronista.

La república platónica. *Fahrenheit 451* (*in fine*. Esos errantes con un “libro interior”). Una ciudad de sabios. *Nuevo mundo* (*un nuevo mundo*) y *el fin del mundo*. El plan aquel de una ciudad anarquista (¿un post-falansterio?) circa 1914, que rescató uno de los Weinberg Bros. para Hachette. Me aprendo de memoria el plano de la IRAS (sí, ya: Arno Schmidt era cartógrafo, nadie lo olvida).

“¿Entonces no pudieron, como inicialmente se había pensado, imitar la forma de la tierra y proporcionalmente sus dimensiones... para obtener, en última instancia, la imagen de ‘un mundo pequeño’?: No. El proyecto resultó irrealizable a causa de la resistencia del agua; fue menester elegir una forma más alargada y esbelta;



la excentricidad numérica del elipsoide es de... (y continuó todavía algún tiempo la alegre perorata, mientras yo lo miraba todo alrededor con gran atención: ya me ocuparía luego de su excentricidad (en el caso de que llegara a interesarme))”.³⁸



Vuelvo a hablar por Skype con mi amor, la Dra. Baigorria. Hablamos todos los días, varias veces. Sobre todo después de medianoche. *Los partes del día.*



¿Tiene alguna otra explicación la obsesión de Richter por importar la secretaria correcta y la de todos los habitantes de IRAS por las secretarias de todas las nacionalidades? Cada detalle se convierte en una pista.

Charlamos con Bertorello. *El Marqués de Sade y el materialismo ilustrado* (es la tesis de Natalia, la hija de mi abogada). Marcos está estudiando esta coyuntura. Chitarroni (¿Bouvard? ¿Pecuchet?) mira un partido con Kohan, en un plasma de gran tamaño en un salón contiguo. Llega Pablo Casacuberta desde Los Ángeles. Presentaciones. ¿Dónde estoy? Google Earth.

Uso la prosa de Schmidt como mi urgente I Ching. Prosas predictivas. Dicen que Bob Dylan dijo: “Estoy adelantado solo cinco minutos”. Solamente hay que saber dónde leer.

Arno Schmidt en un bote

“Piensa. No estés satisfecho con solo creer: ve más allá. ¡De nuevo

³⁸ *La república de los sabios*, Minotauro, p. 93.

a través de los campos del conocimiento, amigos! Y enemigos. No interpretes: aprende y describe. No especules sobre el futuro: vive ahora. Y muere sin ambición: exististe. Mejor lleno de curiosidad. La eternidad no es nuestra (¡a pesar de Lessing!): pero este lago estival, esta neblinosa ensenada, motas de color y sombra, la picadura de la avispa en el antebrazo, la huella de esta bolsa de ciruelas doradas. El esbelto vientre de las buceadoras, allá lejos”.³⁹ Para Schmidt la vida era una postal. Cada cual recuerda la suya.



Llovizna

Martina C. pasará a buscarnos a las 12.30 am (técnicamente, ya será jueves). Linterna “tipo de minero” (así me la vendieron). Borcegos. Mi ushanka (modelo USA). ¡Como Winer! Medias de lana. Licor. Ojalá no se retrase. Golpea la puerta ¿Bouvard? ¿Pecuchet?

Estamos listos. ¡Realmente listos!

La escalinata de la capilla de San Eduardo. Las lajas están frías. Esta vez sí: Martina C. nos abre la puerta.

SMS. *Hola Dra. Baigorria: tengo una excusión esta noche. No me espere despierta.*

JUEVES 28 DE JUNIO

1.15 am

Martina C. *Hay que remar despacio. Nunca desprendan sus pies del piso del bote. ¡Y no se saquen por nada los salvavidas!*

³⁹ Ott, *op. cit.*, a propósito de *Paisaje lacustre con Pocahontas*, novela de 1966.

Bouvard (a Pecuchet. O viceversa). “¿Alguna vez te pusiste un traje de estos?”. “Sí, una vez”. Además de Martina C., viene Patrio. Nació en Morón, pero vive en Bariloche desde los 4 años, hace 25. “Mi hermano fue hombre-rana, ocasionalmente”.



“Como lo demuestran algunas de sus expresiones, Richter tenía inclinación por el drama y el protagonismo heroico. Algunas acciones suyas lo confirman. Una tarde se llevó a todo su grupo de trabajo a ver la película *Nubes negras*, que trataba de un problema de espionaje de asuntos relacionados con las experimentaciones atómicas norteamericanas”.⁴⁰

“Me siento un espía, pero lleno de dudas. Sin embargo la isla imanta”. Puedo no haberlo dicho.



1.36 am

Hace frío. Vamos remando de a turnos (media hora en total, no mucho más). Me resuenan unas palabras de Hans Schulz: “Los excientíficos nazis en la huida: todo un género. No me gusta. Recubre los hechos verdaderos, los vuelve leyenda. Los vuelve ilegibles, empastados”.

Telepatía triple. Un mitómano materializa su neurosis. La convierte en ciencia (no importa su eficacia; la eficacia siempre es otra). *Su neurosis es plástica, maleable*. La vuelve tangible, la vuelve proyectado. Otro, desde la literatura, reescribe esa mitomanía, y dobla la

⁴⁰ Mariscotti, *op. cit.*

apuesta. La lleva más lejos. *La vuelve distopía*. Con ese mapa, sigo adentrándome en la materialidad del primero (*sus ruinas*), tratando de descifrar las claves del segundo. Soy un espía en dos cabezas.

Y estoy remando de noche para analizarlas más de cerca.

1.40 am

¡Ya! Estamos en tierra. ¿Lloro por el frío o por la emoción? Peripatos nocturno. Idiota. Pienso en Sebald, especialmente en *Austerlitz*, en ese comienzo con animales nocturnos. (*Nunca me gustó demasiado Sebald*). Pienso en Álvaro Rodríguez y Eva García, mis patafísicos maestros.⁴¹ Se escabulleron en el zoológico (*el mismo del Dr. Onelli*) para después escribir una gramática del ronquido animal.

1.50 am

Martina C. señala un montículo: “Es la tumba del Cacique”.⁴²

Martina C. y ¿Bouvard? ¿Pecuchet? llevan la delantera. Unos quince metros detrás, los seguimos con Patricio. Martina C. empuña una linterna que parece un faro.



41 En la película *El Zoo de Zaratustra* que codirigí junto a Karin Idelson, desarrollamos brevemente esta práctica de los Regentes Rodríguez y García, que consistía en esconderse en el zoológico de la Ciudad de Buenos Aires y esperar la noche, para clandestinamente estudiar el ronquido de los animales. Esto sucedió a mediados de la década de los años 50, exactamente al mismo tiempo que Arno Schmidt escribía *La república de los sabios*.

42 Mariscotti, *op. cit.* Insisto, lean este libro. Les ayudará en la tarea de aceptar las hipótesis que me tienen obsesionado.

Superpongo en mi cabeza a Richter y Schmidt. *Como si ambos discuti-
tieran en un mismo y único cuerpo. Electricidad.* Cada cosa que apenas
alcanzo a ver es un vestigio de algo que me resulta tremendo. *Mi
cerebro es puro casting.* Se me va colando Gombrowicz. *Cosmos* (o
Kosmos). *Estoy dentro de la república de los sabios.*

Ya no hay diferencias entre las líneas B-C y B-D.

Charles Henry Winer paseó cincuenta horas por la IRAS. Lo
nuestro ni siquiera alcanzará un diez por ciento.

*Ronald Richter pisó este mismo sendero. La cabeza de Arno Schmidt
también. Soy una nave de exploración con forma de Moai bifronte.*

¿Bouvard? ¿Pecuchet?: “Más que Schmidt esto me recuerda a
La isla de los muertos, de [Arnold] Böcklin. O a las pesadillas del
doctor Polidori”.

1.59 am

De este mismo sitio surgían los resplandores ininterrumpidos.



¿En qué tiempo vivo?

*Esta ciudad que no existe es mi Cosmos (o Kosmos). Tengo una ciudad en la cabeza que tiene que partir de esta isla. De lo que existió en esta isla. Del sueño de un mitómano.*⁴³

2.12 am

Todas sensaciones físicas.

Cada vez más oscuro. Las linternas de cabeza (*del tipo minero*) se van apagando. Fallan los leds. Nos metemos en algo que parece un sótano. Vamos en silencio, durante un buen trecho.

Seguimos a Martina, mucho más ágil que nosotros. Desandando un recorrido. ¿Qué es eso?

Pido que tomemos por otro sendero. Simple intuición.

Maldigo no haber traído otros borcegos.

Muchos pozos. Y huellas.



En realidad no fuimos a reconocer el terreno, sino a hacer encajar las piezas.

Después de medio siglo, éramos espías de Arno Schmidt en un territorio que para él solo era imaginación.

¿Solo imaginación?

*¿Para el experto cartógrafo?*⁴⁴

⁴³ Me refiero a la última novela de Witold Gombrowicz, *Cosmos*, publicada en 1969. Hace unos quince años, mientras recorríamos en Tandil, con mi amigo Jorge Di Paola, los escenarios en los que se inspiró el escritor polaco para escribir estas escenas, charlamos largamente sobre el uso de la primera persona en la narrativa de Schmidt. ¿Por qué? No lo recuerdo con exactitud, pero lo cierto es que tantos años después, las escenas se superponen en mi memoria.

⁴⁴ Arno Schmidt, como ya dije, fue un eximio cartógrafo.

2.28 am

Si me detengo a pensarlo tan solo un minuto, todo esto es ridículo. ¿De qué puedo darme cuenta en esta oscuridad? *Es sugestión, es sugestión, es sugestión, es sugestión. Y hace un frío de cagarse.* Pienso en el ingeniero Frey. En las directivas de Onelli. En el elasmosaurus. ¿Y esos tanques? Mierda. Otro pozo.

¿Bouvard? ¿Pecuchet?: “¿Esta es la zona rusa? Es como si se oyeran motores. Y además eso [señala algo que en la oscuridad parecen unos tanques]”.



Schmidt/Winer

“¿Combustible atómico? (ya lo había oído decir en el barco, pero...) ¿No estaba estrictamente prohibido, al principio? ¿Llevar productos radiactivos a la isla? El maquinista jefe no quiso sino arrugar la mejilla derecha, como para no reír. ¿Piensa usted que los bolches se han atendido a eso? Una vez nos llamó la atención que una rusa que hacía el correo fuera y viniera muchísimas veces de aquí para allá y que llevara unos aros excepcionalmente grandes: en seguida nos fuimos tras ella con el contador... Y el maquinista jefe asintió con expresión feroz: no había que tener falsa vergüenza respecto a los buenos átomos”.⁴⁵



En mi mano, dos planos (dibujados). Las locaciones de Richter (Laboratorio 1, Laboratorio 2, escaleras, Turbina, Reactor). La Isla

⁴⁵ *La república de los sabios*, escena clave.

de la Hélice (IRAS). Las coincidencias que había previsto no coincidían del todo.

Más de esos tanques. Peripecias del No.

Circa 2.50 am

Algo se mueve. ¿O se mueve la isla?

¿Perros? Mierda, sí. UN PERRO. O una perra, quién sabe.

Patricio me toma del brazo. Todos nos detenemos. ¿Es un perro salvaje? No parece. ¿Tendrá dueño? Le pregunto a Martina C. si alguien habita la isla (¿cómo no le consulté esto antes?). No me contesta.

“Tiene la mirada de Richter”, me dice Bouvard, o Pecuchet.

“Será Epsilon Segundo”. Si es perro, no es gato ni liebre.

Ni liebre atómica.



3.05 am

Caminamos con cautela y el cuadrúpedo huemulmense nos sigue.

¿Y si Richter hubiera logrado realmente el dominio de la energía atómica? Esto sería otra clase de monumento histórico. Ahora mismo estaríamos viviendo las consecuencias de la Patria Atómica Peronista. ¿Y si en La república de los sabios (línea B-C) la Tercera Guerra fue ocasionada por los efectos políticos de una Bomba Atómica Peronista?

Pisamos Ucronía.

3.15 am

“¡Al piso! ¡Miren ahí!”. Dos carpas. ¿Y eso? “¿Está permitido acampar en la isla?”. “No”. “¿Serán cazadores?”. Epsilon Segundo se nos adelanta y corre hacia una de las carpas, en la que se mete. Empieza a ladrar. Escuchamos voces.

Circa 3.28 am

Primer disparo. Corremos. Seguimos a Patricio. Epsilon Segundo sigue ladrando. *¿Nos siguen? ¿Nos están siguiendo?* Segundo disparo. Cuerpo a tierra detrás de una loma. Inmóviles. Unas luces, no tan lejanas. Otros ruidos. Voces.

Cada segundo un siglo ucrónico. Pequeño concierto de respiraciones diminutas.

3.44 am

A paso rápido caminamos hacia el bote. Nadie a la vista.

Ninguna linterna (ni siquiera una de las nuestras).

Pacto con Chitarroni: si el proyecto Huemul fue un *secreto de Estado*, esta expedición con Martina C. y Patricio será un *absoluto secreto de residencia*. Mutis absoluto con el grupo.

VIERNES 29 DE JUNIO

Durante el desayuno, Chitarroni describe el duelo de cocineros de *Trémula intención*, de Anthony Burgess. Sigo disperso. *¿A qué viene? Le habla a Ángeles. Debe ser por los dulces de ayer por la tarde.*

Los ahogados flotantes de Las viudas de los jueves. Todo me remite a la isla. A lo que sucedió, a lo que no. Lo mismo que el recuerdo de las formas bubuescas o kikioscas de la conferencia de Casacuberta. ¿Chitarroni le habrá contado algo? Claudia Piñeiro me dice que tengo cara de dormido. Le contesto que estuve insomne.⁴⁶

⁴⁶ Durante la conferencia de Pablo Casacuberta, junto a Claudia Piñeiro objetamos el análisis perceptivo-lingüístico que el disertante realizó a partir de dos figuras informes, a las que denominó Kiki y Bubu, instando al público a señalar cuál era cuál. Lo cierto es que durante el viaje en bote hacia la isla Huemul, Martina C.

Hablan de la muerte de Juan Alberto Badía.

En mi habitación. Sigo dando vueltas por la isla.

Las vuelvo a ver. Son ruinas incómodas. Nadie las reclama. ¿El emblema de un fracaso?

También la visión de IRAS es una visión incómoda.

Nueva y breve caminata hasta la capilla de San Eduardo, que también construyó Bustillo. El tiempo es cruel. Faltan apenas unas horas para dejar el Llao Llao.



Richter ingobernable

“La explosión de la primera bomba de hidrógeno en el mundo, el 1º de noviembre de 1952, pasó casi inadvertida para los responsables de la actividad atómica en Argentina a causa del trajín de esos días bochornosos. Mendé no sabía aún qué hacer con Richter ni tampoco cómo proceder a liquidar el proyecto Huemul, después de tantos afanes y esperanzas. Aparentemente, en esos días Mendé andaba tratando de ver cómo podía prolongarse la situación, y llegó a decirle a Richter que propusiera un precio para vender su invento”.⁴⁷



dijo que Chitarroni y este cronista le hacíamos recordar a una serie que había visto en Youtube, realizada con dos títeres precisamente bautizados Kiki y Bubu (*Kiki and Bubu and The Feelings*, de Monochrom's Projects).

⁴⁷ Mariscotti, *op cit.*

Hans Schulz viene a despedirnos

Qué tipo simpático. Nos preparamos para el regreso.

¿Por qué fue el primer libro de Arno Schmidt en publicarse en Argentina? ¿Solo porque la nota preliminar está fechada en Chubut? Tomás Maldonado ni siquiera sabía que estaba traducida al español. De hecho me di el gusto de regalarle un ejemplar de la primera edición, que conseguí en una librería de la Avenida de Mayo. Porrúa conoce el secreto.⁴⁸

Sigo releendo de forma maniática mi edición en PDF, la única que tengo a mano.

Chitarroni me comenta que se editó por recomendación de Cortázar. Me pasa una carta que el belga-argentino le escribió al creador de la editorial Minotauro.

“Che, ¿vos leíste a Arno Schmidt? Es un alemán que se nos parece un poco, es decir que es terriblemente intelectual y al mismo tiempo está más vivo que un gato de azotea”.⁴⁹ Gato, Gato, Gato, Gato, Gato. Sí, sí. Esa es una buena pista.



En una de las últimas páginas de *La república de los sabios* (línea B-C) remarco un párrafo que encripta algo. Winer, el narrador, el visitante a IRAS, demora su cerebro en el sector de criogenización. Le impresiona que sus habitantes puedan aletargarse.

“Estudiamos la posibilidad [...] de someter periódicamente a la

⁴⁸ Desde que regresé de Bariloche estuve tratando de conectarme con Francisco Porrúa, como ya dije, editor del célebre volumen. Todavía sin éxito. No claudicaré.

⁴⁹ El citado fragmento, que forma parte del epistolario de Julio Cortázar (publicado en cinco tomos que abarcan el extenso período comprendido entre 1937 y 1984), así como también la contratapa de *Meteoro de verano*, volumen de relatos de Arno Schmidt editado en 2011 por La Bestia Equilátera.

humanidad entera a la hibernación, de manera que en un futuro próximo se podrá distinguir una ‘generación despierta’ de una ‘generación adormecida’. Una pequeña parte de los despiertos cuidaría a los adormecidos, que estarían depositados en dormitorios de cien pisos. De esta manera, la longevidad normal sería de trescientos a cuatrocientos años”.

Stop. ¡Una especie adormecida! ¿No fue una de las hipótesis en defensa de la presencia del desdentado criptoterio doméstico? ¿Se perfeccionó acaso en IRAS en procedimiento natural que fue motor de la longevidad del saurio acuático del lago Epuyén?



Otra vez la combi desandando el camino. De nuevo al aeropuerto. Un día precioso. En cualquier momento, a lo lejos, la Isla de la Hélice nos estará espiando.

Voy en el último de los asientos (adelante Indij; a un costado, Casacuberta).

Laptop encendida.



Retrocedo unas páginas (digitales). Winer-Schmidt me alcanzan otra sorpresa

“Ráfagas de viento jugaban aullando en el bosque; llegamos al portal. Inglefield rugió: ¡No!, dirigiéndose al gatazo negro y lustroso que, triste por el mal tiempo, quiso entrar con nosotros. Pero en seguida Inglefield cambió de idea y, aferrando al escandalizado animal por la piel del pescuezo, le espetó ‘¿cómo te llamas?’; cortante, inquisidor, no soltó su presa hasta que esta confesó, con el pelo todo erizado: ‘Mau’. Y los dos militares cambiaron miradas

cada vez más sanguinarias: un chino disfrazado, entonces: ¡Mao! no tiene usted que perderlo de vista, Inglefield». ⁵⁰

Cuando se publicó la novela de Schmidt, Mao avanzaba en una estrategia masiva, el gran salto adelante. Ruptura con el comunismo de los soviets. Mientras tanto, los alemanes se abocaban a reinventarse o a emigrar.

¡Richter! ¡Richter!

¡Epsilon! ¿Por qué emigra y deja emigrar a la gente?

“En el verano de 1945, cuando los rusos y los aliados occidentales trataban con todo empeño de obtener colaboración de los hombres de ciencia alemanes que encontraban, yo oí hablar de Richter y lo seleccioné —cuenta el teniente coronel estadounidense Elmer G. Sthal—. En aquel tiempo Richter deseaba venir a los Estados Unidos y traté con empeño de lograrle una visa. Luego Richter se dirigió a la Argentina y seguimos manteniendo correspondencia de manera casi regular”.

Me detengo en la foto. La familia Richter en pleno, hacia fines de 1950. Se los ve felices.



¿Por qué fracasó en su intento en conseguir un contrato? Sthal, 1951: “El cónsul norteamericano, que lo sometió a un riguroso interrogatorio, le preguntó si tenía hijos. ‘No, tengo un gato’, respondió Richter. ‘Pues bien —contestó el cónsul—, no podrá viajar con gatos’. Y el científico, que quería entrañablemente a su gato Epsilon, desistió entonces de viajar a los Estados Unidos y optó en cambio por viajar a la Argentina”. ⁵¹

⁵⁰ *La república de los sabios*.

⁵¹ Mariscotti, *op. cit.*

Llegamos al aeropuerto

Chitarroni me habla de los primeros discos de Carlos Santana. Y de una actuación con su banda de entonces —a mediados de los sesenta— en ¿Canal 11? Baja la voz. “¿Supiste algo de Martina C. y de Patricio?”. Le digo lo que sé.

“¿Qué hicieron con el perro?”.

“Por lo pronto no lo criogenizaron”.

A principio de los años noventa, en Estados Unidos, una mujer encontró a su perrito congelado, en el jardín. Desesperada, intentó revertir el proceso en un horno a microondas. Se lo cuento a Chitarroni. “Un relato que a Arno le hubiera encantado”.

Desde que regresamos de la isla, me siento un poco como ese perro.

Todos somos cautivos.

Todos somos Epsilon.

Y quién sabe cuántos más (antes y después).⁵²



EPÍLOGO

Hace años que no tomaba este tren. Acaba de salir de la estación Constitución (de la misma que partió la expedición del ingeniero Frey para buscar a la bestia de la laguna), pero mi destino es mucho más próximo: Monte Grande.⁵³

⁵² ¿Estarán apuntados en algún lugar los nombres de los gatos de Arno Schmidt?

⁵³ Monte Grande es una ciudad del sur del Gran Buenos Aires, a 28 kilómetros de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Las últimas imágenes en video de Richter

Cuando tenía 17 o 18 años, solía caminar bastante por Monte Grande. Una tarde, Gabo Mannelli, que después fue bajista de Babasónicos, señaló una casa y me dijo que allí había vivido “Richter, el de la Isla”. (Me acuerdo como si fuera ayer).

¿Cuál es el tiempo de una respuesta? Ante todo ¡lo que lleve confeccionar una buena pregunta! Y ese, ya lo sé, será solo el comienzo.

¿Y si en realidad no buscaba energía atómica y Huemul y sus laboratorios y su instrumental fueron solo una fachada? ¿Si le vendió a Perón el cuento de la energía atómica para financiarse otro experimento? ¿Qué tan descifrable es Richter?

El mayor secreto de Huemul es, ni más ni menos, que el cerebro de este científico austríaco.

¿Y si Arno Schmidt siguió interesado en Richter? ¿Y si el secreto continúa en otro de los libros del Ogro de Bargfeld? ¿De ninguna manera voy a aceptar que la anécdota del espectrómetro es el fin de mi pesquisa! En el mejor de los casos, cierra solo una de las posibilidades (la línea B-C, que concluye con la posibilidad de la isla).⁵⁴



(de 1982) fueron grabadas mientras vivía en esta localidad, que forma parte de los escenarios urbanos de mi adolescencia.

54 Releamos la “hipótesis del espectrógrafo”, que es la que propone una solución al mayor misterio de lo acontecido en la isla Huemul. Para descifrar lo que sucedió el día en que Richter anunció a Perón “el dominio de la energía atómica”, Mariscotti entrevistó, en el invierno de 1980, a Heinz Jaffke, uno de los mayores colaboradores del dueño del gato Epsilon.

“Richter tenía instalado su primer reactor, un cilindro de tres metros de altura y dos de diámetro, y un espectrógrafo con una placa fotográfica sobre la que

¡Necesito otro esquema! Muy bonito el espectrómetro, pero eso es solo un capítulo.



¿Por qué un secreto puede ser atractivo? No basta su condición de secreto (encontrar la clave, develar lo oculto), ni siquiera por el placer (y la jactancia) de haber podido forzar la cerradura. La

se registraba el espectro de los átomos quemados en el arco voltaico situado en el centro del cilindro. A medida que se producía la descarga en el arco, la placa fotográfica se movía hacia arriba, registrando el espectro emitido en los distintos instantes de la experiencia. En estas condiciones, en el supuesto de alcanzarse altas temperaturas, la placa registraría un ensanchamiento en las delgadas líneas del espectro. En este sentido, el espectrógrafo funciona como un termómetro, y con este propósito lo empleó Richter en los primeros experimentos que llevó a cabo en la isla. ‘El mecanismo de deslizamiento no era bueno —me hizo notar Jaffke al describir las características del instrumento—. A veces se trababa y la placa al avanzar quedaba inclinada’. La placa obtenida el 16 de febrero de 1951 la reveló el fotógrafo Nierman. Jaffke la examinó mientras cruzaba el lago para llevársela a Richter. Se sorprendió: las líneas no aparecían rectas como era habitual, sino que en una zona de la placa mostraban una cierta ondulación. ‘Al ver este extraño efecto, Richter se entusiasmó y dijo que eso era la señal de éxito —recuerda Jaffke—. Aunque no soy físico y no podía juzgar enteramente lo que Richter hacía, me pareció que la desviación de las líneas podría deberse al mecanismo defectuoso de deslizamiento de la placa del espectrógrafo. Así que le sugerí repetir el experimento, pero Richter se negó’.

En fin: si lo hubiera repetido y así descubierto que los datos del espectrógrafo eran defectuosos, nunca habría informado a Perón el dominio de la energía nuclear, Perón jamás hubiera hecho pública semejante información ¡y hoy posiblemente no tendríamos ninguna *República de los sabios!*

eficacia del secreto, lo aprendimos por los hermanos Strugatski (Arkadi y Boris), radica en saber manipular el entorno.⁵⁵

Justamente, escribieron *Stalker* cuando Richter vivía en la casa hacia la que estoy viajando. Necesito ver, oler, escudriñar cada milímetro de esa propiedad. La carga se invierte: este escenario me dirá con qué libro de Schmidt tengo que seguir.

Llevo una lista de más de cinco.

¿Estaré iniciando una nueva experiencia crítica? ¡Muy probablemente! Sí, sí, sí, sí. Nunca hasta el momento, que yo sepa, las hordas de hermeneutas schmidterianos utilizaron sus obras como mapas para revisar el presente. Al menos no así. No entiendo de qué otra manera puede aumentarse de un modo verdaderamente especulativo la “masa crítica” para entender sus procedimientos.⁵⁶

Falta poco, dos estaciones nada más. No, no. Tres. ¡Qué día precioso!

Suenan grabaciones de Moondog Hardin en mi MP3.

Nada será más excitante que deambular por las calles de Monte Grande hasta poder ubicar esa casa. ¿Existirá todavía? ¿La habrán modificado? ¿Se verá distinta? ¿Quién vivirá ahí? ¿Habrá conocido a Richter? ¿Quedarán muchos vecinos que lo recuerden? ¿Se habrá confesado con ellos? ¿Habría habitualmente de aquellos años? ¿Estará realmente cerca, tal como lo recuerdo, de la “casa con 10 pinos” de Manal?



55 Autores rusos de ciencia ficción, autores de clásicos como *La segunda invasión marciana* (1968) y *Picnic extraterrestre* (1977). En esta última se basó Andrei Tarkovsky para su obra maestra, *Stalker*.

56 Por su semblanza en *Siluetas* me enteré de la existencia del Arno Schmidt Dechiffrier Syndikats, sindicato de descifradores full time de las ficciones del Ogro de Bargfeld.

¿Quedará en algún sitio un registro que pruebe que Arno Schmidt tuvo noticias de la casa de Monte Grande?

 Y si est  en alquiler?  Y si la alquilo y me instalo un tiempo buscando más indicios?



LUIS CHITARRONI

LUIS CHITARRONI (Buenos Aires, 1958). Es escritor, editor y crítico literario. Inició su carrera como colaborador y redactor de críticas literarias en diversas revistas y medios de comunicación de la Argentina y el extranjero. Su primera novela es *El carapálida* (1997), reeditada por interZona en 2012. Publicó *Siluetas* (1992), las columnas escritas para la recordada revista literaria *Babel*; la colección de ensayos *Mil tazas de té* (2008) y la novela *Peripecias del no: Diario de una novela inconclusa* (interZona, 2007).

BORRADOR CON PERSONAJES EN BUSCA DE UNA NOTA AL PIE

Llegué al aeropuerto temprano.

Temprano, categoría incompatible, incomparable. Abarca la precariedad y el desequilibrio de un comienzo prematuro (mala idea estrenar a mediodía esta radiante prosa zodiacal).

A toda incomodidad sublime, a esa holgada imprecisión por la cual cada situación del día estará inadvertidamente esperándonos, habrá que sumar nuestra disponibilidad impropia, implorante, dislocada. Temprano exige una voluntad, una lentitud, una paciencia, en mi caso, desesperantes. Hay que abrir y cerrar tantas compuertas como si viviéramos en un submarino. Hay que abrir y cerrar tantas veces esa perspectiva que no es un anuncio, esa pereza que no es un paréntesis, que no es siquiera una invención ni el trayecto de una promesa...

Debemos fortalecernos. Debemos recetarnos antes el antídoto manso de corrupción (temporal) anticipada, el remedio capaz de descomponer nuestros incumplimientos y deslealtades, cada una de nuestras comisiones a un momento que no corresponde. De buenas a primeras estamos invadiendo la jurisdicción de una catástrofe.

Para atestiguar una curiosidad por el tema que excede mis intereses, finjo una pasión, una obsesión por la caligrafía que termina—del mismo modo que empieza— exagerando los vínculos con la realidad y, sobre todo, con la escena que presencio. Esto no hace otra cosa que atrasarme cómicamente en dirección contraria a los acontecimientos que debo afrontar, como, en pos de modelos que

me prestigien: un Larry Semon (Agapito), un Harold Lloyd (Caseno) o un Buster Keaton (Pamplinas) que buscaran al lector corriendo sobre los techos de la caravana de un tren que huye, de un tren que tarda, de un tren que se aleja.

Ralph Waldo Cippolini, patafísico de número, cronóforo de planta como yo, estentóreo y grave (una de las voces no autoritarias que más autoridad revelan, “también, ¡si creció escuchando a Captain Beefheart!”). Además (ahorrémonos el *probablemente*) el mejor explorador de nuestras limitaciones y sus alrededores (*Contagiosa paranoia*), la persona ideal para que una conversación extienda sus orillas y hasta su margen de horizonte. El viaje en avión a Bariloche pudo demostrarlo. Partimos de una hipótesis de parentesco (John Cipollina, el guitarrista de Quicksilver Messenger Service) para concluir que la forma más afanosa del *power trio*, el croquis básico de Crimson, que es todo lo contrario, tuvo remordimiento de conciencia (*agenbite of inwit!*) a causa de su primitivismo insoluble—The Cream, Mountain, Grand Funk Railroad—, hasta que finalmente Blue Cheer hizo lo que debía con el gato de Schrödinger sobre un Marshall de cinc caliente. La falta de atriles y pentagramas fue sustituida en el rock por las anécdotas de sonidistas y de plomos, los mejores testigos, los grandes divulgadores.

Llegamos a la conclusión inestable con Ralph, sin haber tomado una copa, de que el sistema revisionista por excelencia es la crítica de rock, respirado y habitado por la nostalgia, revelación del presente al que aspiramos, disuadido siempre por la lentitud de la luz.

La memoria de Ralph es extraordinaria. En un momento de inestabilidad, canturreó para mi sosiego la descripción de Thalja que Arno Schmidt hace en *La república de los sabios*. Thalja es uno de los personajes que más nos enamoró a ambos: una centauro.

Tuve que inclinarme para que mi inapetencia de cosas concretas

en general y de verbos en los vuelos no pareciera una mezquindad, y alcanzarle la bandejita a Ralph, quien dejó a medias una especie de felipe extraditado con una carga de queso insípido y algo que parecía jamón para contarme cómo había perdido en un segundo de inseguridad el fardo (*what a bundle of mirrors, what a bundle of errors, what a bundle of minions!*) de las voces de los poetas. De Carl Sandburg y Vachel Lindsay a la zeta de la voz de un Ezra Pound disfónico (¡más le valga, Hilda Doolittle!) cuando se separó y, por lo tanto, se mudaba. Acción que lo asomó a la teoría de la teoría como mudanza en Macedonio (por algo viaja con la brújula de una víctima de Vietnam).

Sí, hay decisiones que se tararean, desdeñes que taran. Y al revés. Nada se tarda en restablecer en cambio las analogías pertinentes, dado por cierto el ejercicio de servidumbre umbilical entre filósofos presocráticos y cómicos del cine mudo, cómicos de la lengua. Que “vigilan lo que no conocen”.

En el Llao Llao: la belleza exterior hiperbólica me somete a una introspección absoluta. Preguntarle a Bertolt.

El desayuno es opíparo. Qué palabra (!), casi me atraganto tratando de sacármela de la boca. Y ese régimen momentáneo de desacostumbramiento me hace creer que siempre estarán mis desayunos así de provistos. En un arranque de emulación, sigo a nuestro editor hasta el altar de *lomelette*, donde, sin olvidar la fórmula lacaniana, observo el rito con creciente apetito. Hasta que consigamos las tabletas de líquenes abreviados que nos prometió Pola, no vamos a estar en condiciones físicas para nuestra invasión nocturna a la isla Huemul.

Me encuentro con Lalo Sabatani, personaje de uno de los cuentos que estoy escribiendo (pero que amenaza invadir los otros dos). Por suerte no me conoce. Voy a aprovechar para observarlo con una benevolencia de la que el narrador carece.

Almorzamos. El vino es voluptuosamente armónico, opulento, lleno de esas notas que los enólogos señalan como si fueran pinceladas y guiños de Seurat o de Signac. Por suerte, la cercanía de la doncella de Vermeer me restringe y me corrige, aunque doy curso en seguida a un exceso de locuacidad por elevación. Intercambiamos con Ralph información inútil como la de un *trivial pursuit* aéreo, tal vez por el deseo de llegar en pulqui a isla Huemul. ¡Cuántas u!

Un vino así debe de haberle provocado a Stevenson el sueño de Jekyll y Hyde. Stevenson era un tomador de vino competente, aparte, como buen escocés, de un experto en maltas de whisky, de las que prefería la de Talisker (la balada lo deja saber). No hay maltas en el hotel (o, si las hay, no las dejan ver), pero el Johnnie Walker etiqueta roja me sume en una apática negociación con mis obligaciones literarias.

EL RELATO QUE NOS CONFÍO POLA OX SOBRE LA VITAMINA DE LOS LÍQUENES

Perdida toda esperanza, Chr. Stadion se había instalado en Puelo, Chubut. Y la había recuperado, al menos parcialmente, cuando empezó a traducir los informes en lenguas muertas de la universidad de Valparaíso para Interworld. El primer archivo, el primer documento —*Interstinas*—, un testimonio hartamente detallado de la campaña de dos oficiales de la policía montada del Canadá en Chubut corresponde a una alarma forestal divulgada casi de inmediato por guardabosques rionegrinos en forma epistolar (1998). La emergencia

del parásito llamado “estuco de la pradera” en plena estepa chubutense. Las jurisdicciones van y vienen en este juego “*game with shifting errors*”. Uno de los dos oficiales lo describe como —Stadion lo traduce— “la culminación de un arbusto que hubiera sido tocado —intoxicado— por una ráfaga de lava repentina”. Verlo provoca repulsión. Es un racimo o residuo botánico, laqueado en apariencia por una emisión y emulsión súbitas, simultáneas, incapaz en todos los sentidos de provocar de nuevo esa rústica solidificación instantánea, con lo cual adquiere la característica —la condición— de fenómeno único entre criaturas blandas. Y además, los volcanes más cercanos, incluso el no tan próximo Epuyén, son incapaces, de acuerdo con Tzvetan Aviglian, de producir tanto la sustancia que los preserva —ámbar— como la que los inmortaliza (el tiempo, supongo). La movilidad geográfica, en estos casos, depende, como el tamaño genital vislumbrado de los lepidópteros microscópicos (Pola sabe el nombre), del viento.

Muy poco después una comisión rusa, enviada con apuro anacrónico de carrera lunar, compuesta por Yuri Lobachevsky y Piotr Blevgad, llegó a Puelo para realizar las averiguaciones pertinentes. El informe de su suerte —su destino—, unos meses después, cuando regresaron a Moscú, es desconsolador: excomulgados políticamente luego por cuestiones desligadas de la censura soviética en tiempos del Soyuz y el Sputnik; a la sazón por *zhenonenavischestvo* (misoginia, me traduce Pola).

Considerada una espía (la concordancia de las partes, los rumores conspirativos y los disuasorios anunciaban a las claras que no), Pola Ox exacerbó los rumores. Despertaba ese tipo de admiración que se despereza con lentitud y deja un reguero de sospechas. La belleza y la inteligencia y la gracia que provoca son imperdonables.

Aunque geniales en muchos ámbitos del saber, los hermanos soviéticos carecían de experiencia en otros aspectos de la vida. Eran, como repetían los chicos del Balseiro, “unos vírgenes”. El resultado de la busca y las investigaciones pudo resumirse en las tabletas

de consumo bautizadas por Velemir Manghella como “líquenes abreviados”, que obtuvo una licencia y una prohibición casi simultáneas (como la emisión y emulsión precitas).

El día siguiente al de la proyección de los films, miro los ojos acera-
dos de Claudia Piñeiro, que ha mirado el azul comparable del lago,
y me doy cuenta de que la pregunta que voy a hacerle es super-
flua. La hago para detectar un cambio de intensidad, un cambio de
brillo, un matiz de simpatía. La mirada de ella me sobrevuela con
indiferencia para decirme que el guión lo escribieron otros. Claudia
es encantadora pero en absoluto concesiva. Así como no manifiesta
ironía ni desdén, no sobreactúa las coincidencias de gusto. Tiene
algo de deidad. Y es una de las pocas personas cuya atención no
decae a pesar de la acumulación de aportes lúdicos y simultáneos
de la realidad, y aunque cada uno de esos aportes exija mucha.

Durante mucho tiempo, después de oír las notas al pie de Cipriano
Fabbro creí que el oficio de guionista consistía en acumular frus-
traciones y citas ocultas. Las primeras solo para que fueran revela-
das en cuanto confesaban las últimas. Dos altísimas funciones de
su actividad como guionista habían sido, dado el desprecio que les
provocaban los libros elegidos por los directores, plagarlos de ci-
tas y referencias que nadie del público notaba, que los actores ape-
nas podían repetir, y que, de haber sido detectadas por sus pares,
habrían provocado un desprecio equiparable al que ellos sentían
por los libros originales. Por lo tanto, cuando los desventurados
creían conseguir un aliado, cuando lograban al menos capturar
la atención de un acólito o un hierofante, se dedicaban a explicar
profusamente estos “toques”, estas “pinceladas” de lo que creían,

con la obstinación fanática de “la cultura”, era su genio. Y que acaso debería de serlo, puesto que la cultura y su afán exhibicionista asfixian en general cualquier aspiración, al menos a los desalentadores suplicantes que la cortejan.

La penuria en un *ashram* en Buenos Aires de los setenta está historizada, e ilustrada virtuosamente por una amiga común de Claudia y mía, en un film que proporciona, sobre todo gracias a la falta de deliberación, el eje temático y el tono de la época. Eso es raro, porque la época es evasiva, como si emisión y emulsión fueran simultáneas. El film es, a su manera, una comedia costumbrista de buena factura, con actuaciones deslumbrantes (habida cuenta de la exigencia de sobreactuación exigida casi genéticamente por el sainete). Cuenta la historia de un padre de familia obstinado en encontrarle un padre al nieto que va a proporcionarle su hija adolescente. Uno de los defectos, debilidades o desproporciones del film consiste en aportar la ausencia de expresión, histrionismo o cualquier otro sustantivo abstracto relacionado con el hecho de actuar de la actriz que hace de hija. El berretín del director por ponerla (léase *con toda la mala intención*), pasados tantos años, resulta enternecedor. Nada puede ennoblecer en cambio la actitud de esa clase media que el film muestra, somera, socarrona, predispuesta al desastre. Como si un susurro anhelante de destrucción se oyera en toda la película, cada una de sus torpezas sintácticas, y hasta sintagmáticas, se ocupan de defenestrar ese fragmento de época, de rechazarlo con énfasis por cuestiones... *de época* también. Se avicina la parte más oscura de los setenta, como una escandalosa nube tóxica, que tiene —guionistas mediante— algo de M. P. Shiel. Pero nadie ha metido mano en este fragmento de pasado. El presente es eso que pasa por el medio, por el hueco del hueso insobornable del caracú se desmarca de la luz. Una realidad

visible en virtud de sus solecismos. Un residuo acumulado como nota al pie, resumen diametral de un recuperpo. Fidelidad de la estofa, fatalidad de la estafa.

Ralph y yo habíamos recibido, gracias a Pola, los beneficios de la vitamina de liquen de los chicos del Balseiro, absolutamente irresistible y necesaria para nuestro desempeño como remeros, desistimos de invadir esa noche, como habíamos planeado, isla Huemul.

A medida que pasan las horas y la noción de temprano simula desvanecerse, mi deuda con Guindij, el Editor, aumenta, crece. La historia que le invento no parece convencerlo, aunque con indescriptible buena educación pasa a fotografiar una especie de mamboretá excedente, que la naturaleza o el arte produjo para nuestra mirada periférica (Pola nos niega el nombre, nos protege: parece que trae mala suerte). Acordamos finalmente que yo deberé entregarle “Sabiduría de Llao Tsé” antes de fin de año. De este fin de año. Son una serie de anotaciones recopiladas por una mezcla de santón y biólogo, que Ralph me sugirió en el viaje de ida. Guindij me pregunta si podré ilustrarla y, ya, con el fragor del alcohol, en el envión de los aperitivos —Campari o Angostura sobre el gin mezclado con un vermouth no solo etimológicamente decadente—, le aseguro que sí. A nuestro alrededor, la doncella de la perla de Vermeer ha puesto al alcance una variedad asombrosa de enigmas de repostería. Se acerca Bertolt con el tacto que lo caracteriza y, gracias al cielo protector, logramos cambiar de tema.

Como ujier de una logia suplente, que lo expulsa o lo excusa de sus funciones y tareas, Bertolt Boswell reporta el producto de sus investigaciones y caminatas (familiarizado con la ciudad que ni siquiera nos atrevimos a visitar), donde la calidad del *gossip* es evaluada en relación a la velocidad con que, de acuerdo con la agencia o urgencia garante, se transmite.

Sostiene, *against the tranquility of the axioms*, que cualquier mensajero —Rosenkrantz o Guildenstern— en pos del rey póstumo para anunciar una mala noticia, se moja menos bajo la lluvia caminando que corriendo. La física, un departamento clandestino y sin acceso de la metafísica.

Después del fracaso de isla Huemul, Ralph y yo nos proponíamos resarcirnos e “impresionarlos” con nuestra destreza en arquería. Nos hicimos los desentendidos para provocar al Editor, que demostraba un entusiasmo digno de una saga artúrica. Lamentablemente, entre los arqueros estaba Lalo, el personaje de mi cuento. Lalo logró concentrar en él toda la atención. Su puntería era única. Yo creí que los líquenes abreviados estaban incluso reduciendo mi miopía. Me acordé de personajes de Calvino, de Nabókov, de Mircea Eliade. ¿Es miope Pola, como Anna Karénin? No logré siquiera rozar el blanco. Parecía un ejercicio de Herrigel ensayado por Mr. Bean. Acorde con la circunstancia, Lalo se acercó a nosotros, demasiado atento con las chicas, alardeando en sordina, como es su costumbre. Pidió permiso al instructor y dijo si podía “desperdiciar” uno de los “proyectiles” (sí, no usó la palabra “flecha”). Le dijeron que no, que por favor, no. Que no se hicieran problema, los tranquilizó Lalo, él lo pagaba. No era cuestión de pagarlo... Finalmente accedieron, y Lalo pudo “demostrarles” a Claudia, a Pola y a la doncella de Vermeer cómo se arrojaban las flechas incendiarias para conquistar un castillo almenado, con puente levadizo.

¿Adónde habrá ido a parar esa flecha, que no era la del tiempo? Lalo me abochornó un poco, claro. Su insistencia, su vanidad.

Hablé con Bertolt (sin mencionarle por supuesto el extraño caso). Descartamos unas cuantas hipótesis previsibles. Después, mientras confiaba en sus confiados ojos, le conté una anécdota indiscreta de mi infancia y llegamos a una conclusión banal, general, que siempre nos ayudan a cerrar el día. Lalo y yo nos parecíamos en algo: sus padres lo habían amado tan despiadadamente como los míos a mí.

Guadalupe Muro nos trajo un —o una— *samizdat* (así los llama Pola), con instrucciones precisas de la actividad literaria de la zona. Nos sorprende también con algunas alarmas. Un grupo local que fingía aprender inglés con una especie de maniquí institucional exoftálmico parecido a Horangel quiere asistir al taller en el que trataremos de disimular una conferencia de prensa. Tartamudeemos.

Después de la espera —temprano ha formateado para mí toda la estadía—, confío finalmente en el desencuentro con el fantasma.

Ningún fantasma, por lo que sé, deplora la inconstancia, deplora la demora. En algún caso (de nuevo nos asisten), presentarse demasiado temprano o demasiado tarde al tribunal insinuó un planteo explicativo. Al tiempo, sin embargo, lo penetramos: Demetrio Poliorcetes / Pedro el Grande. Hölderlin, Novalis. Scardanelli.

Tiene algo de Magritte, algo de su familiaridad atenuadora: realidades tranquilas que se duplican...

El asesino fantasma aparece al fin detrás de la puerta, como si se hubiera escondido ya de la realidad en el equivalente de una nota al pie.

¿Qué es el equivalente de una nota al pie en la realidad?, le pregunto a Martín Kohan, quien me contesta un koan. “El día que vimos el partido (de Boca vs. Corinthians) dejamos a nuestras espaldas un caos, una especie de caos alveolar, en la medida en que cada uno de esos fantasmas que mirábamos en la tele impugnaba uno verdadero —de acá, del hotel— que quería incorporarse. A eso hay que sumar la reserva de zombies que suele haber en zonas como esta, donde es muy frecuente que se hayan sepultado con ambages de civilización cementerios desorientados, de pueblos originarios... Imaginate”. Y puso la misma cara con que me demostró que el estadio de Boca, en el viaje de vuelta con una dotación de párvulos (pero consignarlo ahora es una traición) que, de acuerdo con cálculos suministrados en *Esse est percipi*, de Honorio Bustos Domecq, el estadio de Boca había desaparecido.

Y sin embargo me dispuse a esperar, con la esperanza de que no apareciera. El fantasma, en este caso, no el estadio. Rodeado de astas, libros que no me interesan, sillones de cuero *capitonée* —arrayanes, alerces, cipreses— atrás, y más atrás no sé si la presencia, el nombre: Guadalupe Muro, que se acercó a traer sus libros y el *samizdat* debe de haberse quedado por ahí, dando vueltas. “Ah, que tú escapes en el momento de tu definición mejor”. ¡Cuidado, presencia, si no eres solo un nombre! Que no sea ella la víctima. La calavera de un búfalo de agua, trofeo de una cacería (África Oriental, 1909) me distrae. ¿Qué hace acá? Toda presencia física inadecuada impugna un fantasma. De modo que, ahogados por la cacería, como decía Martín, estamos en la gran batalla del pasado que lucha por incorporarse a esta habitación insignia.

Después de tantos fracasos, proporcionados, en la mayoría de los casos por la nuestra sobrevaloración del efecto de las tabletas de líquen abreviado, decidimos con Ralph, tras vistazos brevísimos

a los abrevaderos de hidromiel, solo breves misiones silábicas, como llegar a esa hora a nado de Horangel a Hiroshige...

Gracias al periodista alemán que tanto nos ayudaba, nos quedamos hasta tarde hablando con Ralph de hoteles figurados, como el Abîme, que tanto le gustaba a Lukács por sus “animaciones suspendidas”, y a Charlie Feiling por sus declamaciones arrogantes, insustanciales, *profundiotas*. Como siempre, Ralph traía en la manga una cita de Deniz: “Sé elevarme hasta donde verdad y mentira, vida y muerte se ven idénticas; pero en esos hoteles de alta montaña hace frío, las camas son duras y la comida es pésima”.

Por suerte no teníamos que establecer semejanza alguna. El sistema de calefacción del Llao Llao es magnífico; los menús, superiores. Y la presencia maravillosa de la doncella de Vermeer agregaba manjares políglotas y misterio. Azul oxígeno y amarillo de Nápoles. Sobre la superficie del whisky servido en vasos de boca ancha, veía yo una especie de sustancia coloidal. Creí que se trataba de la venganza de los “líquenes abreviados” en él disueltos, pero no, era el residuo prosaico de nuestros labios por culpa de los ingredientes de los *appetizers*.

John Cage, hijo del diseñador de submarinos que había logrado el mayor record de inmersión (trece tripulantes, trece horas) hasta la fecha del *nacimiento* de su hijo, unos pocos días después, cuenta que el *descubrimiento* del tiempo se lo debe a su maestro musical Richard Bühlig (ideales esa diéresis y esa hache para producir el silbido que necesito a esta altura de la página, partitura), quien vía Henry Cowell iba a dirigirlo, vía Adolph Weiss, a Schönberg. Cage se tomó el atrevimiento (por torpeza, por necedad), por esas

cosas que se venían explicando pródigamente en el cuerpo mayor, de llegar *temprano* a la clase de Bülhig, quien le pidió que volviera a la hora justa, puntual. Cage no volvió a la hora justa. ¡Llegó media hora más tarde! (Algo cecea en mi boca, ¡pero no es posible que cecean las vocales!). Bülhig se tomó el trabajo —dos horas— de explicarle a Cage qué era el tiempo. O tal vez a desplegar las hipótesis que todos hacemos para definir y decidir su incidencia en la vida. Y Cage se lo tomó tan en serio que dedicó toda la música al tiempo, consagró su obra a restituir las duraciones que nos alcanzan entre accidentes.

Ahora creo que todos debemos arrojarnos como vírgenes necias a la gran hoguera del tiempo, sea la hora que sésamo. O ahogarnos sin más en el océano de las escenas, sea la hora que ciénaga. Borro con la máquina lo que escribo con el código. Bendito Turing.

Se estuvo haciendo tarde desde temprano en esta celda. Toda habitación lo es, toda habitación lo es, toda habitación lo es.

Bendito el sobrevalorado Xavier de Maistre.

¿Habrà oído el papá de Cage la nota de silencio del fondo del mar, el oasis de una nota al pie? La única nota que podía aislar yo era esa especie de latido submarino que hacía el Sibium, como llamábamos los niños de los sesenta al Seaview, el submarino comandado por Richard Basehart (*“il matto”* de *La Strada*) en *Viaje al fondo del mar*.

Para mí Hayes es Richard Basehart.

Las Goldberg llegaron ya a la número 23.

Sin embargo, esa noche, una colonia penitenciaria de notas al pie se lanzó a conquistar el cuerpo del texto laborioso gritando, como piratas anticuados de Salgari, de una traducción de Calleja: “¡Al abordaje!”, “¡A barlovento!”, “¡Voto a bríos!”.

Ofrecimos resistencia pero los menos heroicos sucumbimos y nos resignamos, al caer la noche, a un arrebató de compasión y nostalgia por las víctimas, entre quienes nos conmovió una especie de cobayo uniforme, constante, ligeramente curvo, ligeramente

overo (“un gerbo, un ratón de campo —nos aclaró Pola en un susurro, soplándose las uñas—, como se consideraba a sí misma Marianne Moore”), cuyas garras diminutas habían logrado escribir antes en la pared, antes de la caída (las letras todavía chorreaban tinta): *Gormenghast*.

Antes de irnos, nos obligamos a la foto grupal. Descubrimos en la del año anterior un gesto de Arturito que revela sin duda su frecuentación de la naturaleza sin salir del cuarto del hotel. ¡Como yo! Eso me lleva a recordar la tapa de *Arturo y yo*, que tanto me gustaba (por él más que por mí). Pero la evocación es interrumpida por los guardabosques, quienes, después de la intensa tormenta de anoche —nieve, cenizas, flechas y notas al pie—, se acercan a despedirse. Son un *team* invaluable, de una responsabilidad y un espíritu de colaboración asombroso. Más de uno ha venido con ideales a lo Thoreau. Contestaron todas nuestras preguntas con la mayor diligencia. Solo uno falta a la cita, pero nos advierten que es porque encontró en un bosque de arrayanes una pieza de caza, víctima sin duda de un cazador furtivo. No alcanzamos a verla, pero otro del grupo le había sacado fotos con su celular. El cuerpo inerte del que sobresalía una flecha, un proyectil, cubierto con una manta. Un huemul no puede ser, no son frecuentes acá, están cerca de la cordillera, nos explicaron. Y además es demasiado grande. Ralph, de una sensibilidad y una ética insobornables, fue el que más preguntas le hizo, mirando la foto. Después me dijo, antes de subir al avión, que estaba convencido de que era una potranca de centauro. Se veía que la flecha le había pegado justo en la articulación, y que la parte humana había podido huir. “¡Thalja!”, gritamos Ralph y yo al unísono. “¡Thalja!”.

“Seguro que ese pelotudo que se acercó a nosotros el otro día en nuestra lección de arco la mató”, dijo Ralph. Pensé que era posible. Habría que impugnar en las residencias de escritores la entrada irrestricta de personajes de ficción.



MARCOS BERTORELLO

MARCOS BERTORELLO (Buenos Aires, 1970). Es escritor, psicoanalista y profesor universitario. Publicó *Porno* (2009), *Rokerito* (2011) y *El evangelio según Marcos* (2012). “Madre” está incluido en la antología *La ficción es puro cuento*. Su última novela es *Quieto en la orilla* (interZona, 2012).

LA PARUSÍA¹

De su boca sale una espada afilada...

Apocalipsis 19, 15

I

Lo vi de lejos, como a una cuadra. Venía por avenida Mitre. El viento helado nos obligaba a estar emponchados como si fuéramos beduinos de película. Lo reconocí, igualmente. El sobretodo negro, los guantes de cuero, pero más que nada la bufanda escocesa prolijamente enroscada, tapándole la boca y la nariz. A pesar de toda su formalidad, el tipo tenía el mismo andar de cuando era adolescente. Aunque era otro. Esa mañana, en el aeropuerto de Buenos Aires, tuve la misma sensación contradictoria. Lo vi de repente. Como a tres metros. Tenía un bolso entre las piernas y llevaba el sobretodo perfectamente colgado del brazo derecho. Pensé: *este tipo es Martín*. Recién cuando nos pusimos en la cola para subir al avión, me animé a encararlo. Antes de hablar tuve otro pensamiento: *no puede ser Martín*. Entonces me miró. Sonrió. Y cuando dijo algo, lo confirmé, era Martín.

Nos saludamos.

Mientras subíamos al avión intercambiamos algunas palabras. Hacía veinte años que no nos veíamos. Éramos dos extraños, dos íntimos extraños. Volví a pensar: *no puede ser Martín*. Cuando llegamos a Bariloche, mientras esperábamos el equipaje, ahora con

¹ Para la tradición cristiana se trata del acontecimiento esperado al final de la historia: la Segunda Venida de Cristo a la tierra, el Juicio Final.

el sobretodo puesto, la bufanda escocesa en el cuello, los guantes negros, con un ejemplar de *La Nación* debajo de la axila, me dijo:

—Hoy a la tardecita estoy libre.

No sé bien qué respondí. Sé que lo vi irse con paso rápido, escoltado por dos monjas que llevaban su equipaje. Sé que tuve el nítido recuerdo de cuando lo echaron del San Ignacio, en cuarto año del bachiller.

El tipo sonreía con una insolencia heroica, como si nada del mundo pudiera conmoverlo. Estaba delante de la oficina del rector. Tenía la corbata baja, con el primer botón desabrochado de la camisa, las manos en los bolsillos del pantalón gris, el cuello del bléiser levantado, los abotinados gastados, rotos, el pantalón gris con una mancha de tinta por arriba de la rodilla, las medias blancas, de algodón, de las que usábamos para jugar al fútbol. El rector salió de su oficina acompañado de los padres de Martín. Los padres se pararon a los costados de Martín. El rector habló. Los padres movieron las cabezas de un lado a otro. Estaban como aturcidos: se los veía tristes, cansados. Después el rector les dio la mano a los padres y a Martín. El rector se metió en su oficina. Los padres de Martín comenzaron a caminar hacia la salida. Entonces, Martín se dio vuelta; me miró. Yo estaba en la otra punta del patio, sentado en un banco de piedra, entre los bebederos, vigilando todo a la distancia, con algo de envidia. Martín se acercó.

—No te dejes atrapar por estos hijos de puta —dijo, como si fuera un desangelado profeta del odio, con esa inocencia.

Ahora lo tenía enfrente, veinte años más tarde. El tipo daba sorbos al té y yo no podía dejar de mirarlo con angustia disfrazada de curiosidad. Quería un detalle, una pista, algo, no sé bien qué, pero algo que pudiera explicar cómo era que Martín, después de veinte años, se había hecho cura.

—Me mandaron para arreglar un asunto —dijo, y se acomodó el cuello de la camisa negra. Su voz sonó despreocupada, como si no necesitara guardar secretos delante de mí, como si fuéramos

amigos de toda la vida—. Estoy en una iglesia en la Paternal, pero cuando hay complicaciones en alguna parte del país confían en mi juicio. —Sonrió: creo que entendió mi cara de asombro porque en seguida dijo—: Sí, soy el tipo que hace cumplir las normas.

Entonces lo vi de vuelta. O mejor: por primera vez, desde que me lo encontré en el aeropuerto de Buenos Aires, lo vi pensando en la distancia que había entre mi viejo compañero del bachiller y el sacerdote que tenía enfrente. Era una distancia perturbadora, inexplicable: el tipo, ahora, hablaba con un tono pausado, como si tuviera todo el tiempo del mundo, o como si el tiempo no fuera un problema, lejos de aquel muchacho medio atolondrado, que parecía animársele a cualquier cosa, que hablaba como si fuera un líder político en formación. Pensé en preguntarle qué había pasado en estos veinte años. Pero me detuve; Martín seguía hablando y no parecía interesado por lo que yo pudiera preguntarle.

—Bueno, sí, es verdad: este oficio tiene mucho de preceptor —dijo. Hizo una pausa de unos pocos segundos—. Hay una parroquia acá cerca —retomó, mientras movía las manos sobre la mesa, a poca distancia de la taza de té. Era un movimiento sin sentido: con las palmas extendidas y de un modo raramente coordinado, hacía semicírculos pequeños, como si estuviera echando migas al suelo—, en Colonia Suiza, es una parroquia chiquita, poca gente. El párroco, de un día para el otro, se creyó que es un profeta. Un disparate, un completo disparate.

Había hablado como un funcionario: el tono era el del hombre que recibe órdenes que debe cumplir pero que no comprende del todo. Después volví al día que lo echaron del San Ignacio.

Me puse de pie; nos dimos un abrazo.

—No te dejes atrapar por estos hijos de puta —volvió a repetir.

Pero esta vez lo susurró en mi oído, como si fuera una súplica, o una resignada manera de reconocer su derrota, a miles de kilómetros de distancia del pibe que miraba el mundo con una media sonrisa insolente y lúcida. Lo vi irse arrastrando los pies, con las

manos otra vez metidas en los bolsillos del pantalón gris, el cuello del bléiser levantado, mirando el suelo, como si no quisiera irse del todo.

Terminó el té y dejó las manos quietas en el borde de la mesa, entrelazadas. Después siguió hablando. Dijo que el cura de la parroquia de Colonia Suiza era un hombre de una formación intelectual deslumbrante: tenía un doctorado en Europa, había escrito varios tratados sobre exégesis bíblica. Dijo que después de haber tenido una carrera académica llena de honores, pidió el traslado a una iglesia alejada, sin muchos compromisos: quería escribir un libro sobre el autor del evangelio de Juan. Dijo que en el interior de la Iglesia no entendían bien qué le había pasado. Después me explicó que habían recibido unas cuantas denuncias. Un grupo de padres de un colegio católico donde el párroco era confesor mandaron una carta al arzobispo. La carta contaba que el cura, cada dos por tres, se enfrascaba en sermones exaltados donde arengaba a todos a una especie de fiebre apocalíptica. El intendente de Bariloche también se había quejado y había llamado al gobernador. Y el gobernador se comunicó de inmediato con la arquidiócesis. El gobernador dijo que el sacerdote tenía la costumbre de salir a predicar por el centro de la ciudad, a la noche. Entraba en los restaurantes y los bares de Mitre, y empezaba a increpar a los turistas con imágenes terribles de sus visiones. Martín contó que debía encontrarse con el sacerdote al día siguiente, bien temprano.

—El padre Salcedo, se llama —dijo. Poco después agregó—: Sería un episodio sin importancia y hasta divertido. El tema es que Salcedo es un hombre reconocido, un intelectual, un hombre que se formó en las instituciones católicas más prestigiosas. Este detalle lo vuelve un problema peligroso: es un sacerdote que habla con la autoridad del magisterio eclesiástico.

Nos quedamos en silencio, como si no hubiera más nada para hablar. Volví a pensar en hacerle la pregunta que se me había ocurrido unos minutos antes, pero me interrumpió.

—¿Y vos qué hacés acá en Bariloche? —preguntó.

—Soy escritor —dije, y me distraje con el movimiento absurdo de sus manos: otra vez hacía como si limpiara las miguitas de la mesa.

—¿Y entonces? —insistió.

—Me invitaron a una residencia de escritura, acá —hice un gesto con la cabeza—, en el Llao Llao.

Él se quedó mirándome; esperando que le explicara de qué iba la cosa. Le dije que éramos un grupo de escritores invitados por una editorial. Que durante cinco días disfrutaríamos del hotel. Y que a cambio teníamos que escribir un relato sobre un tema pautado por el editor.

—¿Qué tema? —me preguntó, realmente interesado. Había dejado de hacer el simulacro de limpieza de las miguitas; ahora estaba de brazos cruzados, echado hacia atrás, con una sonrisa dibujada; creo que él también estaba asombrado por mi destino.

—El fin del mundo —dije.

Él movió la cabeza de un lado a otro. Se des cruzó de brazos.

—Interesante —murmuró. Y en seguida, dijo—: ¿Y?, ¿sabés qué vas a contar?

Pensé en mentirle.

—Todavía no se me ocurrió nada —dije, en cambio.

Después volví a la época del San Ignacio.

Una tarde, Martín, apareció a la salida del colegio. Había pasado un año entero desde que lo habían echado. Estaba apoyado contra el capot de un auto, en la esquina. Tenía el pelo largo hasta los hombros, usaba una campera de cuero y fumaba unos cigarrillos negros de un olor insoportable. Salimos del colegio y nos acercamos hasta él. Rápidamente se armó un círculo alrededor. Lo mirábamos como si fuera una especie de resucitado, con ese temor. Y él hablaba como si fuera una especie de estrella de cine, con esa soberbia. En un momento, se puso de pie. Tiró el cigarrillo a la calle. Se me acercó. Me agarró del hombro. Después me fue empujando hasta separarme del resto de nuestros compañeros. Cuando estuvimos a cierta distancia, me dijo:

—Estás a tiempo, Marcos.

Lo miré sin comprender a qué tiempo se refería.

—Podés zafar —agregó, sin tomar nota de mi desorientación—, es cuestión de hacerlo sin pensar mucho, tenés que irte de este lugar.

—Sí, claro —dije, todavía más desorientado que antes.

Nos abrazamos. Después se despidió de todos. Y se fue.

Ese era el último recuerdo que tenía de él antes de tenerlo sentado enfrente vestido de cura. Fue entonces que le hice la pregunta que se me había ocurrido cuando esa mañana lo vi en el aeropuerto.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

Martín sonrió. Volvió a juntar las migas imaginarias de la mesa. Y a pesar de que mi pregunta era imprecisa, supo exactamente qué era lo que quería saber.

—Fue algo que se dio sin mucha premeditación —dijo—. Nunca se me había pasado por la cabeza hacerme sacerdote, al contrario, ni siquiera vengo de una familia religiosa. —Pidió otro té, le puso azúcar, y mientras lo revolvió, retomó—: Me echaron del San Ignacio y me fui al Avellaneda. Terminé el bachiller y me metí a estudiar para contador. Pero abandoné a los dos años. Durante un tiempo no hice nada, estaba como desorientado, sin mucha idea de qué hacer. Hasta que se enfermó papá. Murió al año. O sea: desde que le diagnosticaron el cáncer de pulmón hasta que se murió pasaron solo diez meses. Nada más. De golpe, a los veinte años, me convertí en el hombre de la casa. Mi madre nunca había trabajado. Mi hermana recién se había anotado en Medicina. Me conseguí un puesto como encargado de una librería comercial, en Lavalle y Pasteur. —Tomó varios sorbos del té. Se limpió la boca con una servilleta de papel—. Mi madre iba a la iglesia todos los domingos —siguió—. Siempre me pedía que la acompañe. Yo no quería. Seguía creyendo que los religiosos eran unos hipócritas. Una tarde, el párroco de la iglesia nos invitó a tomar el té a los tres: a mi madre, a mi hermana y a mí. Mi madre me suplicó por favor que las acompañe. Fui. En un momento, el párroco me pidió ayuda con

la administración de la iglesia. Los papeles de la parroquia son un desastre, me dijo, hace años que nadie mete mano en todo eso. El tipo habló con naturalidad, como si se tratara de un almacenero que necesita ayuda con el negocio. Le dije que sí de inmediato. Entonces, dos o tres veces por semana, iba a la iglesia y ayudaba al sacerdote con la administración. A partir de ahí, las cosas se me fueron de las manos. Ya no sé bien qué fue primero. Lo cierto es que cuando me quise acordar, estaba ingresando al seminario. Ocho años después ya era cura.

Martín sonrió. Y yo me quedé asombrado: el relato de su conversión se parecía más a las anécdotas del ascenso de un funcionario público que a la radical metamorfosis de un religioso.

—Fue así —dijo. Y en seguida, arrinconado por mi silencio, se vio en la necesidad de aclarar—: Todo el mundo supone que el camino de un religioso es algo extraordinario, como un hecho sobrenatural, pero no, es como cualquier otra cosa: uno empieza por algo sin saber bien qué hacer y cuando se da cuenta, está tan metido que ya no se puede volver.

Después cambiamos de tema. Hablamos de política, del tiempo, de lo bien que se viaja a Bariloche en avión, del frío, del hotel Llao Llao y de los vendedores ambulantes.

Nos despedimos en la calle. Nos dimos un abrazo parecido al que nos dábamos cuando éramos estudiantes en el San Ignacio. Me volví al hotel pensando que nunca más iba a encontrarme con mi viejo compañero del bachiller.

II

Llegué a Bariloche un domingo al mediodía. Esa tarde tomé un café con Martín. Pasaron tres días: lunes, martes y miércoles. Y yo seguía sin ninguna idea para el cuento. El viernes volvíamos a Buenos Aires. De modo que por delante tenía solo veinticuatro

horas para pensar en algo. El jueves me desperté con la sensación de que no iba a escribir nada. Después de almorzar, me escapé a la ciudad, necesitaba estar solo. A eso de las dos y media llegué al Centro Cívico. Me senté en un banco, detrás del monumento a Roca. Hacía frío. Ahí nomás, a unos metros, a la derecha del monumento, un poco antes de que termine la plazoleta, había un payaso. Parecía desubicado, como si el circo en el que trabajaba se lo hubiera olvidado y él no supiera qué hacer para ganarse la vida. O para encontrar la forma de volverse a casa. El payaso hacía una rutina. Lo hacía en solitario, sin público, ensimismado. Inflaba unos globos largos. Después, los manipulaba durante unos segundos. Al final, sacaba unas figuras que repartía entre los pocos peatones: una espada, una jirafa, un corazón. Traté de pensar alguna historia que tuviera al payaso como protagonista. Se me ocurrieron unas cuantas, pero ninguna hablaba sobre el fin del mundo. Me fui a dar una vuelta, inquieto. Hice unas cuadras por la avenida Mitre. Y terminé en el mismo bar donde me había encontrado con Martín el domingo. Pedí un café.

Martín entró al bar media hora después. Lo vi de pie, entre las mesas, en el medio del negocio, mirando para todos lados, buscando a alguien. Le hice una seña. Me reconoció, pero no pareció muy feliz por el encuentro.

—Tengo una cita con Salcedo —dijo, antes de sentarse, como si quisiera dejar en claro que no tenía mucho tiempo para hacer sociales. Después se sentó enfrente, mirando hacia la salida, mientras dejaba el sobretodo en el respaldo de la silla—. Lo fui a buscar a su parroquia el lunes a primera hora —siguió, sin mirarme, todavía vigilando la puerta—. No estaba. Lo llamé ayer por teléfono. Recién lo encontré hoy a la mañana. Me dijo que lo esperara acá, en este bar —me miró por primera vez: se lo veía harto, no tenía ni rastros de la serenidad de la vez anterior—. ¿A vos te parece? —dijo, y puso las palmas de las manos sobre la mesa. Pensé que iba a volver con el ridículo movimiento de las migas. Pero no, entrelazó los dedos

y empezó a dar golpecitos al borde. De repente cambió el tono—: ¿Y vos?, ¿en qué andás? —dijo, como queriendo pasar a otro tema.

—No sé bien qué escribir —dije, con una sinceridad inesperada, brusca.

Martín sonrió. Después dejó de golpear la mesa. Y volvió con el ridículo movimiento de las manos: apoyó las palmas sobre la mesa. Y empezó a hacer semicírculos concéntricos, como si fueran dos engranajes de un motor, con esa rara simetría. Cuando habló, lo hizo con la serenidad con la que había hablado el domingo.

—El año pasado la pasaron mal acá, en Bariloche —dijo.

—Justamente —lo interrumpí— la propuesta del editor tiene que ver con eso, con el clima apocalíptico que se vivió en el Sur con todo el asunto de las cenizas volcánicas.

Martín pidió un té con leche. Después, empezó a sugerirme historias para contar. Lo hacía con la misma serenidad con la que había hablado el domingo. Pensé en decirle que no necesitaba su consejo literario, que no me importaba lo que un sacerdote pudiera pensar acerca del fin del mundo, ni las historias que pudiera contarme. Hice un gesto con las manos, y cerré los ojos un segundo: quería tomar el impulso para frenarlo y poder decirle lo que tenía en la cabeza. Cuando lo volví a ver, me detuve. Martín había dejado de hablar. Sus manos estaban agarradas del borde de la mesa, como si ese borde fuese la baranda de la proa de un barco y el barco estuviese en medio de una tormenta. Otra vez miraba para la salida, por sobre mi cabeza. En las facciones de su cara no había ningún rastro de la serenidad de antes; ahora parecía un tipo realmente preocupado. Me di vuelta, entonces, queriendo conocer el motivo de su preocupación.

Ví un hombre canoso, de unos cincuenta años. Estaba de pie, entre las mesas, en el medio del bar. Miró para todos lados hasta que nos encontró. Después se acercó hasta nuestra mesa y se sentó a mi lado, enfrente de Martín. Lo hizo sin sacarse la campera, a pesar de que adentro del bar el calor era asfixiante. Martín hizo

silencio. Y miró al tipo como si fuera un fantasma. Entonces sentí que el tipo me agarraba del brazo. Lo miré.

—El padre Salcedo —dijo, mientras me daba la mano. Lo saludé. Pensé en presentarme, pero Salcedo estaba de vuelta mirando a Martín, como si no le interesara mucho quién pudiera ser yo.

—Al fin nos encontramos —le dijo Salcedo a Martín, mientras se sacaba los guantes—. Tengo muchas responsabilidades, padre. No lo tome a mal, pero ando de un lado para otro: usted sabe lo que es la vida de un párroco. La secretaria me contó que llamó varias veces a la parroquia, incluso creo que vino a buscarme. Bueno, padre, le pido disculpas, yo sé que este lugar no es el mejor. —El tipo hizo un movimiento con uno de sus brazos: fue una parábola que pretendía señalar la totalidad del espacio. Martín, entonces, echó el cuerpo contra el respaldo, parecía indignado. Hubo unos segundos de silencio en que me dio la impresión de que iba a largar una carcajada. Después se enderezó en su asiento. Y movió la cabeza haciendo un círculo, como si estuviera aflojando los músculos del cuello. Entrelazó los dedos de las manos y los puso en el borde de la mesa. Y volvió a hablar con la serenidad de siempre.

—Esto no es broma, padre —dijo.

Salcedo sonrió, mientras se rascaba la barbilla. Fue un gesto ambiguo, difícil de interpretar: podía ser miedo, indiferencia, acaso desprecio.

—Ya lo sé —dijo. Y por primera vez desde que habló, su voz sonó dura, contundente.

Después sacó un cuaderno escolar de algún lado. Lo dejó sobre la mesa. Y se lo acercó a Martín. Martín seguía con la mirada clavada en el tipo, tenso, las manos todavía entrelazadas en el borde de la mesa.

—Ahí lo tiene —dijo Salcedo.

Martín separó las manos. Movié los brazos de un lado a otro, suspiró varias veces. Después dijo:

—¿Qué es esto?

Salcedo le respondió en seguida.

—Desde que llegué a Bariloche escribí todas mis visiones como si fuera un lunático, con esa convicción. A pesar de que me expongo al ridículo y a la condena. —De pronto me pareció que miró a Martín con otros ojos: como si quisiera hacerse entender por el tipo que era su rival—: Padre —dijo—, todo esto tiene sentido si tenemos pasión, si creemos en las palabras que decimos.

Hubo algunos segundos en los que no pasó nada y en los que tuve la impresión de que iba a pasar cualquier cosa. Hasta que Martín se movió: agarró el cuaderno, lo abrió, lo hojeó.

—¿Y esto? —preguntó, después de un rato, sin levantar la vista. Salcedo no dijo nada.

—Usted sabe que esto es un disparate, padre —siguió Martín—. La Iglesia no puede avalar semejante despropósito —lo miró, mientras empujaba el cuaderno hacia el centro de la mesa—. Hay siglos de tradición, de lectura, de estudio, usted lo sabe mejor que yo, usted ha dedicado su vida entera a estudiar esa tradición.

Salcedo hizo una mueca: no quiso ser irónica, pero lo fue.

—¿Por qué hace esto?, ¿qué es lo quiere? —preguntó Martín.

Salcedo se sacó la campera y la colgó en el respaldo de la silla. Estaba vestido igual que Martín: una camisa negra abrochada hasta el cuello, un suéter gris escote en v, el clergyman. Se me ocurrió: *Dos curas discutiendo teología en un bar.*

—No busco nada —dijo Salcedo—, no tengo ningún propósito, ni segunda intención: no soy político, no tengo ambiciones, no quiero dinero, ni siquiera pretendo que me den la razón porque sé que no se trata de la razón, se trata de la verdad. Y la verdad es una experiencia humana, personal. No se trata de un conjunto ordenado de ideas, eso es otra cosa: una manera de tranquilizarnos, de convencernos mutuamente de que el misterio del mundo se puede transformar en un comfortable hábitat burgués.

—A ver —dijo Martín, mientras se tapaba la cara con las manos, conteniéndose—. Padre —siguió, volviendo a mirar a Salcedo y a cruzarse

de brazos—, usted sabe mejor que yo que el lenguaje religioso es un lenguaje figurado, una forma poética de interpretar una experiencia, no estamos locos, no hace falta esta locura, no es necesaria.

Salcedo lo interrumpió.

—Ese es el punto, justamente. Juan, el autor del evangelio, no estaba loco. Pablo de Tarso, tampoco. Pero no hacían literatura, como usted cree. Porque si es así, entonces, nada de esto tiene sentido, y nuestra religión no es más que una buena organización burocrática encargada de hacer el bien en un mundo desquiciado.

—Y qué tendría de malo eso —dijo Martín, como si no hubiera nada de qué discutir.

Salcedo, entonces, largó una carcajada. Fue una risa cristalina, genuina, que trajo unos segundos de distensión.

—Se da cuenta, padre —dijo—. Esa es la principal diferencia entre usted y yo. Para mí la religión no es un oficio. La religión, para mí, es una pasión y una fatalidad. No es una forma de decir. Una forma de decir puede ser cualquier cosa. Y si es cualquier cosa, entonces no es nada.

Las últimas palabras de Salcedo quedaron flotando en el aire. Martín le respondió después de un rato. Y lo hizo con temor, como si no estuviera del todo convencido de lo que decía.

—Hay matices, padre —dijo, y volvió a entrelazar los dedos—. Dios se hace oír, es cierto. Pero se expresa de manera ambigua, con matices, obligándonos a una atenta vigilancia de la interpretación. Para eso estamos nosotros, el pueblo sacerdotal.

Salcedo volvió a reírse con ganas.

—Esto sí es una locura —dijo—. Usted piensa que nosotros somos los policías del correcto sentido, en fin, burócratas. Yo no me hice sacerdote para eso. Para eso me hubiera hecho bombero. O entraba en la gendarmería nacional.

—No dije eso.

—Lo sugirió, padre.

Se quedaron mirándose durante unos segundos. Habló Martín,

primero. Y cuando lo hizo, había vuelto al absurdo movimiento de sus manos, al tono apocado, sereno con el que fingía estar a salvo del mundo, distante: como si fuera posible hablar y no comprometerse.

—Después de todo, usted no puede negar que una cierta burocracia es necesaria, y hasta le diría que inevitable.

Salcedo le respondió en seguida.

—¿Sabe cuál es el problema? —dijo. Hizo una pequeña pausa. Después agregó—: Que la burocracia persigue la experiencia. Esto, padre —se señaló el pecho—, ¿no se da cuenta? Ustedes me acusan de ser un profeta, ¿no es un disparate? ¿No lo ve? La misma institución que supuestamente cree en la parusía, en la segunda venida de Cristo, esa misma institución persigue al pastor que anuncia esa venida, que dice a los cuatro vientos que el tiempo final está cerca. Está todo dado vuelta, padre. Y usted me quiere hacer creer a mí que yo estoy loco, por favor.

La voz apasionada, ronca de Salcedo, había logrado atraer la atención de algunos clientes del bar. Vi a Martín echando una mirada algo nerviosa al resto del local, como si quisiera cerciorarse de que las palabras del sacerdote no hubieran sido escuchadas. Después le respondió. Y lo hizo en voz muy baja, en un susurro casi.

—No hay necesidad de un escándalo, padre —dijo.

—¿Lo ve? —dijo Salcedo, otra vez con voz apasionada, gritando casi, como si buscara deliberadamente la atención del resto del bar—. ¿Se da cuenta? —Y por primera vez se dirigió a mí, que estaba a su derecha, en silencio, mirando todo con atención pero sin saber qué hacer—. La verdad del evangelio es un escándalo que partió la historia humana en dos —siguió, y yo asentí sin estar seguro de si estaba de acuerdo con lo que escuchaba—. Esa verdad fue un escándalo por el que muchos dieron la vida —señaló a Martín, sin dejar de mirarme— y este sacerdote pide algo de medida —volvió a Martín—, como si fuéramos diputados de un partido ecologista, ¿no es un disparate?

Salcedo se puso de pie. Martín, por su parte, intentó detenerlo. Lo agarró del brazo, mientras se incorporaba en la silla.

—Vamos, padre —dijo—, quédese tranquilo.

Salcedo hizo un movimiento brusco con el brazo, queriéndose zafar de Martín. Lo logró. Pero perdió equilibrio, y tuvo que agarrarse de la mesa para no caerse. La mesa tembló, entonces. Oí el ruido de la taza de té de Martín dando contra el platito. Después vi a los dos sacerdotes mirándose cara a cara: uno, Salcedo, de pie, agarrado a la punta de la mesa, con las mandíbulas apretadas, los ojos desmesuradamente abiertos; el otro, Martín, todavía sentado, cruzado de brazos, moviendo la cabeza de un lado a otro, mordiéndose el labio. Fue un segundo, nada más. Hasta que Salcedo se fue.

En el bar había unas quince, veinte personas. Nosotros estábamos en una mesa contra el pasillo que daba a los baños. Había un mozo. También había una mujer que parecía la encargada. Los dos estaban detrás de la barra. Lo que vino después pasó como si se tratara de una de esas películas mal montadas, donde una escena sigue a otra sin mucha coherencia. De pronto vi a Salcedo en el medio del bar.

—Queridos amigos, por favor, quiero hablarles —dijo en voz alta. Después fue de un lado a otro, entre las mesas, haciendo que todos los clientes del bar tuvieran que dejar de hacer lo que estaban haciendo. Una vez que consiguió que todos le prestaran atención, siguió—: Hay que saberlo: vendrán tiempos confusos. Yo lo sé, lo he visto, lo pude ver, claramente. Soy testigo y doy testimonio. Yo les aseguro que los que escuchan estas palabras serán los elegidos por el Señor; porque el tiempo está cerca. Repito: vendrán tiempos confusos. Y la confusión dará paso a la locura. El hermano matará al hermano; el hijo al padre; el padre a la madre. Entonces el falso profeta vendrá disfrazado con el traje de la hipocresía y les hablará a ustedes, el pueblo.

Salcedo vino hasta nuestra mesa, a pocos metros de Martín. Y habló mirándolo a los ojos, con la misma voz potente.

—El falso profeta tendrá la razón de su lado —dijo—, la ciencia le dará los argumentos, sin comprender los signos de los tiempos, al contrario: combatirá al visionario. Dirá que es un farsante, un desquiciado, lo perseguirá.

Martín, que estaba enfrente, se pasó la lengua por los labios. Y me miró. Después hizo un gesto que no entendí: pudo ser un gesto de fastidio, asombro, sorpresa. Salcedo, entonces, volvió al centro del bar. Y siguió con lo suyo.

—Yo les digo, queridos amigos. Yo se los digo porque soy testigo, el que da testimonio. —Hizo una pausa y levantó el dedo índice—. Una mujer vendrá del desierto —siguió—. Estará embarazada y entre sus manos tendrá una serpiente con siete cabezas de siete ojos cada una. La mujer dejará la serpiente entre ustedes. Y la serpiente de siete cabezas derramará su veneno entre los inocentes, los justos.

Vi a la encargada susurrando algo al oído del mozo. Después el mozo salió de atrás de la barra. Y se paró muy cerca de Salcedo, a un costado. Se lo veía indeciso, tenso: por un lado parecía escuchar las palabras de Salcedo como si fuera un atractivo espectáculo callejero; por otro, se lo veía nervioso, con ganas de salir corriendo.

—La Bestia llegará a la nueva Babilonia de la mano de la mujer de la serpiente. Abrirá el libro de la vida. Romperá el sello. Y el pueblo, con temor, escuchará el sermón de la Bestia. La Bestia hablará a las siete iglesias: a la iglesia de Efeso, a la iglesia de Esmirna, a la iglesia de Pérgamo, a la iglesia de Tiatira, a la iglesia de Sardes, a la iglesia de Filadelfia y a la iglesia de Laodicdea. Y todo esto pasará poco antes de que llegue el Hijo del Hombre.

Justo detrás del mozo había dos muchachos. Los dos hablaban entre ellos, mientras señalaban a Salcedo. Cada tanto ahogaban una risa especialmente contagiosa. Estuvieron así hasta que Salcedo se calló. Se dio vuelta; los miró.

—Los bufones, los incrédulos, los débiles, los timoratos serán escupidos de la boca del Señor.

El mozo reaccionó, entonces: dio un paso, se acercó hasta Salcedo,

y lo agarró del codo. Salcedo se dio vuelta. Miró al mozo durante unos segundos. El mozo lo soltó, parecía asustado. Salcedo sonrió.

—No hay por qué temer —dijo.

Su voz sonó raramente tranquila, lejos de la exaltación y el furor con que había hablado. El mozo volvió a dudar: buscó la mirada de la encargada, movió las manos, quiso articular alguna frase. Fue entonces que vi la espalda de Martín. De pie, se había puesto el sobretodo, los guantes, la bufanda escocesa. Había agarrado la campera que estaba colgada del respaldo de la silla. Llegó hasta el centro del bar y se paró entre Salcedo y el mozo.

—Vamos —le dijo a Salcedo, sin mucha convicción.

Salcedo se lo quedó mirando durante unos segundos, como si no hubiera entendido lo que Martín le había dicho. Martín lo agarró del brazo.

—Vamos —repitió, y trató de llevarlo hacia la salida. Salcedo se movió bruscamente, otra vez tratando de zafarse de Martín. Dio la impresión de que no quería empujarlo, pero lo hizo. Martín, entonces, perdió el equilibrio: lo soltó, se tambaleó, se dio vuelta, se agarró del hombro del mozo, de la pared. Uno de los clientes atajó una botella de Coca Cola que estuvo a punto de estrellarse contra el suelo; otro le ofreció una silla. Martín no se sentó, se quedó ahí, de pie, a un costado de la mesa, como avergonzado. Mientras tanto, Salcedo caminó hacia adelante, alejándose del mozo y de Martín. Y volvió a hablar con la voz potente de siempre.

—Pero antes, el pueblo de Dios, confundido, seguirá a la Bestia. Y la Bestia se sentará en los tronos de los nueve reinos. La Bestia escupirá fuego y hielo. Y a su derecha estará sentada la mujer de la serpiente de las siete cabezas. Yo soy testigo de que el Hijo del Hombre cumplirá con lo que está escrito.

La expectativa que había despertado Salcedo con sus palabras había logrado interesar a todos: un hombre se acercó hasta la barra y se sentó en una banqueta, dejando a su mujer y a su hijo en la mesa donde unos minutos antes, comían; dos mujeres habían

dado vuelta sus sillas, para tener una mejor perspectiva; tres chicos se habían sentado en el suelo a los pies de sus padres, con las piernas entrelazadas, como indios.

Martín, todavía cargando la campera, volvió a acercarse hasta Salcedo. Le puso una mano en el hombro. Salcedo hizo silencio de golpe. Y miró a Martín. Se me ocurrió que iba a responder con alguna grosería. Pero no, se quedó como perdido, como si no entendiera bien quién era Martín.

—Vamos —dijo Martín, en un susurro.

—Vamos —volvió a repetir, después de un rato.

—Vamos —repitió una vez más.

El hombre que estaba sentado en la banquetta reaccionó.

—¿Cuál es su problema? —le dijo.

Martín soltó a Salcedo y se dio vuelta. Salcedo, por su parte, se quedó ahí, desorientado, como si se hubiera olvidado de repente el libreto que venía representando. Martín le habló al hombre. Y lo hizo mirando el suelo, con desprecio disfrazado de humildad.

—El padre Salcedo tiene una reunión con el obispo.

El hombre se puso de pie.

—La reunión puede esperar.

El hombre y Martín quedaron cara a cara, como si estuvieran a punto de batirse a duelo. Tuve esa ocurrencia, de hecho. Y hasta llegué a pensar que iba a tener que interceder. De la mesa que estaba justo a mi izquierda, una mujer se puso de pie.

—Si quiero escuchar un sermón voy a la iglesia —dijo en voz alta, haciendo que todo el bar se diera vuelta.

La mujer repitió:

—Si quiero escuchar un sermón voy a la iglesia.

El hombre olvidó a Martín y se dirigió a la mujer.

—El padre no está haciendo nada malo, solo dice lo que piensa —dijo, señalando a Salcedo que seguía medio apartado, como ajeno y hasta sorprendido, con las manos entrelazadas un poco por debajo de su cintura, ahora sin ese halo de misterio que un poco

antes parecía desprenderse de su cuerpo. La mujer, entonces, se acercó hasta el grupo que formaban el hombre, Martín y Salcedo.

—Estoy con una amiga —dijo, mientras caminaba—. Tomando una cerveza, tranquila, conversando, pasando un lindo momento después del trabajo, en fin: no tengo ganas de escuchar las pintorescas visiones de un lunático —señaló a Salcedo, que estaba a su derecha—, ¿me entiende? —Miró al resto de la gente: a Martín, a Salcedo, al mozo, a mí, a los clientes—. ¿Por qué tendría que escucharlo?, qué me importa, si quiero escuchar un sermón voy a la iglesia.

El hombre le respondió. Pero lo hizo mirándonos a todos como había hecho la mujer.

—El padre no hace nada malo —dijo—, son palabras, simples palabras, nada más que palabras, ¿por qué tanto miedo?, ¿qué puede pasar?

Hubo unos segundos en los que se escuchó un murmullo generalizado entre la gente: casi todos comentaron el breve intercambio de razones entre la mujer y el hombre. La mujer volvió a hablar. Y todos hicimos silencio.

—Usted se equivoca —dijo, y habló con un inesperado tono civilizado, como si de repente el bar se hubiera convertido en una cátedra universitaria donde se discute las razones de la locura religiosa—. Yo no quiero enterarme de las visiones de este tipo —siguió—, este es un espacio público, ¿por qué debería escucharlo? Estoy en todo mi derecho, ¿no? Si yo quisiera saber qué dice la religión sobre lo que fuere, voy a la iglesia. O hablo con un cura. Esto es un bar.

Una mujer de unos cincuenta años que estaba sentada detrás de Salcedo, al lado del mozo, se puso de pie. Parecía irritada.

—Queremos escuchar al padre, señora —dijo—, siéntese y déjese de embromar.

Las palabras y el tono de la mujer rompieron la transitoria ilusión académica. Y funcionaron para que la tensión que había en el aire se descontrolara. De ahí en más se armó la discusión. El hombre que había defendido primero a Salcedo discutía con otra

mujer que, a su vez, defendía los argumentos racionalistas de la primera mujer. Todos hablaban a los gritos. Había algunos que apoyaban al sacerdote; otros apoyaban a la mujer; la mayoría trataba de entender qué era lo que se discutía. El mozo iba de un lado a otro, buscando la manera de calmar a los clientes. La encargada, detrás de la barra, hablaba por un teléfono celular.

Perdí de vista a Salcedo, entonces. Me puse de pie. Me subí a una silla. Estiré la cabeza, buscándolo. Hasta que lo encontré. Lo vi en la otra punta del bar, a unos pocos metros de la puerta de salida. Estaba apoyado contra el respaldo de una silla, con las manos entrelazadas justo delante de su vientre. Miraba el piso y murmuraba algo, no sé bien qué; creo que rezaba. Era otro: parecía avergonzado, como si el escándalo que su sermón había producido no le gustara del todo. Lo fui a buscar, entonces. Me paré al lado en silencio, como si fuera su guardaespaldas. Martín vino al rato. Salcedo dejó de rezar. Se miraron. Martín le dio la campera. Salcedo se la puso. Martín fue hasta el medio del bar. Y la presencia del sacerdote hizo que todos hicieran silencio.

—Les ruego que me escuchen unos minutos, por favor —dijo—. El padre Salcedo está pasando por una situación desgraciada, no se encuentra bien. Algunos de ustedes lo conocen, y saben que es una persona muy respetada, un sabio. Les ruego que entiendan que lo que dijo el padre no son verdades religiosas. Son ideas que el padre viene teniendo hace algún tiempo y que no responden a lo que nuestra iglesia entiende que dicen los evangelios.

Martín había hablado con una voz grave y tranquila. Pero además, la repentina docilidad de Salcedo les daba a las palabras de Martín una autoridad indiscutida: de golpe todos nos sentimos ridículos, como si fuéramos chicos a los que un maestro los estaba reprendiendo por burlarnos del compañero deficiente. Después Martín se acercó hasta Salcedo. Lo agarró del brazo.

—Vamos, por favor —dijo.

Y se fueron.

III

Durante un tiempo nos quedamos todos ahí, de pie en el medio del bar, tal vez esperando que Salcedo y Martín regresaran, con la secreta esperanza de que el pequeño escándalo que habíamos vivido fuera una calculada puesta en escena de algún grupo artístico local. El hombre que había defendido a Salcedo se me acercó.

—Una lástima —dijo, y yo no entendí a qué se refería: si a nosotros que no habíamos podido escuchar el sermón en su totalidad o al mismo Salcedo. Asentí con la cabeza y no dije nada. Después vi a la primera de las mujeres acercándose hasta el hombre.

—Usted lo conoce, ¿verdad? —le preguntó.

—Lo he visto algunas veces. Es un tipo raro, pero dice cosas asombrosas. Me gusta escucharlo.

—Está loco, ¿verdad?

El tipo la miró de arriba abajo, como si no terminara de entender de qué iba el repentino interés de la mujer.

—No lo sé —dijo.

—Estuvo interesante —dijo la mujer, como si quisiera seguir con la discusión académica acerca de la locura religiosa.

Después sonrieron los dos casi al mismo tiempo. Y se quedaron unos segundos así, sin nada para decirse, incómodos. Hasta que la mujer hizo un gesto de saludo con la mano. Y volvió a su mesa. El tipo me saludó, y regresó a su mesa también.

La gente fue volviendo a sus lugares de a poco: por ahí algunos se quedaban demorados entre las mesas, comentando detalles de lo que habíamos vivido; otros, en cambio, aprovechaban la confusión general para juntar sus cosas, pagar la cuenta y mandarse a mudar. El mozo estaba de pie, en silencio, apoyado contra la pared, con un repasador colgado del hombro, mirando a todos a la distancia, en otra. La encargada, por su parte, había dejado de hablar por celular. Tenía el mentón sobre sus puños y los codos contra la barra, de modo que su cabeza y sus brazos formaban un

triángulo equilátero casi perfecto. Miraba un punto perdido; parecía fastidiada. La mujer que había provocado la discusión general, ahora, estaba sentada en una banqueta, conversando con un tipo. Se reían.

No sé cuánto tiempo pasó. Pueden haber sido segundos, minutos o hasta horas. Lo cierto que en un momento el episodio del cura profeta quedó olvidado. Y el bar volvió a la normalidad. En mi mesa, pedí algo para beber. Y me encontré con el cuaderno escolar de Salcedo que todavía seguía al lado de sus guantes.

Agarré el cuaderno. Lo hojeé. Era un cuaderno tapa dura, de hojas cuadriculadas. Y estaba escrito casi en su totalidad con tinta roja. La letra de Salcedo era una letra clara, como si fuera la letra de un diseñador, con esa elegancia. El sacerdote había escrito párrafos de no más de diez renglones, separados entre sí por números romanos que no seguían una secuencia lógica, daba la impresión de que Salcedo había numerado los párrafos sin detenerse a pensar en la secuencia de los números. Cada tanto los párrafos se interrumpían con dibujos. Los dibujos parecían bocetos, como si fueran el borrador de otros dibujos más sofisticados. Casi todos los dibujos eran monstruos antropomorfos en los que se mezclaban partes de diferentes animales: langostas con alas de pájaros, leones con patas de cabras, cosas así.

El mozo trajo la cerveza.

Tomé un trago. Volví al principio del cuaderno. Después leí la primera oración; decía: *yo, Eugenio Gaspar Salcedo, hombre de Dios, sacerdote de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, soy testigo: doy testimonio de que la hora está cerca.*



CLAUDIA PIÑEIRO

CLAUDIA PIÑEIRO (Buenos Aires, 1960). Es escritora, dramaturga y guionista de televisión. Su primera novela publicada fue *Un ladrón entre nosotros*, en 2004, año de su primer estreno teatral: *Cuánto vale una heladera*, aunque la primera novela que escribió data de 1991: *El secreto de las rubias*, que no se publicó a pesar de haber quedado entre las diez finalistas del Premio La Sonrisa Vertical. En 2005 obtuvo el Premio Clarín de Novela por *Las viudas de los jueves*. En 2009 publicó *Las grietas de Jara*, ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz (Guadalajara, 2010). Su última novela es *Betibú*, publicada en 2011.

FINISTERRE

Ellos, mamá y Roberto, me respondían “ése está en el fin del mundo” las pocas veces que yo preguntaba por él. Ante la respuesta, era inevitable que me quedara pensando dónde sería el fin del mundo, si hacia el Norte o hacia el Sur, si en una isla o en un continente. Le ponía distintos paisajes, distintos climas, distinto relieve. Y ahí, en el fin del mundo de cada ocasión, me imaginaba a mi padre. No fueron tantas las veces que pregunté, solo los primeros años, hasta que comprendí que la respuesta iba a ser siempre la misma. Tal vez por eso recuerdo cada una de ellas.

Como el día que traje en el cuaderno de comunicaciones una nota por mala disciplina; me había trompeado con Franco Donatti, un chico de cuarto grado, y todavía llevaba el labio abierto cuando llegué a casa. Nunca antes me había trompeado con alguien. Mamá leyó la nota y se enojó mucho. Me gritaba sacudiendo el cuaderno en el aire mientras yo me enjuagaba los restos de sangre en la pileta de la cocina. Roberto leía el diario pero lo apartó un momento; se notaba preocupado por mamá. Ella le alcanzó el cuaderno de comunicaciones, algo que nunca hacía, y él lo leyó.

—Tenía que ser hijo de *ése*... así son los genes —dijo.

Mamá asintió con la cabeza como diciendo “te lo dije”, y Roberto volvió a leer el diario.

Un día decidí que iba a bautizar a mi padre. “Ése” no podía ser el nombre de nadie, aunque mamá y Roberto lo llamaran así. Yo estaba en sexto grado y era el mes de junio. Todos los años, en el mes de junio, en el colegio hacíamos un regalo para el Día del Padre.

Yo lo hacía como todos los demás chicos. Cuando llegaba a casa le daba el paquete cerrado a mamá. Ella me decía “gracias”, lo dejaba a un costado sin abrir y seguía con su tarea. Nunca supe qué hizo ella con el regalo de papá de cada uno de esos años. Pero ese mes de junio no le di el paquete y no se lo volvería a dar ningún otro mes de junio. Escondí el regalo debajo de mi pullover y entré directo a mi cuarto. Busqué una caja de zapatos donde guardaba figuritas repetidas de un álbum incompleto y fuera de circulación. Usé las figuritas para decorar la caja y luego le puse una etiqueta blanca encima. Guardé el regalo sin abrir dentro de la caja y busqué una lapicera en mi mochila. El apellido de mi padre era Saver. Eso no hacía falta que nadie me lo dijera. Yo me llamo Pedro Saver. Mi madre no se llama Saver. Roberto tampoco. Solo mi padre y yo nos llamamos Saver. Quise ponerle un nombre de pila, pero todos me sonaban extraños. No sé cuándo olvidé su nombre, no sé si alguna vez lo supe o si para mí fue tan solo papá mientras habíamos vivido juntos. Entonces me acordé del “ése” con que lo nombraban mi madre y Roberto y me adueñé de él, pero a mi manera. Escribí en la etiqueta “S. Saver”. Podía haber sido “S” de Sergio, o de Sandro, o de Silvio. Pero no era. Era mi “S”, la inicial con la que, por primera vez, le ponía un nombre a mi padre.

Fue a fines de agosto del año pasado cuando llamaron por primera vez del establecimiento de desintoxicación Finisterre. Al principio no me di cuenta, no hice la relación entre ese finisterre y el fin del mundo de mi padre. Preguntaron por mamá. “La señora Marta Gómez de Saver”, dijeron. Era la primera vez en mi vida que escuchaba que alguien llamaba a mi madre de ese modo. Mi madre era Marta Gómez, así la llamaban todos. Apunté el mensaje en una servilleta de papel y se lo dejé sobre la mesada de la cocina.

Mamá llegó de trabajar a las ocho, como todos los miércoles. Roberto llegaría en cualquier momento. Yo ya había preparado la cena para los tres. Cuando cumplí quince años me asignaron esa tarea y lo hacía bastante bien. Había cocinado pescado; a mamá

le gustaba el pescado. Se acercó a oler el vapor de la olla pero no vio la servilleta.

—Tuviste un llamado.

—¿Quién?

—Te lo anoté ahí —dije señalando el papel.

Mamá se acercó a la mesada, tomó la servilleta y leyó. Yo la observaba. Su cara no dijo nada. Pero mamá hizo un bollo con la servilleta y la tiró a la basura.

Una semana después volvieron a llamar. Fue un lunes. Roberto y mamá ya habían salido para el trabajo. Cuando sonó el teléfono yo me vestía apurado, mi camisa estaba sin planchar y me había demorado en hacerlo. Mientras atendía el llamado metía mis libros en la mochila.

—Sí, ¿quién habla?

—Necesitamos comunicarnos con la señora Marta Gómez de Saver.

—Ella no está, ¿quién le quiere hablar?

—Dígale que le hablaron del centro de desintoxicaciones Finisterre. Que por favor se comunique con nosotros. Es importante.

Esta vez no anoté el mensaje, solo colgué y salí para el colegio.

Cuando volví a casa mamá ya estaba allí. Tomaba mate con Roberto.

—Te llamaron otra vez de Finisterre, mamá.

Roberto y ella se miraron.

—Me pidieron que te dijera que es importante. ¿Por qué es importante?

Mamá le pasó el mate cebado a Roberto sin mirarme.

—Mamá... —insistí.

—En ese lugar de borrachos no puede haber nada que importe. Si vuelven a llamar deciles que me mudé o que me morí. Mejor deciles eso, que me morí.

En el silencio se escuchó nítidamente el sorbido de Roberto en la bombilla.

—¿Me entendiste? —dijo mamá.

—Te entendí —le respondí.

Tres días después llamaron otra vez.

—La señora Marta Gómez de Saver, por favor.

—Ella no está. Pero me pidió que me diera a mí su mensaje. Soy Pedro Saver, el hijo.

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—No sabía que tuvieran un hijo, disculpe.

Me detuve a entender esa frase “no sabía que tuvieran un hijo”.

—Soy el doctor Mertin, el director del centro Finisterre —continuó la voz del otro lado de la línea.

—Deme a mí el mensaje, doctor Mertin.

—Tal vez sea mejor que le pida a su madre que me llame.

—Mi madre no lo va a llamar. Deme a mí su mensaje, doctor —insistí.

—Yo preferiría...

—Dígamelo a mí —interrumpí—. Soy mayor de edad —mentí—. Por favor..

Esta vez el silencio al otro lado me pareció inacabable.

—Su padre ha muerto, Pedro, lo siento. Nosotros ya nos hemos ocupado de todo lo legal. Como no pudimos dar con su madre, hemos enterrado su cuerpo en el cementerio municipal, como es la rutina.

Sentí la garganta seca y áspera.

—Lo lamento, no sabíamos que Saver tuviera un hijo, sino lo habríamos consultado. Su madre hace años que está desligada de toda responsabilidad con respecto a su padre, fue una decisión del juez.

—¿Y por qué llama entonces?

—Porque quedaron aquí algunas pertenencias que tenemos que hacer llegar a alguien de su familia. Era su voluntad, ¿entiende? Ahí, tan cerca de la muerte, hay un lugar donde lo legal no parece ser suficiente.

No pude responder, pero entendía. Me dio una dirección, la anoté en la palma de mi mano y corté. Me quedé mirando el garabato sobre mi piel, al fin sabía dónde quedaba el fin del mundo.

Preparé la cena como todas las noches y me senté a la mesa a esperar que llegaran mamá y Roberto. Serví la comida en sus platos y empezaron a comer. Yo no tenía hambre. Los observé mientras comían y me di cuenta de cosas en las que nunca antes había reparado. Por ejemplo, en mi casa nadie toma vino. Agua, soda, gaseosas si se trata de una ocasión especial, pero nunca vino. Roberto mastica con la boca abierta. Mamá casi no levanta la vista del plato y, como si fuera un juego, revuelve con el tenedor la comida.

Cuando ella levantó la cabeza para tomar de su vaso de agua la miré y hablé.

—Papá murió la semana pasada.

Mamá se quedó con el vaso en el aire.

—Por eso te llamaban de Finisterre.

—Borracho hasta sus últimos días —masculló Roberto.

Mamá bebió su agua. Yo no dejaba de mirarla. Por fin apoyó el vaso sobre la mesa y me miró.

—Algún día tenía que ser —dijo.

—Nos dejó algunas cosas, mamá.

—Deudas, qué otra cosa te puede haber dejado *ése* —dijo Roberto.

—Son cosas que quería que llegaran a su familia.

Mamá se puso furiosa, pero no gritó.

—*Ése* no tenía familia, nunca la tuvo... ¿Qué se creyó?, ¿que morirle le daba derecho a tenerla?

Esperé, a mamá no le gustaba que le hablaran cuando estaba enojada. Tomó el tenedor y otra vez jugó con la comida. Creí que esa era mi oportunidad e insistí.

—¿No vas a ir, entonces?

Mamá arrojó el tenedor sobre su plato.

—No, Pedro, no voy a ir, y no quiero hablar más de este asunto.

Al día siguiente me puse el uniforme y me colgué la mochila, pero no fui al colegio. Caminé hasta la avenida y tomé el 57. Llevaba la caja de zapatos con la etiqueta "S. Saver". La llevaba vacía, allí traería las cosas que mi padre me había dejado.

En la puerta me encontré con un hombre que apenas podía caminar. Pensé que así podía haber sido él. Pero no pude ayudarlo. Entré y pregunté por el doctor Mertin. Me atendió en seguida, como si me hubiera estado esperando. Su oficina olía a habano. Volvió a decirme que lamentaba lo que había sucedido y me preguntó si quería saber algo más.

—No, solo vine a llevarme sus cosas.

Mertin me condujo por un pasillo largo hasta la habitación donde mi padre había pasado sus últimos días. Caminaba unos pasos delante de mí.

—¿Mi padre era un borracho? —dije sobre su espalda.

Mertin se detuvo y se volvió para contestarme.

—Tu padre tenía dificultades con el alcohol.

Mertin se quedó esperando que yo dijera algo más, pero no lo hice.

—Tu padre era carpintero, trabajaba muy bien la madera, algunas de las cosas que dejó las hizo él mismo —dijo y reanudó la marcha.

Nos detuvimos frente a la habitación 16. La puerta estaba cerrada; Mertin buscó un manajo de llaves en su bolsillo y la abrió. Encendió la luz desde afuera y me hizo un gesto con la mano para que pasara. Me costó hacerlo. Mertin se debe haber dado cuenta porque en seguida entró él y me esperó junto a la ventana. Entré. Era un cuarto pequeño. La cama estaba hecha; en cuanto me llevara sus cosas no quedarían rastros de mi padre en ese cuarto. Sobre una silla había una bolsa de plástico. Mertin me la dio. La tomé con temor, sentí miedo de abrirla y ver qué había dentro. Mertin se adelantó y lo hizo por mí: algunas herramientas con las que mi padre trabajaba, un reloj de pared tallado por él, una caja de madera con un dibujo en bajo relieve, un reloj pulsera y una gorra de lana. El reloj pulsera tenía una dedicatoria: “Para un gran amigo. Laura y Jorge”. Me resultaba muy extraño saber que mi padre había tenido amigos, gente que lo quería. El mismo Mertin hablaba de él con cierto afecto.

—¿Puedo quedarme un rato acá? Hasta que acomode las cosas en esta caja —dije, y le mostré a Mertin la que llevaba conmigo.

—Claro.

Mertin fue hacia la puerta.

—Si algún día quieres saber más acerca de él estoy a tu disposición.

—Tal vez algún día...

Cuando Mertin ya casi había salido de la habitación lo detuve.

—Solo una cosa, doctor...

—Sí...

—¿Cómo se llamaba mi padre?

Mertin parecía no entender mi pregunta.

—¿Cuál era su nombre?

—Antonio. Tu padre se llamaba Antonio Saver.

Se quedó mirándome un momento y luego supo que tenía que salir. La puerta se cerró detrás de él. Me habría quedado en ese cuarto el resto de mi vida. Pero no podía, tenía que volver a casa antes de que llegaran mamá y Roberto. Si no estaba allí se iban a enojar y no era bueno que ellos se enojaran. Puse las cosas de papá dentro de la caja; me quedé con la gorra de lana en la mano pero no me atreví a ponérmela. Busqué una lapicera en mi mochila. Escribí "Antonio" en la etiqueta, delante de Saver, sin tachar la "S". No todavía.







ÍNDICE

EL PROYECTO 9

PABLO CASACUBERTA 13

MARTÍN KOHAN 37

POLA OLOIXARAC 61

ÁNGELES YAZLLE GARCÍA 71

RAFAEL CIPPOLINI 101

LUIS CHITARRONI 153

MARCOS BERTORELLO 171

CLAUDIA PIÑEIRO 195









 HISTORIAS DEL FIN DEL MUNDO

Compuesto en Andralis ND,
del tipógrafo argentino Rubén Fontana.
Dos mil ejemplares impresos
en papel Bookcel de 80gr/m²
en los talleres de Artes Gráficas Buschi,
Ferré 2250, en la ciudad de Buenos Aires,
en octubre de 2012.

